

**VIENDO MÁS
ALLÁ**

VIENDO MÁS ALLÁ

Escogiendo Mirar Más Allá del Horizonte

GAIL MCWILLIAMS
PRÓLOGO POR ZIG ZIGLAR

VIENDO MÁS ALLÁ

Edición en castellano.

© 2010 Gail McWilliams

Escrito por Gail McWilliams

Traducido por Raquel Martínez

Diseño de Portada por Ryan Duckworth

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, ni guardada en un sistema de recuperación o retransmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea mecánico, por fotocopias, grabación o de otras maneras, sin la previa autorización por escrito del publicador, a excepción de alguna cita breve en artículos y opiniones sobre el libro.

Impreso en España

Para obtener información contactar con:

Generations Global Press

P.O. Box 765127

Dallas, Texas 75376-5127

USA

www.GenerationsGlobal.com

"...más allá del horizonte, alrededor del mundo y por las generaciones venideras".

Paperback ISBN: 978-0-9799512-4-4

LCCN 2010922939

A menos que se indique lo contrario, todas las Escrituras han sido tomadas de la versión de la Biblia Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;

© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas.

Utilizada con permiso.

DEDICADO A

Mi esposo Tony, quien ha caminado fielmente conmigo a lo largo de cada página de este viaje increíble. Tu valiente amor por mí nunca ha titubeado, y has tenido que ver más allá de mis imperfecciones y luchas. Te amo.

Mis hijos, Anna, Lindey, Holly, Lydia y Connor, quienes han hecho que cada paso de este viaje valga la pena. ¡Los volvería a escoger a ustedes sin pensarlo! Ustedes son mi gozo y mi amor.

DEDICADO A

GLORIA RICHARDS

1937 – 2007

Con frecuencia he tenido el privilegio de tener amistades que originaron con mis padres. Gloria Richards fue una de esas amigas atesoradas que se convirtió en mi propia amiga.

Mi madre conoció a Gloria en su adolescencia. Cuando eran jóvenes solteras se encontraron en diferentes eventos cristianos y sus caminos se cruzaron varias veces a lo largo de los años. Después de que las dos conocieron y se casaron con hombres cristianos y comenzaron nuevas vidas por separado, mi madre recuerda haber escuchado que Gloria y su familia se fueron a México de misioneros. A pesar del interés, la distancia entre ellas era grande, y solamente se mantenían en contacto de vez en cuando mientras servían al señor en naciones vecinas.

Gloria y su esposo se encontraron varias veces con nuestra familia creciente a lo largo de los años, y mis recuerdos más tempranos de los Richards se remontan a mi adolescencia. Poco sabía yo en aquél entonces lo significativa que se haría esta relación en los años venideros.

Fue a través de nuestra hija adolescente que asistió con el nieto de Gloria a Cristo Para las Naciones en Dallas, Texas, que nuestras vidas se volvieron a entrelazar. Yo fui un instrumento en contactar con los Richards y volverlos a reunir con mis padres. Mi vida fue enriquecida como consecuencia de esta nueva relación con Gloria. Durante ese tiempo fue que yo me encontraba escribiendo mi primer libro. Gloria leyó mi libro poco después de que fuese publicado. Su amor por la lectura y su habilidad como escritora hicieron que leyese mi historia con rapidez y se convirtiese en mi amiga, quien me apoyó desde el Sur de la frontera. Las dos esperábamos con anticipación el día en que el libro se imprimiría en español.

Tuve el privilegio de tener a Gloria de visita en Dallas pocos meses antes de que ella partiese de esta vida a su hogar eterno. Su visita sigue viva en mi mente y recuerdo que reímos juntas como viejas amigas. Yo admiraba su espíritu tenaz y su compasión al ayudar a los demás a “ver más allá” de sus obstáculos. Las dos compartíamos un corazón y un enfoque común.

Tengo amigas que fueron el fruto de su labor a lo largo de los años, quienes ahora son líderes poderosas en los propósitos del reino de Dios. Además de muchas de mis amigas y compañeras que fueron impactadas por la vida y enseñanzas de Gloria, también hay miles de mujeres en México cuyas vidas han sido transformadas.

Meses antes de que Gloria partiese, ella escribió una recomendación para mi libro *“Viendo Más Allá”*, pues ella me había animado a compartir mi historia con Latinoamérica y con la población de habla española alrededor del mundo. Ella sabía bien el impacto que supondría un mensaje escrito acerca de la vida, para los lectores que necesitan ánimo al amar a Dios y sus caminos. Gloria, una autora diestra que ha ayudado a tantas mujeres con esperanza y libertad en su búsqueda de algo más, escribió la recomendación que sigue más abajo.

Esta versión en español está dedicada a Gloria Richards, quien ahora ha alcanzado su lugar en la gloria. Poco sabía yo que su recomendación tan puntual, meses antes de su muerte, viviría después de su partida a casa y animaría a otros a iniciar el camino que Dios le ha dado a nuestra familia milagrosa.

Gloria, puedo escuchar tus gritos de ánimo desde el balcón del cielo al ver tu sueño hecho realidad. Gracias por ayudarme a “ver más allá” de las fronteras y a compartir mi historia con gente que llevaste en tu corazón durante años.

* * * * *



¡Gail McWilliams es una mujer extraordinaria! Uno, al leer su historia, podría preguntarse ¿cómo puede una persona sufrir tantas dificultades y obstáculos y sin embargo, salir adelante? Entre otras, desde niña ha luchado con una seria enfermedad, y siendo madre joven, perdió totalmente su vista. ¡Pero para nada se siente víctima! Es una esposa excelente, madre de cinco hijos, y una conferencista muy solicitada. ¡Vive con un entusiasmo por la vida como pocas personas que he conocido! Sí, carece de vista, pero no de visión.

Su historia te será de gran inspiración. Ella abiertamente comparte sus luchas emocionales y espirituales al enfrentar cada obstáculo, y cómo, finalmente, las venció. Tú también te sentirás motivada a “ver más allá” de tus propias circunstancias difíciles o limitantes, y a vivir con una visión sobrenatural.

*--Gloria Richards
Autora/Conferencista Internacional, Centro Cristiano Vino
Nuevo, Ciudad Juárez, México*

CONTENIDO

VIENDO MÁS ALLÁ

Prefacio...ix

Reconocimientos...x

Prólogo...xv

Introducción...xvii

Capítulo Uno

Viendo Más Allá de la Oscuridad...1

Capítulo Dos

Viendo Más Allá del Compromiso...7

Capítulo Tres

Viendo Más Allá de la Mañana...13

Capítulo Cuatro

Viendo Más Allá de las Noticias...23

Capítulo Cinco

Viendo Más Allá de la Crisis...30

Capítulo Seis

Viendo Más Allá de la Despedida...36

Capítulo Siete

Viendo Más Allá de la Desesperanza...41

Capítulo Ocho

Viendo Más Allá del Informe...46

Capítulo Nueve

Viendo Más Allá del Milagro...55

Capítulo Diez

Viendo Más Allá de la Elección...62

VIENDO MÁS ALLÁ

Capítulo Once	Viendo Más Allá del Temor...66
Capítulo Doce	Viendo Más Allá del Shock...75
Capítulo Trece	Viendo Más Allá del Ser Hermanas...84
Capítulo Catorce	Viendo Más Allá de la Batalla...90
Capítulo Quince	Viendo Más Allá de la Religión...99
Capítulo Dieciséis	Viendo Más Allá del ser Padres...106
Capítulo Diecisiete	Viendo Más Allá de la Silla Vacía...117
Capítulo Dieciocho	Viendo Más Allá de la Pérdida...125
Capítulo Diecinueve	Viendo Más Allá de la Depresión...133
Capítulo Veinte	Viendo Más Allá del Dolor...138
Capítulo Veintiuno	Viendo Más Allá de la Risa...146
Capítulo Veintidós	Viendo Más Allá de la Decepción...154
Capítulo Veintitrés	Viendo Más Allá de la Amistad...160
Capítulo Veinticuatro	Viendo Más Allá de la Misericordia...169
Capítulo Veinticinco	Viendo Más Allá de la Transición...175
Capítulo Veintiséis	Viendo Más Allá del Peligro...185
Capítulo Veintisiete	Viendo Más Allá de la Ofensa...194

CONTENIDO

Capítulo Veintiocho
Viendo Más Allá de la Sorpresa...204

Capítulo Veintinueve
Viendo Más Allá del Reto...211

Capítulo Treinta
Viendo Más Allá del Hoy...218

Acerca de la Autora...234

PREFACIO

Todo el mundo tiene algo que “ver más allá”.

Los retos y decepciones de la vida suelen difuminar nuestra visión y nos hacen perder el enfoque de nuestro viaje. No importa cuál sea su agudeza visual ni cuántas líneas pueda leer usted en la cartulina del oculista; me pregunto qué ve en realidad.

Una cosa que he aprendido durante los años pasados es que la vista tiene poco que ver con la visión. Lo primero está basado en la habilidad visual, mientras que lo segundo depende del corazón. La visión que ve con el corazón puede ver aún cuando llega la oscuridad. Para mí es fascinante que Jesús hizo una apelación para que el ser humano mirase más allá de su vista física. Él se maravillaba diciendo, “Tenéis vista pero no véis”. ¿No siente usted curiosidad por preguntar el qué?”

Algunos solo ven lo que quieren ver, mientras que otros rehúsan ver totalmente. Muchos pasan por alto las verdaderas riquezas de la vida, y no abrazan el hoy. Los ojos que solamente ven son comunes, pero poco comunes son los ojos que están “VIENDO MÁS ALLÁ”.

RECONOCIMIENTOS

En cualquier proyecto de éxito hay un equipo valioso cuyas contribuciones ayudan a hacerlo excelente. Este es el caso con mi primer libro. Más allá de las páginas que he escrito hay algunas personas especiales a quienes quiero dar las gracias.

Tony, gracias por no sólo ser mi esposo que me da apoyo, sino también mi manager y editor clave. Tus largas horas y compromiso con este proyecto me han permitido terminar bien. Cuando te escuché reír y llorar la primera vez que leíste el manuscrito, deseé que el libro alcanzase a otros corazones. Queridos hijos, gracias por permitirme estar encerrada en la oficina durante los dos meses pasados para terminar este libro. Anna, Lindey, Holly, Lydia y Connor, el animarme a que escribiese este libro y vuestras esperanzas de que se convirtiese en un best seller me dio gritos de ánimo hasta llegar a la meta.

Linda Eisenmayer, gracias por requerirme escribir con pasión y no simplemente contar la historia. Tú me diste la valentía de revivir algunas cosas que había querido reprimir en mi corazón para siempre.

A todo el equipo editor que le puso rayas a mis “t” y puntos a mis “i”, gracias por vuestra vista de águila.

Saludos a vosotros, Chet y Janet Moyers, mi padre y mi madre. Vuestro amor y apoyo interminable

primer par de ojos que me ayudaron a repasar el manuscrito que yo misma escribí. Mamá, definitivamente te has ganado el título afectivo de “La Reina de las Comas”. Un agradecimiento especial a mi hermano, Jon Moyers, quien me ayudó con el proceso de edición, incluso revisando los años de los acontecimientos y haciendo preguntas de investigación, así como lo haría un abogado excelente.

Julie Pangrac, tu don increíble por la escritura y tu amor por la literatura y por mí me han ayudado a refinar los detalles de la historia. Gracias, amiga mía, por tu disposición de pasar largas horas para hacer la historia más fuerte. Tú estuviste ahí para animarme a escribir mucho antes de que yo pensase que podría.

Anna Jean Price, gracias por tus contribuciones de edición y tu ánimo sin fin.

Ryan Duckworth, gracias por tu ojo de artista y por tu experiencia ayudándonos a producir la cubierta del libro.

A todos los amigos que me animaron a escribir; estoy muy agradecida. Algunos de vosotros merecéis mención especial.

Sr. Ziglar, gracias por su amor y ánimo. El manuscrito se puso en su mesa casi un año después que usted dijo por primera vez y con énfasis, “Gail, debes escribir tu historia para las masas”. Usted no solo creyó en mí, sino que también me ayudó a ver más.

RECONOCIMIENTOS

A Laurie Magers, la fantástica asistente del Sr. Ziglar, a quien ahora llamo mi amiga reveladora, tengo una deuda de gratitud contigo por tu ánimo diario y por tu ayuda práctica.

Gracias, Steve Baldwin, director ejecutivo en *Life Today*, por sembrar las semillas de este proyecto al decir, “Llámanos cuando termines tu libro y consideraremos una segunda entrevista”. En ese momento me preguntaba, “¿Qué libro?”

Debbie Bernard, te amo porque sin cansarte persististe en preguntar si ya había empezado mi libro y luego gritaste de alegría cuando por fin estaba terminado.

John Childs, tu respuesta amorosa pero firme al porqué yo no creía que debiese escribir mi historia fue, sin duda, el punto central que me hizo decidir intentarlo.

June Evans, tú me diste la motivación final para terminar cuando me había distraído y sentía que quería rendirme.

Anne Sonnier, tus diarios e-mails y oraciones de ánimo me ayudaron a ver más allá del trabajo y a enfocarme en la asignación de Dios.

Dawn, Harriet, Karen y Sra. M, escuché vuestros gritos de ánimo desde las gradas y sonreía en cada vuelta en la pista. Gracias a ustedes y a los cientos de personas más que también estaban ahí dándome ánimos.

A mis amigos de Benbrook Christian Fellowship/High Ridge, gracias por vuestra constante emoción y ánimo mientras veáis nacer este libro.

Tres amigos pastores creyeron en mí, animándome a empezar a escribir, no solo este libro sino muchos más.

Dan Dean, gracias por decirme desde el púlpito que había best sellers dentro de mí esperando ser escritos.

Clint Collins, tu ánimo me hizo querer alcanzar la próxima cumbre.

Brian Holmes, cuando me colocaste un bolígrafo en la mano mientras un grupo de nosotros orábamos, supe que había llegado el momento de ser obediente.

Gracias, mis hermanos y colaboradores en el reino.

Un agradecimiento especial a todos los que revisaron el manuscrito, escribieron recomendaciones y añadieron comentarios de ayuda.

Mike Kelly, gracias por tu entusiasmo sin fin y por tu ayuda práctica para expandir nuestra visión en el mundo laboral secular.

Le doy un tributo de agradecimiento a la Comisión Texana para el Ciego, por proveerme con una computadora y el software maravilloso que me permitió empezar a escribir una vez más.

Gail Eli, tú fuiste el mejor abogado para conseguir el equipo que necesitaba, pues creíste que escribiría muchos libros.

RECONOCIMIENTOS

Un agradecimiento especial es para Ashley Thomas y el Faro de Dallas para los Ciegos, quienes me dieron un entrenamiento informático extensivo.

Gracias a Freedom Scientific por desarrollar un programa de software especializado, J.A.W.S., que me permite escribir a pesar de la oscuridad.

Milli Brown y Brown Books, gracias por vuestro conocimiento de la industria y por aceptar mi manuscrito. Aprecio mucho vuestra profesionalidad y compromiso con la excelencia.

Un agradecimiento especial a Kathryn Grant por no desprenderse del proyecto.

Lauren Castelli, gracias por las ediciones finales y por tu emoción por el libro.

Ted Ruybal y Chad Snyder, gracias por vuestro esfuerzo diligente para diseñar una portada y un interior bonitos para mi libro.

Mi mayor agradecimiento y alabanza pertenecen al Señor Jesucristo. Sin su ayuda la historia no habría sido contada o escrita.

Mi corazón rebosa de agradecimiento por todas las vidas que han sido mencionadas más arriba. No puedo evitar pensar en Salmos 35:18, “Te dare toda la gloria cuando todos se junten para adorar; cuando los pueblos se unan en poder te daré mis Aleluyas”.

PRÓLOGO

Me siento agradecido por haber tenido el placer y el honor de conocer a Gail y a Tony McWilliams en estos meses recientes. Creo que su historia puede ser de ánimo para un sinnúmero de personas que están batallando con las complejidades de la vida diaria en nuestro mundo.

Gail escribe como si estuviese teniendo una conversación con el lector. A través de sus palabras es fácil sentir lo que siente su corazón. La honestidad tan profunda con la que comparte su historia me resulta especialmente refrescante. Criada en una familia cristiana comprometida, habiendo tomado su decisión personal de aceptar a Cristo cuando era una niña, y determinada a darle forma a su vida en base a la vida de nuestro Salvador, ella encuentra los retos y estorbos que nos son familiares a todos, y también muchos que han sido únicos para ella.

En lugar de darle brillo a sus dificultades con tópicos que parecen haberse hecho tan comunes entre los autores cristianos, Gail comparte con sus lectores el lado no tan bonito del temor y la desilusión; el enojo, la amargura, el resentimiento, el dolor y la frustración que ella experimentó; y aún el miedo y la duda, especialmente y en particular con aquellos que llamaban Señor a Cristo. Ella no se anda con rodeos al expresar la agonía de sus luchas, y clara y voluntariamente divulga cómo enfrentó—y sigue enfrentando—cada una de las dificultades. Su fe ha sido probada y ésta continúa ayudándola a seguir adelante.

La familia McWilliams es un testimonio vivo del gozo que procede solamente de una relación personal con nuestro

PRÓLOGO

Señor y Salvador, Jesucristo. Yo creo que *Viendo Más Allá* le dará a usted nuevas perspectivas en su propio viaje, así como esperanza y ánimo para lo que está por venir.

Zig Ziglar
Autor/Maestro Motivador

INTRODUCCIÓN

Miré nerviosa el reloj de la pared, temiendo escuchar el anuncio nocturno habitual, tan espantoso para una niña de nueve años. “¡Atención! Las horas de visita se han terminado”. Nuestro tiempo juntos había llegado a su fin una noche más, y pronto me quedaría sola.

Mi cara se entristeció al mirar a mis padres recoger sus cosas para irse de regreso a casa, sin su niña. Tan sólo unos meses antes mis padres estaban considerando un viaje misionero a África. Su profundo compromiso de seguir a Cristo les había inspirado a buscar maneras de ayudar a los demás. Para ellos, vivir para Cristo era más que asistir a la iglesia varias veces a la semana; para ellos esto era un estilo de vida que llevaba a conocerle más a él. Esa relación con un Dios vivo nos daba apoyo a todos nosotros mientras nuestra familia sentía los efectos de la enfermedad que había cambiado nuestros planes y nuestras vidas para siempre. ¿Quién se iba a imaginar que los síntomas de una gripe común serían una enfermedad de la niñez con la que batallaríamos continuamente? El premio sería la vida, pero el precio a pagar sería más de lo que ninguno de nosotros se podía imaginar. En mi inocencia, yo solamente podía ver el dolor del presente.

El diagnóstico de un doctor a punto de retirarse me había traído a este centro médico. Mi niñez sin preocupaciones se vería interrumpida por inyecciones diarias, controles médicos interminables, y el enemigo más grande de todos: el sentimiento de ser diferente a los demás.

INTRODUCCIÓN

Intentando no llorar abracé a mis padres sentada en la cama. Pude ver lágrimas en sus ojos y nuestros rostros cambiaban de apariencia. “Dejadme que os acompañe al ascensor”, les supliqué, intentando aprovechar el máximo de tiempo juntos. Mientras caminábamos hacia el final del pasillo se me hacía un nudo en el estómago, y empezaban a caerme las lágrimas. Aunque anhelaba llegar a estar bien, también deseaba ir a casa. “¿Tenéis que ir?” Susurré. No hubo palabras, solamente abrazos tiernos y largos después de que mi padre apretase el botón del ascensor. “Regresaremos mañana”.

Yo miraba con dolor cómo se abrían las puertas. Pronto emprendería una travesía que mis padres no podrían controlar y de la que no me podrían proteger; ellos solamente podrían mirar desde la orilla. Mi viaje sería encomendado totalmente al Capitán de mi destino, siguiendo las aguas que él había elegido. Con el tiempo esas aguas me llevarían a un lugar agradable, pero ahora mismo parecía estar abandonada.

Mientras se cerraban las puertas del ascensor yo seguía mirando a las dos personas que más amaba. Me encontraba sola. Me quedé en el pasillo frío y esterilizado del hospital, incapaz de contener las lágrimas, incapaz de ver más allá de esa puerta cerrada.

Capítulo 1

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA OSCURIDAD.

A finales de marzo viajé con mi prometido a una cita anual con el doctor. Durante años, debido a la diabetes juvenil, había estado bajo un programa intensivo de investigación ocular. Cada año era monitoreada para determinar si la enfermedad había afectado mi vista de algún modo. Trágicamente, la diabetes se conoce como la causa principal de la ceguera y las dificultades visuales. Estos exámenes eran muy detallados, haciendo que los días de las pruebas fuesen penosos y extremadamente largos. Yo los odiaba y temía que los doctores, si buscaban demasiado, fuesen a encontrar algo malo. Sin embargo, mi compañero en esta visita me había ayudado a enfocarme en lo brillante de mi futuro, y a no sentir tanto pánico por la prueba, pues estaba con el hombre al que amaba. Mirando hacia atrás no estoy segura de si mi ingenuidad se debía a que los doctores no me habían informado, o a que me negaba a aceptar la realidad de las posibles complicaciones de esta enfermedad. Tenía veintiún años de edad, y los planes de mi vida me tenían consumida. No estaba interesada en ninguna interrupción que esta enfermedad pudiese causar.

Había conocido a Tony McWilliams hacía un año. El sueño de mi vida por tener amor y un matrimonio se estaba haciendo realidad. Había soñado con casarme con un hombre que no sólo compartiese mi corazón, sino también mi pasión por servir a Jesucristo. La fortaleza de su carácter y sus bellos ojos azules sólo realzaban el cumplimiento de este sueño que había tenido desde muy jovencita. Ahora parece extraño que alguna vez hubiese

dudado que fuese a encontrar un hombre así. Nuestro futuro juntos no sólo conectaba dos vidas, sino también dos destinos. Estaba llena de gozo, esperando con expectación el día en que sería su esposa.

Mientras nos dirigíamos al hospital Midwest habíamos hecho una lista con los detalles de última hora que necesitábamos resolver antes de nuestra boda. Lo único que parecía apropiado mientras estábamos en la carretera era preparar nuestra boda. Los tres años anteriores habíamos viajado por separado por los Estados Unidos en nuestros ministerios individuales. El enfoque de Tony era el evangelismo en los campus universitarios. El mío era en las iglesias donde cantaba y hablaba. Nuestro cortejo había durado nueve meses por carta y por teléfono. Nuestras vidas iban a convertir dos ministerios en uno, y no podíamos esperar. Los dos estábamos emocionados y muy enamorados.

Pasamos todo el día en el centro médico mientras me hacían varios exámenes visuales, dilatación de la pupila, fotos para la investigación de mis ojos y unos monitoreos muy exhaustivos. Estábamos sentados entre otros pacientes que también estaban bajo investigación, y el trato que nos daban parecía poco personal, ya que nos llamaban por números.

Las horas de luz se habían esfumado, y nos habían tenido prisioneros en una clínica sin ventanas en el centro del complejo hospitalario donde esperábamos los resultados del día. Por último me llamaron a mí. Con alegría y rapidez le informé a la enfermera que iba a tener que cambiar mi

apellido en mi historial para la próxima vez que nos viésemos. Estaba a punto de casarme.

Mi felicidad se vería retada en cuestión de minutos. El doctor advirtió con gravedad que se había detectado un pequeño cambio en mis ojos. Él explicó algo de lo que había visto en los vasos sanguíneos frágiles y delicados detrás de mis ojos. Con resolución afirmó: “Es inevitable; durante el curso de tu vida vas a sufrir ceguera”. Nadie sabía exactamente cuándo; ésta vendría sin aviso. La tormenta estaba pendiente hasta algún momento en el futuro, el cual nadie podía predecir.

Al escuchar las noticias nos anclamos juntos a un Dios fiel, quien podía hacer lo imposible. Además, estábamos enfocados solamente en nuestro nuevo amor el uno por el otro.

La siguiente hora se hizo borrosa y una nube siniestra empezó a formarse sobre nosotros. Sentía ansiedad y deseaba archivar el informe médico en algún lugar. Si tan solo pudiese destruir el recuerdo de su pronóstico.

Conducíamos en la noche oscura con nuestros corazones demasiado adormecidos como para formar palabras. Reflexionaba con dolor acerca de las observaciones del doctor y me preguntaba si el hombre que ahora conducía hacia mi casa aún se querría casar conmigo en apenas tres semanas. Habíamos escuchado las advertencias de un personal médico muy preparado que nos habían hablado de nubes inminentes de incertidumbre. El sol estaba intentando ponerse sin aviso sobre el horizonte de mi brillante futuro. Por fin encontré el valor de decir

suavemente: “Tony, si no quieres no tienes que casarte conmigo”.

Continuamos por la autopista, mudos, cautivos por nuestros propios pensamientos. Estábamos a medio camino cuando salimos a una carretera de dos carriles que quedaba a una hora de mi casa. Una oscuridad misteriosa rompió nuestro silencio. “Todas las luces se han apagado y los cables de electricidad se han partido por la mitad”. Todo el mundo parecía haber desaparecido. Era como una plaga que había cubierto nuestro mundo. La oscuridad era enceguecedora.

Las imágenes eran como las de pueblos fantasma situados en una zona gris, y cada escena era idéntica al pasar un pueblo tras otro. Éstas hacían un contraste rígido con la ciudad ruidosa y animada que habíamos dejado más temprano. No había rastro de vida por ninguna parte, y las ruedas de nuestro coche de repente se deslizaron en una inesperada y espesa capa de hielo. Sin tener idea de que hubiese algún peligro inminente, seguimos con mucho cuidado por el camino vagamente marcado. Ya que nuestro día lo habíamos pasado en los pasillos de un hospital importante en Midwest, no nos habíamos enterado de ninguna advertencia climática o amenaza de tormenta. Al fin y al cabo era primavera, y el invierno ya había soltado sus garras, tal como marcaban las páginas del calendario. Sin embargo, la Madre Naturaleza había sorprendido a sus residentes con un golpe inolvidable.

Nos asombraba el agujero profundo de oscuridad que se unía sigilosamente al silencio ensordecedor. El hielo seguía aumentando con cada hora que pasaba, y yo me preguntaba en qué punto encontraríamos alivio de la ira de la tormenta.

Vimos personalmente el daño devastador que se produjo en nuestro estado. Los campos de Illinois estaban atrapados bajo el hielo grueso y los cables eléctricos yacían sin energía junto a los postes caídos.

¿Cómo pudimos no darnos cuenta de las señales de advertencia? El viaje que debía haber durado tan sólo dos horas se había convertido en uno de cinco horas con mucha tensión. En aquellos días no había teléfonos celulares para poder comunicarse, y nadie sabía si estábamos bien. Mi corazón siempre ha querido conservar recuerdos, pero esto se pasaba de lo normal.

Estábamos a tan solo unas semanas de nuestra boda primaveral. Ahora yo veía a mi prometido luchando por mantener el control del volante para tener a su futura esposa a salvo. Este había sido un día de mucha pesadumbre y posible tristeza; y ahora esto. ¿Podrían esta oscuridad y esta tormenta severa ser un aviso de una tormenta que venía a nuestra vida? “Dios, necesitamos tu ayuda desesperadamente”.

Por fin estábamos cerca de casa, deseando poder volver a ver a mis padres que estarían nerviosos. Yo no era consciente de las dificultades que ellos habían pasado durante la tormenta. A causa del apagón en toda la región, la bomba del sótano no estaba funcionando y el agua había inundado sin misericordia nuestro sótano recién terminado. Habían estado sacando agua toda la noche.

Mi vestido de novia estaba cuidadosamente colgado en el sótano con la falda cuidadosamente extendida sobre una sábana blanca. Ya estaba planchado y esperando la

celebración de mi matrimonio con el hombre al que amaba. Ahora la falda de mi vestido estaba manchada con agua sucia que subía del suelo. Esto era más de lo que podía soportar.

Trabajamos en equipo y con diligencia, y el sótano se salvó. Pusimos mi vestido sucio más en alto, y mi madre me aseguró que encontraríamos la tintorería perfecta que lo volviese a dejar como nuevo. En mi cansancio intenté desconectarme de las veinticuatro horas pasadas, las cuales parecían una pesadilla.

La boda que había estado esperando toda mi vida ahora se veía amenazada. No era solamente por una mancha en la falda de mi precioso vestido de novia, sino por la amenazante mancha permanente que podría hacer que mi prometido cambiase de opinión en cuanto a casarse conmigo. Yo seguía pensando que esta era una manera terrible de empezar nuestro matrimonio. El hombre al que yo amaba todavía no se había comprometido en ningún voto de “en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad”. Yo sabía que él necesitaba la oportunidad de ser liberado de su compromiso de casarse conmigo.

Capítulo 2

VIENDO MÁS ALLÁ DEL COMPROMISO

Toda mi vida había deseado un buen hombre que amase al Señor y guiase a su pueblo. Desde la primera vez que me presentaron a Tony McWilliams me atrajo su visión sencilla y su vida con principios. Era alto y apuesto, con ojos azules penetrantes tan solo para mí. Tenía una forma única de abrir un pasaje de las Escrituras y ayudar a otros a ver más claramente. Yo era, con mucho gusto, su alumna atenta y su fan número uno. Nos complementábamos el uno al otro porque él era el ancla tranquila e inmovible y yo era el tipo de persona social, que se emocionaba y saltaba con el corazón. Los dos éramos comunicadores apasionados en cuanto al Evangelio. Él era la roca estable que siempre necesité. Sólo Dios pudo haber dispuesto que una chica misionera y un chico del Sur de Illinois se conociesen en Florida trabajando juntos en un ministerio.

Parecía que había pasado una eternidad desde aquella noche especial en la que Tony me propuso matrimonio diciendo: “Quiero pasar el resto de mi vida sirviendo a Dios contigo”. Desde el primer momento que sentimos que nuestra amistad profundizaba, nos arrodillamos para rendir nuestras vidas y nuestros deseos a él. Juntos declaramos en oración: “Jesús, sé el Señor de nuestra relación”.

Tony y yo nos casamos el día más romántico del año: el 15 de abril, que es el día de la declaración de impuestos. Aunque puede que fuésemos cortos de vista al no darnos cuenta de que sufriríamos la presión de tener que pagarle al

gobierno el día de nuestro aniversario, aún así sabíamos que nuestra boda se iba a celebrar en primavera.

Mi hermano y mi hermana vivían en Jerusalén en aquél entonces. Jon estudiaba en la Universidad Hebrea ese año, y Candy estaba trabajando en la Tumba del Huerto. Nuestra boda coincidió perfectamente con las vacaciones de primavera, permitiendo así que los dos pudiesen venir a casa. Yo estaba maravillada con el plan tan preciso y con la provisión de Dios aún antes de pedírsele.

Tony y yo habíamos escrito nuestra invitación de boda y nuestros votos por adelantado porque queríamos expresar personalmente nuestro compromiso al Salvador que había unido nuestras vidas. Al fin y al cabo sabíamos por las Escrituras que Jesús estaba acostumbrado a asistir a las bodas, pues leemos de su ayuda en la fiesta de la boda de un amigo. Él también fue invitado a la nuestra.

El día fue precioso y vino gente de todas partes. La música estaba organizada para empezar puntualmente una hora antes de la entrada nupcial. Había escogido cuidadosamente toda la música y cada minuto estaba calculado a la perfección. Sin embargo, cuando la ceremonia estaba a punto de empezar, a las dos de la tarde, la gente todavía estaba en pie en la puerta de la iglesia y en la calle. Estaba desilusionada porque mi perfección en el tiempo se había arruinado. El firmar el libro de los invitados había retrasado que la gente se sentase, así que el libro se cerró con rapidez y los caballeros y ujieres fueron enviados afuera a ayudar a que la gente se sentase lo más rápidamente posible.

Yo estaba en pie en una habitación en la parte de atrás junto a mi padre, viendo a la gente entrar rápidamente. Uno de los ujieres había acompañado a mi abuela materna a un asiento una fila detrás de la familia. No habían guardado un lugar para ella, y él no quiso que todos tuviesen que moverse un asiento. Mientras él caminaba por el pasillo, capté su mirada y le hice señas para que regresase y la sentase con los otros abuelos. Sin dudar, regresó y pidió de nuevo que mi abuela lo tomase del brazo. Estoy segura de que mi abuela, que ya se sentía marginada por haber sido colocada detrás de los otros miembros de la familia, ahora se pensaba que la querían sacar de la iglesia. Mientras el ujier y mi anciana abuela miraban hacia la fila llena de gente, aquél se quedó perplejo sin saber dónde sentarla. Levantó las dos manos como un director de coro y le hizo señas a toda la sección de la familia para que se pusiesen en pie. Vi cómo una fila de seres queridos ancianos miraba con confusión. Yo estaba contenta con que no empezasen a cantar mientras el ujier intentaba dirigir su coro de ancianos. Por fin, mi abuela estaba sentada junto con el resto de la multitud que esperaba.

Al comenzar la ceremonia, todo el mundo olvidó el corto retraso. Un poco más temprano, cuando mi esposo entraba con sus acompañantes, contuvo la respiración al sentir una presencia santa sobre la audiencia. Él sabía que el Señor había venido a ser testigo del intercambio de nuestro pacto.

La iglesia tenía un santuario de dos pisos con un balcón curvo que tenía unas escaleras. Mis damas estaban preciosas descendiendo por las escaleras mientras la música de adoración llenaba el aire. Los caballeros distinguidos

que acompañaban a Tony esperaban a cada dama al pie de las escaleras y las acompañaban a sus lugares de honor.

Por último, me llegó el momento de caminar por el pasillo con mi padre. Siempre había dicho que nunca lloraría en mi boda. Demasiada emoción era una energía innecesaria. También, mi maquillaje se podía estropear. En el momento en que salimos de la habitación trasera empecé a llorar, mientras también contenía la respiración con asombro. No estábamos caminando solos.

Después de unos cuantos pasos, mi padre me miró y susurró: “No tienes que hacer esto si no quieres”. Siempre le amaré por ese momento tierno en el que quería estar seguro de que mi decisión era firme a pesar del gasto y los planes. Sin embargo, yo seguía inmóvil y mi decisión se mantuvo firme. En tan solo unos momentos yo iba a estar comprometida con el hombre escogido por Dios, quien me esperaba pacientemente.

Nuestro querido amigo y pastor nos recibió en el altar, y después mi padre ofició el resto del servicio. Nuestra boda incluyó la comunión, administrada por nuestros padres, así como su bendición hablada sobre nosotros. Los votos de Tony estaban llenos de escrituras, y mis votos fueron cantados a mi nuevo esposo. Después de que se nos hubo dado el discurso nupcial a Tony y a mí, nos volvimos a nuestra audiencia y los retamos con el evangelio. Tony habló y yo canté. Nuestros ministerios individuales se habían unido en nuestra primera reunión. Ese día recibimos una palabra de exhortación: “Id, pues mi pueblo está esperando”.

Sellamos nuestro compromiso con un beso, y rápidamente caminamos por el pasillo al son de una alegre canción. Habíamos aceptado el reto de “Ir, porque su pueblo estaba esperando”.

La gente estaba esperando sin problemas—en la larga cola de nuestra recepción. La cola era tan larga que más tarde escuchamos de una mujer que, mientras esperaba, decidió salir al supermercado a hacer sus compras y después regresó a la cola. Era una delicia saludar a cada persona y recibir sus oraciones y sus buenos deseos. Dios se había movido entre la congregación. Escuchamos testimonios de todo tipo de la gente en la cola quienes habían entregado sus corazones al Señor. Otros hallaron una nueva libertad para caminar en Cristo.

Como un acto de cortesía, habíamos decidido que nos tomaríamos las fotos nupciales después de que nuestros invitados hubiesen empezado a comer. El no tomarnos las fotos antes de saludar a nuestros invitados fue un error MUY GRANDE. Todos los abrazos en la cola de la recepción habían arruinado nuestro cabello y nuestras ropas, y habían aplastado nuestras flores. Cuando por fin regresamos al santuario vacío a tomarnos las fotos nos quedamos en shock. La persona que hacía la limpieza había puesto los muebles en su lugar original y la florista se había llevado todas las hermosas flores, aún cuando nosotros las habíamos comprado. Hasta el día de hoy, mi madre todavía considera esto un tema doloroso, y no puedo evitar preguntarme si los arreglos florales desaparecieron para irse a la casa de funerales más cercana. En lugar de flores como fondo, nuestras fotos de boda tienen banderas de iglesia.

Después de buenos deseos y oraciones con largos abrazos, salimos a nuestro viaje como marido y mujer. Nuestra luna de miel fue pacífica en París—París y Tennessee, es todo. Un ministro con quien Tony viajaba a menudo nos había aconsejado antes de casarnos diciendo: “Decidle a la gente que no os llamen mientras estáis en vuestra luna de miel. Decidles que les devolveréis la llamada”. Muy buen consejo. Sin embargo, él fue el primero en llamarnos el sexto día de nuestra luna de miel. Le pidió a Tony que fuese a enseñar a una escuela bíblica porque alguien les había cancelado su compromiso a última hora. “Id, porque mi pueblo está esperando”—y fuimos.

Capítulo 3

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA MAÑANA

Antes de casarnos, los dos habíamos estado recorriendo el país con nuestros ministerios como solteros. Después de nuestra boda nuestro estilo de vida permaneció igual, con un “ir constante” durante todo un año. Deseábamos comprar una casa móvil para usarla como nuestro hogar en la carretera. Dios había provisto de un vehículo nuevo antes de casarnos, y el motor era perfecto para tirar de ella. Sin embargo, el precio de una casa móvil parecía enorme para unos recién casados que vivían de las ofrendas modestas de las iglesias. A pesar de la limitación en nuestras finanzas, sabíamos que Dios era más que suficiente. Oramos y le pedimos a él que nos guiase.

Un día en Illinois, mi padre vio una casa móvil estacionada en una propiedad de vehículos de recreo que había a tres bloques de su casa. Acababa de llegar, era una de las marcas selectas y estaba en condición perfecta. Dios nos la había colocado delante de nuestros ojos. Mientras recorríamos los veintinueve pies de la casa móvil nos enamoramos de ella. Era exactamente lo que le habíamos pedido al Señor. Adquirir la cantidad para comprarla parecía imposible, pero Dios estaba interesado en nuestra confianza en él, así que nos comprometimos a orar.

Poco después, un miércoles por la noche en la iglesia, la tesorera nos dijo que alguien había hecho una donación anónima a nuestro ministerio. Sonriendo, nos entregó un cheque por la cantidad exacta que costaba la casa móvil, el seguro y la licencia, con cincuenta dólares de más.

Habíamos subestimado el compromiso de Dios de suplir todo lo necesario para “IR”.

Esa casa móvil fue nuestro único hogar durante más de seis meses, pero en diciembre estacionamos nuestra casa móvil de viaje junto a una casa con cimientos. Alquilamos una pequeña casa con tres habitaciones, y vivimos cerca de mis padres, en las afueras de la ciudad en la que nos casamos. La pequeña ciudad proveía una buena base para nuestro ministerio, pero el nombre de la ciudad requería una imaginación vívida, ya que significaba “colina gorda”. En realidad, esta comunidad estaba rodeada de campos fértiles y llanos de maíz y soja. Me encantaba poder cuidar de una casa permanente y usar la casa móvil solo para nuestros viajes de ministerio.

Unos días antes de Navidad la nieve ya cubría el suelo, creando un cuadro pintoresco. Frente a la ventana teníamos un árbol pequeño y modesto con adornos prestados, bajo el cual había tres regalos valiosísimos. Mi esposo me había sorprendido con una preciosa lámpara de Tiffany antes de Navidad. Era nuestro primer objeto valioso además de una mecedora nueva de madera que me encantaba. Mi esquina acogedora y preferida ahora estaba completa. Nuestras posesiones eran escasas, pero éramos ricos porque nos teníamos el uno al otro.

Yo estaba ocupada con preparativos y limpiando porque estábamos esperando invitados especiales para las fiestas. Mis padres estaban en Israel visitando a mi hermana que todavía estaba trabajando en la Tumba del Huerto en Jerusalén. Habían ido a disfrutar las fiestas con ella así como a ayudarla a mudarse a un apartamento nuevo.

Sonreía al pensar lo especiales que serían las fiestas de todos—nuestra primera Navidad juntos en nuestra propia casa y mis padres y mi hermana en Belén en Nochebuena.

Sin embargo, parecía extraño que no estuviésemos toda la familia junta para las fiestas. Cómo los extrañaba... Mi hermano vino de la Universidad de Illinois donde estudiaba derecho, y tenerle con nosotros era una fuente familiar de gozo y consuelo. Como mi madre estaba lejos, intenté suplir su papel cocinando las galletas preferidas de Jon, las de bolas de nieve, y observé con gran satisfacción cómo las devoraba todas.

Otra “novedad” para mí fue cocinar durante las fiestas y para nuestros invitados especiales. Tener el papel de primera dama de mi propio hogar me permitió abrazar la hospitalidad y todo el trabajo que ello conlleva. Todavía me estaba acostumbrando a todo ello, sin mencionar la adaptación a ser una nuera. Los padres de Tony condujeron desde el sur de Illinois para acompañarnos por primera vez. Entre nuestros invitados, la más entusiasta de todos era la hermana pequeña de Tony, Cathy, quien era quince años menor que él. La pequeña de siete años con cabello rizado saltaba con expectativa, y su emoción era contagiosa.

La familia de Tony había planeado marcharse temprano la mañana de Navidad. Mi esposo estaba rompiendo la tradición al no ir a la granja de sus abuelos con todos los demás familiares el día de Navidad, escogiendo en cambio quedarse en su propia casa. Estábamos en el umbral de muchos nuevos comienzos y de crear nuestros propios recuerdos. También íbamos a viajar el día después de

Navidad y necesitábamos tiempo para preparar y hacer el equipaje.

Un acontecimiento inesperado, muy temprano el día de Navidad, confirmó que habíamos tomado la decisión correcta. Cuando me fui a dormir en Nochebuena, me acosté exhausta por todas las actividades de la semana. Tony y yo les habíamos cedido nuestra habitación a sus padres, y la otra habitación a mi hermano. La hermana de Tony durmió en el suelo de la habitación de sus padres. Habíamos preparado nuestra propia cama en el suelo de la sala de estar, bajo nuestro modesto árbol de Navidad. La familia de Tony había planeado marcharse al amanecer y desayunar por el camino. Yo aprecié el poco trabajo que ocasionaron, pues estaba muy cansada.

Me desperté al oír a los demás, y me trasladé de nuestra cama en el suelo a mi mecedora nueva a gatas, pues estaba cerca de nuestra plataforma improvisada. Nadie que hubiese estado mirando habría pensado que esto era extraño, pues había maletas y cajas vacías de la familia desde la noche anterior. Los padres de Tony esperaron un ratito más, para la decepción de mi pequeña cuñada. Ella estaba enfocada en el día que tenía por delante y los regalos que le esperaban en la casa de Abuela. Yo también me sentía ansiosa por que se marchasen. Finalmente intercambiamos saludos y buenos deseos de Navidad y se marcharon.

Cuando pienso en aquella mañana, me pregunto cómo me las arreglé para llevar a cabo la actuación más grande de mi vida. Al abrir mis ojos minutos antes, supe que algo andaba muy mal. Sin embargo, no quise alarmar a nadie y sabía

que mi esposo y yo nos quedaríamos solos en unos momentos. Así que decidí fingir un adiós normal—pero no era nada normal. Me había despertado el día de Navidad sin visión alguna. Todo era negro.

La noche anterior tenía una visión cien por ciento perfecta. Obviamente este era el aviso del que el equipo de investigación médica me había hablado. Había conseguido suprimir ese informe en cuanto a mis ojos, el cual me acosaba antes de casarme, pero creo que ni siquiera los doctores pensaron que ocurriría tan rápido. ¿Cómo prepararse para tener visión perfecta un día y ceguera al siguiente? Yo pensaba que, si alguna disminución visual ocurriese, ésta ocurriría gradualmente y mientras tanto se habría descubierto algún remedio médico. Nadie me habría podido preparar para esta interrupción tan abrupta y este dolor. ¿Qué había ocurrido?

En cuanto los padres de Tony se hubieron marchado, llamé a mi esposo, alarmada y en shock: “¡No puedo ver!”. Entonces me puse a llorar y a decirle cuánto miedo tenía. Qué regalo tan terrible le estaba dando al hombre de mis sueños en su primera Navidad. Nuestro mundo había cambiado drásticamente y para siempre en algún momento de la noche.

Mi esposo me sostenía mientras yo lloraba con incredulidad y temor. Íbamos a partir la mañana siguiente en un viaje al Suroeste con otros jóvenes adultos, incluyendo mi hermano. A Tony y a mí nos habían incluido en un programa para hablar en un evento juvenil en Pasadena, Texas, y yo era también la artista musical para un concierto la noche de fin de año.

Como los especialistas que necesitábamos no estaban disponibles debido a las fiestas, nuestro enfoque continuó en Texas, con un propósito por delante. Le pregunté a mi esposo: “¿Cómo vamos a ir? ¿Qué voy a hacer yo?” Él me sostuvo y me dijo que Dios sería nuestro ayudador. Recuerdo sus palabras directas de liderazgo a este soldado caído. “Éste no es momento de retirarse”. Me tumbé en la cama y mi esposo y mi hermano oraron por mí.

Recuerdo poco de ese día frío y nevado, excepto que fui sostenida por mi esposo. Él nunca mencionó sus temores o enojo por esta interrupción en nuestras vidas. Yo me preguntaba si él veía el largo camino que tenía por delante, y los días de incertidumbre con la esposa de su juventud, o si solamente tendría fuerzas para ese momento. Ninguno de nosotros había planeado que nuestros votos de amarnos el uno al otro “en lo bueno y en lo malo, en la enfermedad y en la salud”, serían retados tan rápido.

Sin embargo, recuerdo vivamente que recibí una llamada telefónica de mis padres desde Israel ese día de Navidad. Ellos insistían en preguntar si estábamos bien. Yo nunca les dije nada de nuestra batalla porque quería protegerles. Además, estaban demasiado lejos y no podían hacer nada más que preocuparse. Yo no había considerado que ellos ya estaban orando. Mi padre dijo más tarde que Dios le había avisado de que algo andaba mal, y que por eso insistían en preguntar si estábamos bien. Yo desestimé la preocupación amorosa y la sensibilidad de unos padres que escuchaban a Dios y que habían sido mi cobertura espiritual durante toda mi vida. Me sentía tan sola... Nuestro lazo en común era Belén. Mi mente y mi corazón estaban fijos en la última

parte del himno de Navidad: “Oh Pueblecito de Belén... Las esperanzas y temores de todos los años se cumplen en Ti esta noche”.

Llamé a una amiga y le pedí si podría acompañarnos al encuentro de jóvenes y ayudarme. Pedir ayuda era un camino humillante que no sé cómo explicar, especialmente porque yo era hábil en mi independencia. Le pregunté si podría ser mis ojos en el viaje y ayudarme con la ropa y el cabello. Mi nueva asistente personal accedió a ayudarme. Al prepararme para salir de viaje de ministerio, estaba determinada a no retirarme a pesar de haber sido golpeada por la ceguera. Sólo la gracia y la fuerza incomprensible de Dios pudieron en contra de mi debilidad. Aprender a depender del Salvador y de los demás sería mi lección de por vida. Sentí la presión de aprenderla rápido para poder sobrevivir.

Me sorprende que continuásemos con nuestro compromiso ministerial. Éste sería el patrón de nuestras vidas, modelado en cada tormenta que teníamos por delante. Lo único por lo que valía la pena luchar era por ver el reino de Dios avanzar. “Su poder se perfecciona en nuestra debilidad” se convirtió en algo más que una escritura colgada para adornar una pared de nuestra casa. Ahora esta escritura estaba a punto de ser probada. Durante mucho tiempo había admirado a mis héroes de la fe, los cuales se habían enfrentado a sus propias adversidades. Sin embargo, ahora los abrazaba como camaradas que miraban desde el balcón del cielo gritando: “No te retires”. Como ellos, yo también necesitaba un Salvador que estuviese presente para ayudarme en mi problema.

Estoy agradecida por tener un esposo con una fuerza interna tan grande, el cual se enfocó en la respuesta a nuestra crisis y no sólo en los detalles de nuestra tormenta. Él siempre ha sido una roca de valor inmovible, con valor, enfocando su corazón en responder y no simplemente en reaccionar. Él ha ayudado a aquietarme en las tormentas que han intentado hundirnos en la vida. Los dos hemos anclado nuestras vidas en la roca de nuestra salvación—solamente Jesucristo ha sido el factor estabilizante, diciendo con calma: “Paz. Paz.”

El día después de Navidad nos encaminamos hacia Texas. Recuerdo poco del viaje y de sus cambios dificultosos. Además de manejar mi ceguera, me preocupaba qué iba a decir a aquellos con quienes me encontrase. Esperaba su asombro al ver mi deterioro inmediato y mi intento en vano de explicar algo que todavía ni yo entendía. Junto con mis propias batallas, siempre he intentado llevar las de los demás. También he sentido la necesidad de proteger a Dios y su reputación. Yo no quería que los demás cuestionasen la bondad de Dios y su habilidad en base a mi vida. Siempre he sabido que mis acciones le representaban a él; pero el peso de cargar con otros al intentar ser fuerte yo misma, con frecuencia ha sido una carga innecesaria. Dios puede defenderse muy bien por sí mismo. Su carácter y habilidad no cambian y han sido probados desde el principio de los tiempos. Sin embargo, el intentar proteger a Dios se convirtió en uno de los factores que dominaban mi vida al caminar por las tormentas, mientras un montón de gente me observaba.

La conferencia de jóvenes no fue diferente. La gente observaba mientras yo intentaba arreglármelas en la

oscuridad. Enseñé algunos talleres y me mezclé con la gente joven, pero me era difícil el no poder moverme con independencia. Constantemente estaba en la presencia de otra persona. El brazo de mi esposo se convirtió en mi mejor amigo; y como pareja nos estábamos ajustando a este nuevo baile de sufrimiento. Yo le dije que si simplemente me ofrecía su brazo, nadie tendría que saber que era ciega; él se vería como un caballero perfecto y yo me vería como su preciada dama. Aunque hubo momentos de triunfo en medio de la incertidumbre, en privado luché con lágrimas, enojo y decepción. Era consciente de que mi corazón no me dejaba lamentarme totalmente por que yo misma me había auto impuesto la necesidad de aparentar. Sin embargo, esta prueba se iba tan pronto como venía.

Me preguntaba a cuál de los doctores llamaría cuando regresásemos a casa. No sabía si debería ver a un especialista mientras estábamos en la zona de Houston, ya que esta ciudad ofrecía una variedad más grande de elecciones excelentes. No sabía qué hacer ni a dónde ir. Tony y yo sólo hablábamos de las respuestas y versículos que habíamos memorizado y que nos consolaban. No nos podíamos permitir menos que la fe en un Dios que podía hacer lo imposible. La lucha por sobrevivir se llevó toda mi energía.

Al final del congreso tuvimos un concierto. A mi parte del programa le seguía la Santa Cena, y después una oración para darle la bienvenida al año juntos. Hasta ese momento yo solía terminar cada concierto con una canción que ahora era el clamor más profundo de mi corazón: “Abre mis ojos, Señor; quiero ver a Jesús”. La canción también se convirtió en el clamor de mi audiencia, pues ellos habían estado

observando cada uno de mis movimientos durante la conferencia y estaban afectados. A muchos les corrían las lágrimas por las mejillas.

Sorprendentemente, durante la canción empecé a ver algo de luz. Antes de ese momento todo parecía negro y sin claridad alguna. Me quedé estática y expectante. Sabía que un rayo de luz me había inspirado a esperar más. Me así de Aquél que traería el gozo después de las largas noches de dolor. Aprendería a confiar en él. Mi clamor continuo siguió siendo: “Abre mis ojos, Señor”.

El día de Año Nuevo comenzamos nuestro viaje de regreso al Oeste. A medida que pasaban las horas parecía que la oscuridad se levantaba, y podía ver algunas cosas. Más tarde me enteré de que los vasos sanguíneos detrás de mis ojos habían sufrido una hemorragia y mis ojos estaban descansando en un mar de sangre. ¿Qué había traído este cambio tan repentino?

Capítulo 4

VIENDO MÁS ALLÁ DE LAS NOTICIAS

Parece que toda mi vida he sido revisada por algún tipo de doctor o consultor médico. La mayor parte del tiempo, el consejo e instrucciones que recibía de alguien con una bata blanca condicionaba mi corazón a simplemente soportar las visitas. Veía cada revisión como un mantenimiento normal que interrumpía un día o más de mi vida. Yo siempre había visto a los doctores como un impedimento a los sueños y esperanzas que tenía para mi vida. Mis mecanismos de supervivencia me impedían escuchar sus predicciones negativas y sin esperanza.

Sin embargo, hubo un día en que las palabras del doctor invadieron mi alma con temor. Ese día el doctor se presentó como mi juez para sentenciarme con dos veredictos. Él declaró a qué edad era probable que muriese, y proclamó que nunca llegaría a ser madre. Desde entonces he aprendido que los doctores simplemente “practican” la medicina, y que a veces les sale mal.

Recuerdo la cara del doctor cuando predecía mi futuro tal como él lo veía. Me dijo que probablemente nunca tendría hijos, a causa de la enfermedad de mi infancia. También pensaba que sería una buena idea hacer algo más con mi vida que simplemente la música, porque, dijo: “No quiero que seas una pianista gorda de música cristiana”. Yo me preguntaba cuál era la broma y dónde estaba la verdad. Recuerdo que me sentía triste por la posibilidad de no experimentar la maternidad; sin embargo, siendo una adolescente invencible, ese dolor no era una amenaza

demasiado grande ya que mi futuro parecía muy brillante. Ese día salí de su oficina con el enfoque de vivir mi vida al máximo. Cuando se presentasen las dificultades ya sería el momento de ocuparse de ellas; de momento ya tenía demasiado por hacer.

Poco después de casarme con Tony escuché el decreto del doctor fuertemente en mi mente, amenazando mis esperanzas de tener una familia. Las palabras que el doctor pronunció en el pasado sonaban ahora como una grabación en mi mente; pero Tony y yo todavía deseábamos tener hijos. Habíamos visto la promesa y el potencial de un hogar que declaraba a Cristo como Señor. Nosotros sabíamos que toda cosa buena procedía del Padre, y ello incluía los niños. Nuestras vidas estaban comprometidas a servirle a él, y nosotros queríamos todo lo que el cielo ofrecía.

Recuerdo que un día cuando era niña estaba leyendo la Biblia, y podía ver el corazón de Dios. Leí que lo que él deseaba era una herencia santa. Por toda la Biblia había visto el efecto de contar esta historia de generación a generación. Los hijos eran más que un inconveniente y un impedimento financiero; ellos eran bienes disponibles. Salmos 127:4 hablaba de los hijos como flechas en la mano de un guerrero poderoso. A medida que aumentaba mi visión por tener una familia, mis esperanzas disminuían, especialmente ahora que me hallaba con la vista disminuida desde esa negra mañana de Navidad. A medida que mi vista regresaba, me daba cuenta de que se había producido daño. La claridad de mi vista no era tan buena, y era más difícil leer escritura de tamaño normal. Antes de este cambio, los demás decían que yo tenía vista de águila. Yo era la primera en ver las señales más lejanas en la carretera,

y también cosas que otros pasaban por alto. Nunca había necesitado lentes, pero ahora no había lentes que pudiesen ayudarme. Tenía miedo de perder mi licencia de conducir que me daba la independencia. Con una preocupación que me molestaba, soñaba con niños que dependiesen de mí. ¿Quién los iba a llevar de un lado a otro? Era demasiado en lo que pensar, así que simplemente decidí confiar en el Dios que podía hacer lo imposible, y al mismo tiempo conceder el deseo de mi corazón.

Para entonces tenía una amiga muy cercana que también quería un bebé. Ella y su esposo habían decidido trabajar en sus carreras antes de tener hijos, pero ahora estaban ansiosos por tener un hijo. Un día mi amiga Ann me llamó por teléfono; la oía llena de alegría mientras me contaba que estaba embarazada. Aunque me alegraba por ella, le recordé que habíamos orado para que quedásemos embarazadas al mismo tiempo. Yo sentía mis emociones mezcladas mientras colgaba el teléfono, escuchando de nuevo la voz del doctor que me decía que probablemente nunca tendría hijos.

Para mi gran alegría y sorpresa, semanas después yo también descubrí que estaba embarazada. Los doctores estaban equivocados; yo también podía tener un bebé. La fecha del nacimiento iba a ser en verano, y compartí las noticias alegres con Ann. Nuestra amistad creció a medida que crecían nuestros vientres, y nuestros bebés nacieron con cuatro días de diferencia.

En aquel tiempo vivíamos en una ciudad de casi 100.000 personas en el centro de Illinois. Nunca me habían dicho que necesitaría un especialista entrenado en embarazos con

diabetes si iba a concebir y dar a luz un hijo. Con ignorancia inocente, habíamos encontrado y habíamos asegurado un obstetra anciano. Él nunca pidió exámenes especiales, solamente algunos análisis de sangre periódicos en el hospital. Mis visitas al doctor eran casi rutinarias, aunque cuando estaba casi en el cuarto mes de mi embarazo me hospitalizaron para examinar más de cerca los niveles de azúcar en la sangre. El doctor había pensado que iba a necesitar algunos ajustes con dosis de insulina a medida que el bebé se fuese desarrollando, así que consultó mi caso con otro médico. Me quedé perpleja preguntándome por qué me hospitalizaban cuando mi doctor se iba de vacaciones.

Las enfermeras me informaron de que el doctor había pedido que hiciese ejercicio mientras permanecía en el hospital durante unos días. Mis únicas salidas para caminar eran las escaleras y los pasillos de mi planta del hospital. Pertenecer al club atlético local me habría servido más que esta visita al hospital. Más tarde me enteré de que las enfermeras habían dicho que yo era hiperactiva y que siempre estaba en movimiento. Mirando hacia atrás, mi caso era tan fortuito como una película del gordo y el flaco pero sin las risas.

Mis ojos no habían empeorado, pero ahora el misterio de la hemorragia la mañana de Navidad había quedado resuelto; la causa había sido el embarazo. Los cambios hormonales mezclados con la dinámica fluctuante de los niveles de azúcar habían hecho que los vasos sanguíneos del ojo se rompiesen y sangrasen. En nuestra familia el regalo de la vida vendría a un alto precio.

La tarde del lunes 27 de agosto fui al doctor para mi prueba semanal. Yo estaba a punto de dar a luz, y me sentía llena de vida nueva. Durante mi visita, el doctor descubrió que mi presión sanguínea estaba extremadamente alta, y me ordenó que fuese directamente al hospital. Ni siquiera me permitió ir a casa a buscar mis cosas; me indicó que debía ingresar inmediatamente en el hospital y él llamaría después para dar las órdenes. Seguí sus indicaciones y en una hora estaba tumbada con una bata de hospital preparándome para el nacimiento de nuestro primer hijo.

Inmediatamente el personal me conectó a un monitor fetal y me colocó una solución intravenosa en el brazo para iniciar mis contracciones. Me daba pánico intentar recordar los pasos de nuestro entrenamiento Lamaze. Yo no estaba preparada para los dolores fuertes y repentinos de las contracciones sin un aumento natural y progresivo. Después de dos largas horas el doctor llegó para revisarme. Con un solo vistazo se dio cuenta de que el monitor no estaba funcionando. Diciendo profanidades de enojo exigió rápidamente que cambiasen las máquinas. En minutos se vio que nuestro bebé estaba en peligro. El doctor, visiblemente irritado, les dijo a las enfermeras que me preparasen para la cirugía. Yo me sentía demasiado desdichada como para enojarme. Mientras me preparaban, el doctor me preguntó si quería mi apéndice. Algo distraída por las manos frías sobre mi vientre y las enfermeras trabajando en mí a toda prisa, le pregunté: “¿Lo necesito?” Con rapidez respondió: “No, así que te lo voy a sacar”. Yo no tenía ningún control porque las cosas se movían muy deprisa a mi alrededor. Sólo podía pensar en nuestro hijo que estaba a punto de nacer.

Nunca habíamos visto el sexo del bebé en las ecografías, pero los demás me habían convencido de que era un niño. Recuerdo que los médicos llevaban batas y gorros rosas mientras me llevaban a operarme. Yo les dije que habían escogido el color equivocado para ese día, porque estábamos a punto de dar a luz a un niño. Eran las ocho de la noche, y el día era algo borroso.

Para asegurarse de que me mantenía alerta durante el procedimiento de la cesárea, el doctor había insistido mucho en que tenía una obstrucción en la columna. Mi deseo inicial era que me durmiesen y que me despertasen con mi bebé en los brazos; sin embargo, el doctor se había salido con la suya en cada decisión hasta entonces, y yo estaba en sus manos.

El equipo que me cuidaba empezó a trabajar en sus puestos cumpliendo sus responsabilidades en este grupo dador de vida. El anestesista dijo que mis pies y mis piernas sentirían calor al principio y después mi vientre quedaría insensible, así no sentiría el cuchillo. Esto era consolador; mi único problema era que podía sentir la medicina empezar en los pies y subir gradualmente por mi cuerpo hasta el cuello.

Atada a la mesa con una máscara de oxígeno, así como otros aparatos de control y cables importantes, pregunté nerviosa: “Hey, ¿Es normal que esta sensación de insensibilidad me llegue hasta el cuello?” Nadie me contestó, pero oí el sonido de muchos pies moviéndose rápidamente a través de la habitación. “Jesús” clamé- “guárdanos”. La tensión iba aumentando en la habitación y mi herida da testimonio de la rapidez del cuchillo del

cirujano. Éste me abrió de arriba a abajo como a una sandía en el picnic de una iglesia.

En pocos minutos alguien me dijo que nuestro bebé era una niña. Yo repetía con la máscara de oxígeno todavía puesta: “Niña. ¿Una niña? Dios mío, gracias por darnos una niña. ¿Una niña? ¡Nuestra niña!” Estaba en shock, pero finalmente sentí que podía respirar de nuevo y que tenía espacio para que se ensachasen mis pulmones. Pero faltaba algo; yo no había oído ningún sonido de mi bebé. Por fin hubo un pequeño gemido con un poco de llanto.

“¿Está bien mi bebé?” Pregunté. Nadie me contestaba. Pregunté una vez más. Con rapidez, una enfermera pasó rápidamente con mi pequeña en los brazos, pero yo sólo podía escuchar un ruido débil y vi algo de su grueso cabello negro. Por fin había llegado Anna Gail McWilliams. Permanecí en la mesa durante casi una hora mientras cosían mi vientre y mientras alababa a Dios por nuestra hija. Yo seguía diciendo una y otra vez: “¡Una niña! ¡Casi no lo puedo creer!”

Lo peor ya había pasado. ¿O no?

Capítulo 5

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA CRISIS

Poco sabía yo que la única vez que vería a mi hija en los próximos días sería ese momento en que la enfermera pasó junto a mí precipitadamente. Nuestra hija estaba muy enferma. Cada minuto era valiosísimo en la lucha por su vida.

Anna pesó cuatro kilos y quinientos gramos, pero gran parte de su peso era un líquido dañino que se le había acumulado. Años después descubrimos que los embarazos con diabetes raramente llegan hasta el final como lo hizo el nuestro. Su vida no era la única que estaba en peligro, la mía también lo estaba.

A Tony no le habían permitido acompañarme al quirófano a ver el nacimiento de Anna porque lo consideraron una emergencia. Mientras esperaba noticias recorría el lugar orando.

Una enfermera le trajo a Tony el parte del nacimiento de Anna a la sala de espera. Sin embargo, también le notificaron que Anna tendría que estar bajo observación durante la noche, pero no le dieron detalles específicos. Se nos recomendó que nos enfocásemos en mi recuperación. No fue hasta la mañana siguiente que nos dijeron la verdad. Anna estaba en crisis.

Una vez llegué a la sala de recuperación quise llamar a todos en mi lista de familiares y amigos especiales. La primera llamada fue a mis padres. Ellos no eran los únicos

que esperaban las noticias, el grupo del estudio bíblico de mujeres que se reunía allí también las esperaba. Durante años el grupo se había llamado afectivamente “La Reunión de los Lunes de las Chicas”. Mi madre dirigía el grupo que se reunía en casa de mis padres. Yo era parte del grupo, y durante los años que nos habíamos reunido habíamos visto como nuestras vidas se desarrollaban en Dios y en sus caminos. Nuestras oraciones las unas por las otras también habían producido respuestas a los clamores de nuestros corazones por los esposos, por los hijos y por otras necesidades apremiantes. Parecía apropiado saber que las chicas del lunes por la noche estaban orando para que yo fuese libre.

Después llamé a mi hermana, que estaba en Israel. Durante nuestra conversación la enfermera llegó y me quitó el teléfono de las manos. Con un mal tono de voz me dijo: “No debes hablar con nadie. Tu vida está en peligro”. Enseguida sacó a mi esposo de la habitación, cerró la puerta y apagó las luces. “¿Puede decirme alguien qué está pasando?” Me dejaron sola con la incógnita.

La próxima persona a la que dejaron entrar en la habitación fue una enfermera sargento de alguna zona de guerra. Ésta empezó a presionar mi abdomen para ver si el útero se estaba contrayendo. En ese momento me di cuenta de que no me habían dado la cantidad suficiente de medicina durante la cirugía. A pesar de la gran incisión, casi me levanto de la cama para aplastar a esa enfermera. Por eso mi presión sanguínea estaba por las nubes. “Traigan a mi esposo”, exigí. Necesitaba a alguien que estuviese en la brecha, no sólo que orase por mí, sino que también me protegiese de esa enfermera cruel. Mi presión sanguínea

había alcanzado niveles extremadamente peligrosos, y estaban preocupados por mi vida.

Nosotros no nos dábamos cuenta de que, unas puertas más abajo, nuestra bebé estaba en una lucha desesperada por cada soplo de aire. Nuestro hospital no estaba equipado en traumatología de alto riesgo para bebés. El personal médico le había dado a Anna cantidades innecesariamente grandes de oxígeno. También le dieron medicamentos para acelerar su corazón, cuando en realidad necesitaba lo contrario: algo que calmase su corazón.

Debido a mi condición diabética, el páncreas de Anna había estado funcionando en exceso para cuidar de sus necesidades y ayudar con las mías. Esto hacía que mediante el cordón umbilical nos extendiésemos vida la una a la otra. Yo le ofrecía vida mientras ella intentaba ofrecerme algo que yo necesitaba desesperadamente: insulina. Esto estimuló su páncreas en exceso, ya que el mío no estaba funcionando. Cuando ella nació su páncreas continuó funcionando al mismo nivel, haciendo que el nivel de azúcar en su sangre fuese peligrosamente bajo. Enseguida le bombearon glucosa en el sistema y el equipo médico se asombraba de que no estuviese en coma. Mientras el Gran Médico la sostenía en sus manos, los doctores intentaban resolver sus problemas complicados. El tiempo era esencial.

Finalmente permitieron que Tony regresase a mi lado. Cuando yo dormía Tony se escapaba para observar a su pequeñita. Cuando por fin la localizó en una habitación privada vacía, la observaba entre las rendijas de la persiana. Con dolor observaba cómo Anna se esforzaba por respirar.

Las enfermeras y los doctores la rodeaban mientras trabajaban con rapidez para estabilizar su condición. Tony miraba con una preocupación profunda por este nuevo cambio. La seriedad de la situación a esta hora tan avanzada era obvia: Las dos damas de Tony estaban en peligro.

Habían pasado veinticuatro horas desde que me había convertido en la mamá de nuestra primera hija, Anna. Yo seguía preguntándoles a las enfermeras cuándo podría verla, pero siempre me daban excusas. Las enfermeras insistían en que Anna y yo necesitábamos descansar. En esas veinticuatro horas, mi presión sanguínea por fin se había estabilizado. Aunque había comenzado un nuevo nivel de dolor físico, éste no era nada comparado con el dolor creciente en mi corazón. Había dado a luz a una hija y nunca la había tocado ni sostenido en mis brazos. ¿Cuándo iba a poder ver a mi bebé y tenerla entre mis brazos?

Ya era tarde y estaba sola. Sabía que todas las pruebas habían confirmado lo que era obvio: que Anna era una bebé muy enferma, y que tenía poca o ninguna esperanza. Yo agonizaba mientras las enfermeras le traían a mi compañera su bebé recién nacido cada tres horas para darle de comer, mientras que yo deseaba la mía. No estaba en condiciones de caminar por mí misma a la sala donde ella se encontraba, pues me acababan de abrir la barriga y todavía sentía los efectos de la cirugía.

Cada hora alguien me traía un informe actualizado del estado de mi hija. Irónicamente, habían llamado a un doctor que no veía bien para consultar acerca de mi caso. Él

insistía en que el hospital transportase a Anna al centro de alto riesgo inmediatamente. Su persistencia le salvó la vida a nuestra hija. Tony me informó de que nuestra primogénita sería transferida a otra ciudad con la esperanza de ayudarla. ¿Volvería a verla algún día? ¿La podría tener entre mis brazos algún día? Tenía el corazón roto, y temía dejarla ir. Supliqué que me dejaran verla y orar por ella antes de empezar su viaje en la ambulancia. Los doctores dieron permiso de que, una vez Anna estuviese colocada en su incubadora—lista para el viaje—le dijese adiós. Más tarde nos enteramos de que el personal pensaba que ese sería nuestro último adiós.

El hospital nos dio una habitación privada a Tony y a mí, y a mis padres que se habían unido a nosotros para orar. Mi esposo me llevó en silla de ruedas a la habitación donde esperaríamos a nuestra bebé. Nuestros momentos debían ser cortos, pues su vida colgaba de un hilo. Justo antes de que nos trajesen a Anna, mi obstetra asomó la cabeza por la puerta para darnos el pésame. Éste estaba empezando a preparar el certificado de defunción de Anna. Sin embargo, yo estaba enfocada en el Dador de la Vida.

Finalmente llegó nuestro tesoro: una pequeña habitación privada llena de emoción. Todos empezamos a llorar mientras clamábamos al Señor en oración. Yo extendí mi mano adentro de la incubadora, deseando tocar a mi pequeñita. Empecé a hablarle mientras frotaba la palma de su mano con mi dedo. Le dije que yo era su mamá y que la amaba. Después le dije que luchase por su vida, asegurándole que pronto volveríamos a estar juntas. Ella me apretó el dedo y yo escuché cómo el Señor me hablaba en lo profundo de mi espíritu: “¡Así como ella se está

agarrando a ti, agárrate tú a Mí!” Con lágrimas de dolor, encomendamos a nuestra primogénita a Su cuidado. El silencio cayó sobre nosotros mientras sacaban a Anna en este viaje por su vida, y al mismo tiempo me sacaban a mí a mi habitación a llorar. Pronto supimos que su viaje fue secuestrado por un encuentro con la muerte.

Minutos después de salir del hospital local, el equipo experimentado de rescate médico sacó el oxígeno de Anna, dejándola respirar por sí misma. Las cantidades peligrosamente altas de oxígeno que le habían dado en el hospital habían amenazado su vista, así como su oído. Además, el medicamento equivocado para su corazón podría haberla matado. A pesar del cuidado constante durante el transporte, Anna murió. El equipo médico consiguió hacerla revivir. Era aparente que el Gran Médico iba con ella mientras el equipo se esforzaba para preservar su tierna vida.

Después que Tony se hubo asegurado de que yo estaba en mi lugar, salió a seguir a la ambulancia. A mí me obligaron a quedarme en el hospital donde había dado a luz a mi hija. El momento más difícil para mí era cuando envolvían a los bebés para visitar a sus mamás para que les diesen de comer. A medida que recobraba fuerzas y podía caminar de nuevo, salía al pasillo cada vez que a mi compañera le traían a su bebé. Luchaba con pensamientos de injusticia. Me preguntaba: “¿Quién estará sosteniendo a la mía?”

Capítulo 6

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA DESPEDIDA

Una noche muy tarde, mi padre vino a mi habitación en el hospital para reemplazar a mi esposo. Él siempre había sido mi defensor fuerte y le dolía ver que él no pudiese arreglar mi dolor. Se inclinó hacia mí y con suavidad me preguntó cómo estaba. Desconsolada lloré: “Papá, si la pierdo me pierdes”.

Mientras yo ganaba y perdía esperanza, un amigo estaba predicando en una convención cristiana en un estado vecino. Durante la reunión le habían dado una nota anunciándole nuestra crisis. Inmediatamente detuvo la reunión y pidió a los cientos de asistentes que orasen por nuestra hija. Siempre le estaré agradecida por este acto de amor. La oración era nuestro cordón umbilical.

Al otro lado de la ciudad, en otro hospital, mi amiga Ann estaba dando a luz a su primer hijo durante mi crisis. El equipo de enfermeras recibió una llamada para mí a media noche, y una de ellas entró en mi habitación para darme la noticia de que mi amiga ya era mamá y que todo estaba bien. Nuestras oraciones habían sido contestadas y habíamos tenido a nuestros bebés al mismo tiempo. Yo lloré en mi almohada después de escuchar que el suyo estaba perfectamente bien, sabiendo que la mía estaba tan enferma. Toda la medicina que estaba tomando para calmar la incomodidad no podía disminuir el dolor de mi corazón que se preguntaba: ¿Qué es lo que ha ido mal?

La gente reaccionó y respondió a la tragedia de formas extrañas y diferentes. Algunos tenían respuestas a preguntas que ni yo había hecho. Otros tenían miedo de visitarme porque no sabían qué decir. Aún así otros expresaron su amor enviándome flores y regalos que ahora llenaban mi habitación. Unos cuantos intentaron distraerme, sin éxito, con sus propias historias de dificultades médicas. Muchos simplemente venían a sentarse y preguntarme si me sentía bien. Una mujer muy querida que trabajaba en la iglesia donde nos casamos venía todos los días para orar por mí y consolarme. Muchas veces yo me encontraba en el teléfono aconsejando a otros cuando me llamaban preguntándome por Anna. Aunque ellos habían llamado para consolarme a mí, inevitablemente se quebrantaban y lloraban cuando escuchaban la historia. Aún así algunos todavía eran insensibles. Una vez vino a visitarme una chica vociferante que era nueva en nuestro estudio bíblico semanal. Sus comentarios de apertura fueron: “Tengo un regalo para Anna, pero primero quise ver si viviría”. Yo rehusé gastar energía extra en algo que no fuese asirme del manto del Gran Médico y pedirle un milagro. No podía permitir ninguna piedra de tropiezo pues había mucho en juego.

Yo estaba determinada a escapar del hospital para seguir a Anna y estar con ella. Durante mi estancia había hecho muchas amigas, una muy especial fue mi enfermera de la mañana. Le pregunté si podría notificarme cada nuevo amanecer cuándo llegaba mi doctor para poder poner mi plan en acción. La rutina de mi doctor era hacer rondas temprano por la mañana, y las dos teníamos marcado el momento de su llegada. Yo me arreglaba el cabello rápidamente, me maquillaba y me ponía en pie junto a mi

cama esperando su llegada. Cuando por fin llegaba a mi habitación, mi estrategia era preguntarle: “¿Cómo está usted hoy?”, para poder mantener el control. Él hacía énfasis en lo asombrado que estaba de que parecía estar recuperándome tan rápidamente. Mi doctor no tenía ni idea de que, en cuanto él se iba, yo caía en la cama con mucho dolor. Mi actuación espectacular acabó haciendo que me dejasen libre.

Los cuatro días siguientes se convirtieron en una prueba mientras me enfocaba solamente en ser dada de alta del hospital para irme donde estaba mi hija. Yo quería libertad de mi prisión; quería estar con mi hija. Ella me necesitaba, y yo la necesitaba a ella.

Resueltamente persistí: “Doctor, por favor ¿puedo irme a casa?” Sorprendentemente él preguntó: “¿Estás segura de que estás preparada para irte?” Yo sabía que él se iba a ir de vacaciones cuatro días a otro estado, así que mi alta debía ser rápida o podría quedar atrapada. Nos quedamos mirándonos el uno al otro; ninguno quería ceder terreno. El doctor dijo con duda que podía salir del hospital si le prometía que me iría directamente a casa a descansar. Por un segundo me sentí tentada a mentirle, pero supe que debía decirle la verdad. “¡No, doctor! Me voy de aquí para estar con mi hijita. ¡Ella me necesita!” Con desaprobación se quedó parado considerando mis palabras, tentado a ejercitar su control sobre mí y a demandar que no me retirasen de su cuidado. Sin perder un minuto de negociación, rápidamente añadí que el plan que teníamos mi esposo y yo era reservar una habitación en un motel frente al centro neonatal. Desde allí podríamos estar al tanto del progreso de Anna y yo podría descansar todas las

veces que fuese necesario. El doctor se quedó junto a la puerta de mi habitación, perplejo e indeciso por un momento, pero al final accedió a dejarme ir. Respiré con gran alivio y él salió para terminar de escribir su informe y rellenar los papeles del alta. Por fin era libre. Yo sabía que necesitaría toda la energía posible para enfrentar la carretera tortuosa que tenía delante de mí. Había una bebé que estaba esperando a su mamá. Llamé a Tony y le pedí que viniese rápidamente antes de que los doctores cambiasen de opinión. Antes de empezar a guardar mis pertenencias pedí una pastilla para el dolor, ya que la unidad neonatal de alto riesgo se encontraba en una ciudad a setenta y dos Kilómetros de distancia. Pero antes de salir debía hacer una parada.

Mi esposo accedió a llevarme a otro hospital al otro lado de la ciudad para ver a mi amiga Ann. Yo sabía que posiblemente no iría a mi casa en bastante tiempo. Me dolía imaginar que nuestro sueño de tener a nuestros bebés al mismo tiempo ahora se había convertido en una pesadilla para mí. No estaba muy segura de cómo reaccionaría al ver un bebé sano en los brazos de mi amiga mientras que la mía tenía tubos por todo su cuerpo para mantenerla viva. Sin embargo, yo sabía que quería felicitarla.

Tony me dejó frente a la entrada principal del hospital. Mientras él estacionaba el coche yo decidí esperarle adentro. En cuanto entré por la puerta, dos voluntarios corrieron a ofrecerme una silla de ruedas. Me sorprendí de su atención tan rápida y de la presunción de que necesitaba sus servicios. Me dijeron que vieron la pulsera del hospital en el brazo y que se me veía inquieta y pálida. Obviamente, mi figura de embarazada no había cambiado mucho en

cuatro días. Me sentí tentada a aceptar su ofrecimiento, pues se estaban pasando los efectos de la pastilla que me habían dado esa mañana; sin embargo no acepté el ofrecimiento y escogí caminar.

Tony y yo subimos en silencio al ascensor para buscar a Ann y a su recién nacido. Nuestros ojos se encontraron al saludarnos. Sus ojos estaban llenos de gozo después de un parto casi perfecto, mientras que los míos estaban llenos del dolor de tener los brazos todavía vacíos y del terror de lo que pudiese venir después. Nos abrazamos mientras ella susurraba “lo siento”, y al mismo tiempo yo susurraba “me alegro mucho por ti”. Ahora parecía como si un río rápido y rugiente separase a mi amiga de mí, ella a un lado y yo al otro. Nuestro abrazo sería una despedida...por un tiempo.

Capítulo 7

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA DESESPERACIÓN

Por fin me encontraba en camino hacia nuestra guerrera recién nacida. Sabíamos que la batalla era del Señor. Nadie en la comunidad médica tenía esperanzas de que Anna sobreviviese. No recuerdo haber hablado con Tony durante nuestro viaje de una hora, pero nuestros clamores a Dios eran constantes. Llegamos al motel que había al otro lado del centro neonatal, sin darnos cuenta de que viviríamos allí durante los veintiún días siguientes. La única razón por la que yo estaba allí era para ayudar a mi hija a luchar por su vida.

Cuando entré por primera vez a la unidad de alto riesgo ya era de noche. Había seis niveles de cuartos para niños, por orden de gravedad de su enfermedad. Anna estaba en la sala de bebés prematuros, la número Uno, la más crítica de todas. En la habitación había otros ocho bebés cerca de la muerte. No pude detener las lágrimas al ver a mi pequeña luchando por respirar. Ella estaba de espaldas y tenía tubos conectados a sus brazos, sus piernas y su cabeza. Para poder colocarle los tubos le habían tenido que afeitar parte de su bonito cabello negro y espeso a los lados de la cabeza, de manera que parecía que le habían hecho un mal corte estilo Mohicano. Muchas de sus venas ya se habían colapsado. Tenía parches de algodón pegados a los ojos para protegerla de las luces tan fuertes que habían puesto para combatir el alto nivel de ictericia que tenía. Las plantas de sus pies estaban negras y azules de sacarles

sangre cada dos horas. Tenía el abdomen hinchado y la respiración acelerada. Me incliné en su incubadora y le susurré: “Anna, mami está aquí para ayudarte a luchar. Vive, mi pequeña. Vive”.

Tuvimos que lavarnos las manos y ponernos batas, máscaras y gorros antes de que nos dejaran acercarnos a nuestra bebé. Dios fue muy bueno y nos cubrió de tal gracia que pudimos soportar el shock de ver la condición de nuestra bebé. Los monitores que había a nuestro alrededor controlando su corazón parecían latir con buen ritmo, y mientras un equipo hábil de médicos vigilaba su pulso. Mis brazos deseaban sostener a Anna, pero yo sabía que ella debía permanecer inmóvil y que ahora descansaba bajo el cuidado del Gran Médico. Él estaba cerca y escuchaba nuestro clamor.

Cuando no estábamos con Anna, después de los pocos minutos que duraba la visita, nos sentábamos en la sala de espera con otros padres trastornados que esperaban una palabra de esperanza. Como la mayoría de los otros padres, yo no quería ninguna conversación superficial, ya que todos estábamos distraídos de nuestra rutina diaria. A mí no me interesaba nada más que el bienestar de nuestra hija.

Recuerdo claramente una noche en la que caminábamos por el pasillo hacia la sala número Uno. El aire estaba lleno de una pesadez oscura que me dio escalofríos en la espalda. Respiré con profundidad, temiendo lo que nos esperaba al final del pasillo. El sonido de fondo de los monitores y los ventiladores creaba una sinfonía que inquietaba los corazones de los padres que esperaban, haciendo que muchos cayesen de rodillas. Yo sabía que todos

necesitábamos un Salvador que nos sanase. Después de tan solo unos momentos junto a nuestra hija, las enfermeras nos sacaron de la habitación con la misma rapidez con la que habíamos entrado. En una hora, todos los bebés en esa Unidad de Cuidados Críticos para bebés prematuros, excepto Anna, habían muerto. El ángel de la muerte había estado presente, robando a sus víctimas por la noche y sin permiso. Cuando regresé junto a Anna declaré sobre ella: “No morirás, sino que VIVIRÁS, y contarás las obras de JAH”.

Desde el principio de la batalla luché con una decisión que tenía que tomar. Todo a mi alrededor se veía sin esperanza, y los doctores nunca nos dieron una razón para tener esperanza. Yo luchaba por encontrar un lugar sólido en el cual poder estar firme mientras me preparaba para esta nueva e inesperada batalla. Era bien consciente de que el resultado podría ser la muerte. Mi último recuerdo fue enfocarme en lo que dijo el Job de la Biblia: “Aunque él me matare, en él esperaré”. Estaba confiada en que él era el único digno de confianza, y en que su gracia me permitiría permanecer en pie sin importar el resultado. Sin embargo, tenía mi mirada puesta en luchar mientras Anna respirase. La batalla no habría terminado hasta entonces. La Palabra de Dios se convirtió una vez más en mi manual de supervivencia. Efesios 6:13 me consoló y me animó: “Y habiendo acabado todo, estad firmes”. Anclé mis pies del lado de la vida.

La esperanza y el consejo vivificador de la Biblia se hacen claros en el corazón de cada batalla. Los Salmos me calmaron cuando leí: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién

he de atemorizarme? Leí el Salmo veintitrés que me recordaba: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”. Aunque nos rodeaba la oscuridad, yo empecé a consolarme en saber que era una simple sombra de muerte incapaz de hacerme daño, de la cual Dios me había dicho que no tuviese miedo.

Tony leyó el letrero al pie de su cama y vio escritas siete complicaciones mayores. Anna sufría de pericarditis, tenía un problema en el hígado y siempre que lloraba se ponía de color azul. El nivel de glucosa en la sangre de Anna llegó a estar al nivel dos, lo que debió haberla dejado en coma. Tenía el abdomen hinchado a causa de un bloqueo en los intestinos. Tenía un soplo en el corazón. Tenía lictericia severa y la pusieron bajo fototerapia intensiva. Y también tenía “separación paterno-infantil”. Tony y yo sufríamos de “separación paterno-infantil”.

Después de hablar con el cardiólogo nos dimos cuenta de que Dios, en su misericordia, ayudó a preparar al equipo médico. Un mes antes, un niño en el centro de alto riesgo tuvo el mismo problema que Anna en su corazón. Gracias a este jovencito, los doctores pudieron identificar el problema en el corazón de Anna con más rapidez y, como resultado supo recetarle la medicina exacta que ella necesitaba. El tiempo era algo esencial. El equipo neonatal experimentado ya había ensayado antes de la llegada de Anna.

De las seis salas de “Prematuros”, la número seis era para los bebés que estaban casi recuperados que probablemente podrían irse pronto a casa. Anna fue progresando lentamente pasando por las diferentes unidades de prematuros. En algún punto de la transición de Anna de la

unidad Uno a la unidad Tres, muy tarde una noche, yo me encontraba en la habitación de mi hotel con la televisión encendida en un canal cristiano. En la pantalla había un número de teléfono gratuito para una cadena de oración. Yo decidí que tener más gente orando me consolaría a mí personalmente. Cuando por fin pude contactar con el consejero voluntario al otro lado de la línea éste me preguntó algo: “Dígame: ¿Hay esperanza para su hija?” Recuerdo que me encontraba de pie frente al espejo, sintiéndome molesta e indignada por su pregunta. “¿Qué quiere decir con que si hay esperanza?” le contesté indignada. “Por supuesto que hay esperanza. Jesús es nuestra esperanza”. Esa noche fue cuando encontré el versículo que se convirtió en mi maná cada nuevo día. “Me refugiaré en Dios y no en el hombre”.

Las palabras de Salmos 42:5 me dieron seguridad al preguntarme: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios”. Me encontré abrazada amorosamente por el Dios de consuelo y paz que me recordaba que confiase en él. Volvimos a leer el Salmo 118 una y otra vez, declarando sobre Anna: “No morirás, sino que VIVIRÁS, y contarás las obras de JAH”.

La oración se había convertido en nuestro cordón umbilical en esta tormenta, mientras luchábamos desesperadamente por anclar nuestras vidas en Su Palabra.

Sin embargo, algunas veces mi confianza flaqueaba, pues la conexión de Anna con la vida parecía muy frágil. Por primera vez me pregunté con valentía: “¿Y qué pasará si muere? ¿Será igual nuestro amor por Dios? ¿Confiaríamos en él una vez más?”

Capítulo 8

VIENDO MÁS ALLÁ DEL INFORME

Cada día luchaba para encontrar el equilibrio entre las delgadas líneas de la derrota y de la fe agresiva. La sombra de la muerte no había sido algo extraño para nosotros. Recuerdo muy bien cuando llamé a mis padres desde un teléfono público en Florida, al principio de nuestro matrimonio, mientras viajábamos en ministerio a tiempo completo, para anunciarles que esperábamos su primer nieto. Sin embargo, tan sólo dos semanas después Tony llamó a mis padres desde un suburbio a las afueras de Atlanta, para informarles de que había perdido a nuestro primer bebé. Irónicamente, el ángel de la muerte nos había visitado en una iglesia llamada el Río de la Vida.

Me acordaba de la corta estancia en el hospital de Georgia donde un doctor me había convencido de que debía hacerme un raspado uterino. Una noche, durante mi recuperación, mi esposo se fue de mi lado momentáneamente para cumplir con un compromiso de predicar en una iglesia. Postrada en cama miré hacia el patio interior llorando. Me sentía sola, confundida y con incertidumbre. Tony y yo deseábamos tener una familia. Al mirar hacia el patio, a través de un chorro de lágrimas, vi un pequeño pájaro. Parecía que miraba a través de cada ventana buscando algo o a alguien. Entonces voló hacia el alféizar de mi ventana como satisfecho de encontrar su cometido. Me di cuenta de que el pájaro era un gorrión. En ese momento escuché las palabras consoladoras dentro de mi ser: “Así que, no temáis; más valéis vosotros que

muchos pajarillos”. Las palabras de Jesús en Mateo 10:31 me aseguraron que no estaba sola.

La primera Navidad de casados volvimos a enfrentarnos con la muerte, cuando una oscuridad total interrumpió mi visión. Mi pérdida había sido grande, y aún así no me atreví a lamentarme por mucho tiempo, pues estaba determinada a disfrutar la vista que me quedaba. El daño en mis ojos no había paralizado mi visión por la vida. Decidí no dejar que los montones de desesperanza y depresión me enterrasen. Poco sabía yo entonces que continuaría enfrentando la muerte durante los años siguientes a medida que mis ojos iban cambiando. Lamentaría cada pérdida y lucharía para aceptar la partida.

Ahora me encontraba enfrentando de nuevo al posible intruso de la muerte que amenazaba con robarme mi primogénita. Me senté en el borde de la cama del motel donde nos estábamos hospedando, contemplando mis opciones y al mismo tiempo preguntándome: “¿Y si...?” Mi mente practicaba preocupada qué diría y cómo respondería.

Yo conocía los pasajes que me aseguraban que el sacrificio de Jesús en el Calvario había dejado sin poder al aguijón de la muerte. ¿Por qué, pues, sentía la amenaza de más dolor y decepción? ¿En qué pudo basar su resistencia un hombre de Dios de antaño cuando declaraba valientemente que aún si venía la muerte él confiaría? ¿En base a qué podía luchar yo por la vida de Anna? Mi mente corría mientras recopilaba información de las Escrituras que había enterrado en lo profundo de mi corazón a lo largo de los años. Sí sabía una cosa: Esta batalla solamente podía

ganarse con la ayuda e intervención de Dios. Decidí no enfocarme en la muerte sino en la vida. Anna todavía respiraba y eso era suficiente como para hacerme tener esperanza en un nuevo día. Decidí confiar y no vacilar. Si venía la muerte la enfrentaría con la gracia y habilidad que mi Padre me diese. Tenía la confianza de que no estaría sola sino acompañada por el que había dominado las garras de la muerte. Mientras tanto, yo sabía que la batalla era intensa y que iba a necesitar todo el arsenal de fe que pudiese encontrar en Su Palabra.

Mi mente y mi alma estaban llenas de pasajes de las escrituras que decían: “No morirás, sino que VIVIRÁS, y contarás las obras de JAH”. Proverbios 4:22 me recordaba que “Las palabras de Dios eran vida y salud a nuestra carne”. Yo ya tenía un entendimiento de que el significado literal de salud en ese versículo era medicina. ¡Por supuesto! Mi estrategia se volvió clara desde ese punto en adelante. Mientras Anna estuviese viva habría esperanza. Yo iba a aplicar la medicina de la Palabra de Dios mientras la profesión médica aplicaba su mejor tratamiento.

Yo comparaba cada informe medico con la Palabra de Dios, viendo la ESPERANZA en Cristo. En medio de la desesperanza de la situación, cada día tenía que decidir a quién iba a escuchar. Al mirar a los doctores y enfermeras administrarle la mejor medicina a nuestra pequeña enferma, yo aplicaba la medicina de Él en cada una de las visitas. Ya fuese en pie junto a la incubadora de Anna o, en raras ocasiones sosteniéndola en mis brazos, yo hablaba la Palabra de Dios sobre su vida. Mi declaración constante para Anna se convirtió en Salmos 118:17, “No morirás, sino que VIVIRÁS, y contarás las obras de JAH”.

El hábil equipo médico trabajó meticulosamente cuidando de Anna durante tres largas semanas. Tony y yo derramábamos diligentemente pasajes de la escritura y oraciones sin fin por ella mientras seguíamos creyendo que Dios podía hacer lo imposible. A veces veía a las enfermeras expresar asombro cuando le cantaba la Palabra y oraba, pero eso no me hacía desistir.

Cada día les pedía a los doctores que me diesen un informe de la condición de Anna. Hasta el día que nos la llevamos a casa no nos dieron ninguna esperanza de su recuperación. Durante el maratón de veintiún días estudié minuciosamente los Salmos. Encontré más escrituras para declarar en oración, palabras consoladoras que ayudaban a tejer mi propia fe. Estaba agradecida de saber que en medio de la crisis no necesitaba que me convenciesen del amor de Dios. Yo ya lo sabía y lo creía. Recuerdo cosas concretas que cambiaron el curso de ella y el nuestro para siempre. Él se había convertido en mi Padre bienvenido por muchos años, y su bondad me motivaba a confiar más en Él. Estaba familiarizada con el precio que había pagado Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, por mi salvación y mi paz. Reflexionaba en Salmos 107:20 “Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina”. Nahum 1:7 me aseguraba que “Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían”.

En el proceso de declarar escrituras y declararlas en oración, algunas veces me sentía tentada a preguntarme, “¿Y si no funciona?” En vez de eso descubrí que el corazón de mi Salvador era tocado por nuestras enfermedades. La batalla era confiar.

El día siguiente caminé por las puertas tan conocidas del hospital con una determinación santa de administrar la medicina celestial que los profesionales no conocían. Cuando trasladaron a Anna de la unidad de alto riesgo más intensiva al siguiente nivel, me permitieron que la tomase en mis brazos. Aunque los momentos de unión con mi hija eran cortos, yo maximicé nuestro tiempo juntas. Le hablaba a nuestra hijita de mi amor y del amor del Salvador por su vida. La comisioné a pelear la buena batalla y vivir. Cada día declaraba sobre ella mi versículo lema para esta zona de guerra. Lo declaraba, lo oraba y lo cantaba. “Anna, no morirás, sino que VIVIRÁS, y contarás las obras de JAH”. Las enfermeras observaban cada uno de mis movimientos y yo podía ver que algunas al pasar sonreían con disimulo por mi determinación. Cada día les preguntaba a los doctores si había alguna esperanza, y ellos encogían los hombros. No me extraña que Dios me hubiese dado la escritura de antemano “Me refugiaré en Dios y no en el hombre”. Aparentemente ellos no habían visto los informes que yo había visto del Gran Médico. Su medicina haría una diferencia en cuestión de tiempo.

Durante las tres semanas que duró nuestra batalla por la vida de Anna, yo me sentía identificada con Daniel en el Antiguo Testamento. Él también se encontró con una confrontación que duró veintiún días. Lo que más me intrigó fue la respuesta de Dios a Daniel. Él le dijo que había escuchado su oración el primer día, pero hicieron falta veintiún días para que la respuesta se hiciese evidente. ¿Qué habría pasado si Daniel hubiese dejado de creer a Dios el día veinte? También recordé la orden poderosa de Winston Churchill en un discurso a su nación la víspera de

la Segunda Guerra Mundial, cuando Inglaterra se encontraba luchando por su vida. Sus palabras inspiradoras fueron: “Nunca, nunca, nunca te rindas”. Me encontré animada por los ejemplos de personas que se sostuvieron con tenacidad. En medio de nuestra guerra solamente podíamos sostenernos un día a la vez.

Una tarde, el décimo día de nuestra batalla, tres amigas llamaron para decir que querían verme. Aunque apreciaba su preocupación y su amor, tomé una decisión que temí que les podría doler mucho. Las tres, que habían tenido sus bebés al mismo tiempo que yo, anunciaron que venían a visitarme con sus recién nacidos. Yo rehusé su visita, aunque temía que no lo entenderían. Sin embargo, era bien consciente de mi vulnerabilidad y sabía que no podría soportar ver los brazos de mis amigas llenos de nueva vida mientras mi bebé estaba luchando por cada respiración. Cuando colgué el teléfono sentí su rechazo claramente, mientras luchaba contra el enojo ante la insensibilidad de ellas. Lloré incontrolablemente, dándome cuenta de que Tony y yo no teníamos a nadie más que a Dios. Permitimos a muy poca gente que nos visitase porque nuestras emociones eran frágiles y nuestro enemigo más grande era la incredulidad. Intentamos protegernos a nosotros mismos y permanecer enfocados en la batalla que teníamos por delante pues sabíamos que no podíamos permitirnos ninguna distracción. Nadie sabía cómo ayudarnos, y ni siquiera yo sabía lo que necesitaba. Reforcé todos los fundamentos de fe mientras luchaba por no ser conmovida por los informes inquietantes de los médicos que dejaban poca o ninguna esperanza. No estaba segura del resultado que tendría nuestra confianza explícita en el Gran Médico, pero sabía que era nuestra responsabilidad escoger la vida

mientras Anna respirase. Los resultados pertenecían al Dios de nuestra salvación.

Hubo un punto en el que se produjo un cambio de dirección drástico mientras orábamos por la recuperación de Anna. Una noche, mi esposo que estaba ayunando, recorrió la habitación orando por el corazón de Anna, pues pensábamos que era lo más crítico. Sin embargo, Tony sintió la urgencia de parte del Señor de enfocarse en su área abdominal. Además de escuchar esta instrucción llamó a otros, y una red de apoyo en oración se puso a trabajar.

La mañana siguiente, siguiendo mi rutina habitual, telefoneé al hospital para hablar con la enfermera de la noche antes de que cambiasen de turno. Yo siempre preguntaba, “¿Cuál es el estado de Anna McWilliams y cómo ha pasado la noche?” Esa mañana en particular estaba especialmente interesada en su condición porque sabía que un cirujano tenía planeado hacer cirugía exploratoria. La respuesta de la enfermera solía ser, “No ha habido cambio”. No había nada diferente en la respuesta de esa mañana, hasta que de repente la enfermera recordó, “Oh, un momento. Anna expulsó una sustancia por la noche. Vamos a cancelar la cirugía de esta mañana”. “SI”, grité al colgar el teléfono. Este era nuestro primer rayo de luz y nuestra esperanza se reavivó. Nos quedábamos estáticos de ver los pañales sucios después de ese momento. Gracias a Dios por un esposo que oró y no tuvo miedo de seguir las instrucciones de su Padre.

Desde ese momento Anna se empezó a hacer más fuerte. Cada problema grave empezó a mejorar durante los días siguientes. Los doctores estaban maravillados y aún así no

se sentían confiados de su mejoría como para darnos una pizca de esperanza. Para mí la lucha estaba entre lo que podía ver y la mano invisible de un Gran Médico que intervenía. Yo luchaba con la información médica porque ésta estaba en conflicto con los informes escritos por Él en las Escrituras. Sentía como una corriente contraria y constante mientras luchábamos corriente arriba en el río de las imposibilidades. Era imperativo que mis brazos estuviesen unidos a los de mi esposo mientras juntos nos asíamos firmemente de la mano de nuestro Guía y Protector experimentado.

De repente llegó el día en que los doctores anunciaron que iban a dar de alta a Anna. Nos la podíamos llevar a casa. Su salud se había estabilizado y todas las condiciones amenazantes habían desaparecido, excepto una. Todavía tenía un soplo que tendría que ser controlado por el resto de su vida. Atónitos por esta noticia repentina, empezamos a hacer las maletas para irnos a casa. Dios había contestado nuestros clamores.

Anna fue dada de alta del hospital el día antes de que Tony cumpliera veinticuatro años. Qué regalo para un nuevo papá. La mañana del cumpleaños sentamos a Anna en su sillita y la pusimos en la mesa del desayuno. Tony y yo nos sentamos en unos taburetes y observamos nuestro milagro por horas mientras ella dormía en paz. Reímos, lloramos y reflexionamos en la misericordia maravillosa de un Dios que podía hacer lo imposible. Celebramos el cumpleaños de Tony con la nueva vida que había venido a bendecir nuestro hogar.

Estábamos demasiado emocionados como para darnos cuenta de lo cansados que estábamos por la batalla que habíamos peleado por la vida de Anna. Sin embargo, ahora que ella estaba bajo nuestra observación cuidadosa, casi no me permitía dormir. Mantenía la cunita de Anna cerca de nuestra cama y la observábamos constantemente para asegurarnos de que respirase. Nunca la separamos de nosotros. Mi reto era calmar mis nervios de mamá principiante e ignorar los informes negativos que habían sido plantados en mi mente. Temía la siguiente visita al cardiólogo. Yo sólo quería que me dejaran en paz para disfrutar del regalo bien ganado que se nos había dado.

Tres meses después de que Anna salió del hospital tuvimos que regresar para hacerle exámenes del corazón. El técnico del corazón que la atendió se acordó de Anna y de su batalla física. En medio de su observación exclamó, “¡Dios mío! ¡Dios mío!” Con temor de otra prueba pensé con ansiedad, “Bueno, ¿y ahora qué?” Él siguió probando su corazón y escuchando cada sonido en su cavidad pectoral, y una vez más dijo, con una voz aún más dramática, “¡Dios mío! Esta no puede ser la misma niña”.

Su corazón estaba normal. El soplo había desaparecido.

Capítulo 9

VIENDO MÁS ALLÁ DEL MILAGRO

La casa estaba llena de música, y la habitación se llenaba de luz del sol mientras sostenía el asa de la aspiradora. Anna estaba atada a mí dentro de su mochila y juntas limpiábamos la casa. Raramente me separaba de Anna, ya que cuidaba de mi regalo de lo alto con mucho cuidado, y no quería apartarla de mi vista. Dios había escuchado mi clamor y por fin nos había dado una hija. Nuestras pruebas y victorias eran testimonio de su fidelidad y misericordia. Yo no iba a dejarla sola tan fácilmente.

Tony había aceptado una posición de pastor a tiempo completo en una ciudad a cuarenta y ocho Kilómetros de nuestra casa. Yo me mantenía ocupada con invitaciones ministeriales, hablando y cantando en otras organizaciones cristianas e iglesias. Había aprendido a compensar el cambio en mi vista, pero todavía se me hacía frustrante el que no hubiesen lentes que restaurasen mi visión. Si quería leer la Biblia tenía que usar una versión de letra grande con una lupa. Tony y yo aprendimos rápidamente a trabajar en equipo con mi vista limitada, especialmente para cuidar de Anna. Ella ni siquiera parecía conocer la diferencia entre sus cuidadores, pues se encontraba segura con el amor y la atención que le dábamos constantemente.

Nuestras vidas parecían completas. El gozo de ser la madre de una hija milagrosa cubría mi falta de vista. Aunque hacía mucho que no veía con precisión, me las arreglé como pude para conservar mi licencia de conducir. Temía que si dejaba de conducir perdería mi independencia.

Desde mi niñez la autosuficiencia había sido parte de mi maquillaje. Hizo falta un incidente atemorizador para hacerme cambiar de opinión.

Anna y yo estábamos a unos minutos de la casa un día, cuando de repente me di cuenta de que no podía ver ni la salida ni las líneas divisorias de la autopista. Me dirigí lentamente y con pánico hacia una carretera vacía, intentando adivinar el camino. En ese breve momento llegué a afrontar la verdad. Después de haber encontrado la carretera que llevaba a nuestra casa, me salí a la cuneta y respiré profundamente para vencer la ansiedad. “¡Gail! ¿Qué estás haciendo?” La misma vida por la cual había estado agonizando con fe, lágrimas y las escrituras, ahora estaba en peligro porque su madre no sabía cómo hacer una evaluación honesta de sus limitaciones. Yo sabía que si seguía conduciendo, la vida de mi hijita podría estar en peligro o podría quedarse sin una madre que cuidase de ella. El precio era demasiado alto; tenía que dejar el orgullo de mi independencia.

Esta decisión era más dolorosa que toda la guerra espiritual anterior. No podía soportar el pensar en esperar y depender de la asistencia de los demás. ¿Podría ir a algún lugar por mí misma otra vez? Esta pérdida me dolía mucho, y ahora me sentía atrapada en la celda oscura de una prisión, destinada a esperar la ayuda de alguien sin querer aceptarla.

El ser vulnerable a los demás es humillante. Me preguntaba qué valor podía tener yo. No me sentía como la dadora de la vida, sino solamente como absorbiendo energía. ¿Cómo iba a poder ayudar a mi esposo? ¿Cómo podría cuidar de mi pequeñita y de sus necesidades crecientes de manera

competente? Yo había tenido fe ilimitada para la situación sin esperanza de Anna, pero me faltaba fe para mi propia situación.

Intenté sin éxito mezclar mi temor con mi fe, pero llegué a entender que la fe es una semilla pura que no se puede mezclar con algo más y permanecer pura. La fe en Dios solamente y la confianza explícita en él hacían una intersección con la duda y el temor. Tuve que escoger mi curso para los días que teníamos por delante.

Una amiga me había dado los nombres de algunas organizaciones que ayudaban a las personas con problemas de la vista. Con reservas, hice una cita para que alguien viniese a mi casa una tarde y me explicase las opciones que tenía. Recuerdo claramente el golpe en mi puerta a la hora exacta de la cita. Al abrir la puerta me quedé perpleja al ver a un hombre totalmente ciego con un bastón blanco. Me enojé mucho. La última persona con quien quería hablar era alguien que parecía haber perdido la batalla. Con modales abruptos y engreídos, dejé que el hombre entrase en mi casa, pero me sentía indignada. ¿Quién había enviado una realidad visual de lo que yo más temía —ceguera total? Mi corazón se cerró y desde ese momento puse en mi caso el sello de “Rechazado”.

Me senté enfrente de este hombre valiente y de grandes habilidades; pero permanecí sorda ante su reto y sus ruegos. Yo no quería tener nada que ver con una persona ciega porque estaba decidida a luchar en contra de mi propio contratiempo “temporal”. Si yo escuchaba sus instrucciones o aceptaba su entrenamiento, simplemente estaría diciendo “sí” a la derrota y perdería mi batalla por la esperanza. En

mi mente yo clamaba: “Envíame a alguien que me ayude a utilizar la vista que me queda. No me hagas llegar al final de mi viaje tan repentinamente”. En mi asiento me sentía tentada a hacerle muecas al trabajador para probar si era realmente ciego. Mis pensamientos eran infantiles, ya que por dentro estaba teniendo una rabieta y rehusaba su ayuda. Yo quería que Dios me sanase así como había sanado a mi hija. En lugar de ello me senté observando a este hombre, la expresión corporal de lo que más había rechazado y temido.

La depresión y la desesperanza me asaltaban por todas partes. ¿Podría encontrar la fortaleza interna para confiar en el Gran Médico una vez más? No tenía otra elección si quería salir de esta situación en la que mis emociones estaban hundidas en el barro.

Yo me enterraba en más actividades que una persona normal porque tenía que demostrarle algo al mundo y a mí misma. Mi enfoque diario se convirtió en trabajar con la iglesia, predicar siempre que me lo pidiesen y llenar de atenciones a nuestra pequeñita. Me volqué en las escrituras para encontrar pasajes que me ayudasen a concentrarme en lo milagroso. El “resto” de la fe era algo como el frenético apresurarse a sobrevivir. El exterior de mi vida parecía fuerte, pero por dentro me derrumbaba de temor. Aprendí a desplazar mis temores y pensar en todo menos en la posible ceguera. Mis habilidades de actriz eran dignas de un premio, ya que engañaba a cualquiera haciéndole creer que todavía podía ver. Para mí era importante esconder mis debilidades. Sin embargo, la máscara que llevaba puesta me tenía aún más cautiva que el decir la verdad. Tenía miedo al rechazo, preguntándome si los demás me tratarían igual que

yo había tratado al asistente social. Ni siquiera podía usar la palabra “ciega” porque rehusaba darle credibilidad en mi vida. En lugar de ello usaba términos creativos como “reto visual” o “disminución visual”. La palabra minusválida me disgustaba, y concertaba más eventos y actividades para demostrar que no estaba debilitada ni discapacitada en manera alguna. Estaba resentida con mi situación y determinada a no ser diferente a los demás.

Los largos días que me esperaban se convertirían en años de desasosiego y de una búsqueda incesante. Me faltaba una fe madura y una confianza profunda en Aquél que sostenía mi vida en Sus manos. Con el tiempo aprendería a admirar y respetar a las personas con discapacidades y a verlas como vencedores victoriosos quienes, junto conmigo, rehusaban ser puestos en una estantería. A lo largo de los años de lágrimas, preguntas y temores, empecé a descansar en el ser honesta con los demás y con Dios en cuanto a mis limitaciones. Su habilidad contrarrestaba cualquier discapacidad que yo pudiese enfrentar. Su visión reemplazaría la vista con el potencial de ver más de lo que el ojo humano pudiese soñar. Su poder compensaba mis retos, y su valor disipaba mi desánimo. Su fuerza reemplazó mi debilidad, y mis ansiedades fueron absorbidas por su paz. Su fe sustituyó mis dudas cuando aprendí a depender sólo de él en cada área de mi vida.

En el transcurso de mi caminar en esta nueva revelación tuve que pelear con una multitud de voces contradictorias. No todos los gritos procedentes de las gradas eran de acuerdo con mi actuación en la carrera que tenía por delante. Algunos gritaban: “Si tuvieses más fe...” Otros decían: “Tu enfermedad es por tu pecado”. Después de ser

interrogada para averiguar si estaba perdonada, me sugerían: “Entonces debe ser el pecado de tus padres o de alguien en tu ascendencia”. Mi prejuicio con el trabajador social reflejaba el prejuicio que algunos de los miembros de la iglesia tenían conmigo. Mis discapacidades eran repulsivas e inaceptables para ellos.

En mi búsqueda de respuestas yo pesaba las palabras de aquellos que se habían declarado mis consejeros. Sin embargo, mi vulnerabilidad me mantenía abierta a su insensibilidad y a su consejo sin fundamento. Nadie más que yo quería la libertad de este intruso indeseado y de sus consecuencias.

Desde entonces decidí que la gente tiene buenas intenciones, pero con frecuencia reaccionan ante la vida en lugar de responder a ella. En su buena intención, algunas personas dicen las cosas más tontas. Estoy segura de que estas personas piensan que necesitan encontrar respuestas para ayudar a los demás, pero yo creo que están buscando respuestas para ayudarse a sí mismos. Si ven el dolor de alguien y lo pueden justificar, entonces tienen una excusa para no pensar que quizás ellos algún día tengan que beber de la copa del sufrimiento. No están en paz con ellos mismos y buscan respuestas para los problemas de los demás. Si se pone tanta atención a las vidas de los demás, queda poco tiempo para pensar en uno mismo. En realidad, cuando enfrentamos los momentos más oscuros de nuestras vidas es cuando empezamos a buscar una luz de salvación.

Como guerrera joven e inexperta en el sufrimiento inexplicable, tuve que mirar solamente al Dios de Consuelo y Esperanza para que me ayudase. Él era mi única

respuesta. Dios me había dado un milagro, ¿podría confiar en él para recibir más?

Capítulo 10

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA ELECCIÓN

El aire era frío esa mañana de otoño. Después de haber encontrado un lugar donde estacionar en aquél garaje tan transitado nos dirigimos precipitadamente hacia el centro médico. Con el viento dándome en la cara respiré profundamente, dándole la bienvenida al principio de mi estación favorita. Al otro lado de la carretera había un gran parque con cedros enormes y fuertes. Las hojas estaban cambiando y sobre nosotros teníamos los colores brillantes del otoño. Cómo deseaba poder andar por los caminos y las colinas del parque en lugar de avanzar hacia la temida cita con el doctor. Mi estómago estaba intranquilo y me preguntaba qué descubrimientos haría hoy. Una vez más estaba a punto de ocurrir transición a nuestro alrededor.

Habían pasado casi tres años desde que mi vista había quedado interrumpida por primera vez. Ahora, a los tres meses y medio de mi embarazo de nuestra segunda hija, mi esposo y yo habíamos regresado una vez más a este famoso hospital para ser evaluada por especialistas de los ojos. Los doctores ya habían diagnosticado retinopatía diabética, y se había empezado a descubrir un patrón devastador. Los efectos del embarazo habían causado una nueva hemorragia en los vasos sanguíneos de mis ojos.

Caminamos por los pasillos esterilizados de la clínica y me senté mientras mi esposo registraba mi nombre en la recepción. La cita de ese día no era simplemente una visita a un doctor, sino un examen completo, parte de la

investigación anual en mis ojos, la cual llevaba de cuatro a seis horas.

Desde niña había estado registrada en un programa que controlaba a los niños diabéticos y los efectos de esta enfermedad en la vida del paciente. Por supuesto, yo no apreciaba el valor maravilloso de la investigación, lo cual suponía un tratamiento médico que mi familia se podía permitir. Yo sólo sabía que odiaba cada una de esas pruebas.

Las visitas consistían en la dilatación frecuente de mis ojos. Esto siempre causaba una sensación de llanto y un quemar interminable. Mis doctores medían la presión en mis ojos, lo cual era una prueba complicada e incómoda. Yo tenía que quedarme inmóvil tumbada en una tabla mientras un brazo mecánico de metal en mi ojo calculaba cada uno de sus movimientos. Cualquier movimiento podría afectar la prueba de manera negativa. Yo me quedaba quieta, mirando fijamente al techo. Quería entretenerme pero me frustraba porque no había música ni fotos que mirar en el techo.

La siguiente prueba requería concentración extrema. Colocaba mi cara en una pantalla grande, dejaba descansar mi barbilla en una superficie y miraba fijamente a un pequeño agujero en medio de la pantalla. Esperaba cualquier movimiento repentino procedente de alguna dirección y entonces respondía rápidamente dando un golpecito en la mesa cuando veía la primera señal de luz en mi vista secundaria. Aunque era una petición simple, se convirtió en algo que me enojaba, pues al cabo de un tiempo mi mente me engañaba. Al concentrarme en los

objetos que se movían repentinamente me dolía la cabeza. Mis ojos dilatados veían borroso y me quemaban, y yo me preguntaba si estaba aprobada o no. Qué extraño que incluso los exámenes del ojo se convirtieron en una competición auto inducida. Cuando yo era niña, estaba obsesionada por obtener buenos resultados en los exámenes.

El peor de los exámenes fue cuando me llevaron a otra oficina a que tomasen una foto de mis ojos. Mi trabajo era mantener los ojos abiertos mientras mi barbilla reposaba otra vez en una superficie, y mientras tanto, una persona invisible tomaba cientos de fotos de mis ojos. Con las luces tan intensas cerca de mis pupilas dilatadas, mi primera reacción era retroceder del brillo intruso. Sin embargo, la asistente me sostenía la cabeza con su mano para minimizar mi reacción natural. Mis ojos lloraban por el shock y el tormento. Con frecuencia me preguntaba si este proceso se usaba durante la guerra para torturar a los enemigos llevándoles a un punto de debilidad total, obligando así al enemigo capturado a que hablase. Yo estaba lista para confesar cualquier cosa que quisiesen oír, simplemente por conseguir que el investigador detuviese este procedimiento inhumano. Irónicamente me preguntaba si todas las luces penetrantes que entraban en mis ojos me harían quedarme ciega.

Después de cuatro o cinco rollos de película me recliné en la silla, aliviada por poder cerrar los ojos y disfrutar de la oscuridad. Sin embargo, aún con los ojos cerrados veía las luces a medida que mis ojos y mi mente se ajustaban. Regresé con la asistente médica, exhausta por las pruebas pero sabiendo que me esperaba más al final del pasillo. Al

tomar asiento la enfermera me informó que tendría que dilatar mis ojos una vez más antes de que el doctor me pudiese visitar. Por fin me encontraba al final del laberinto y me había ganado el derecho de ver a otra persona en bata blanca y con un expediente extenso en sus manos. El proceso tuvo éxito en muchas maneras, pues para el final del día ya me encontraba cansada y vulnerable, y no tenía expectativas ni temor de ninguna noticia. Yo simplemente sabía que estaba a punto de llegar a la meta del largo maratón en el que me habían obligado a correr.

Esta vez, cuando el doctor empezó a hablar se oyó gravemente serio y confidente. Me dejó muy claro que mis ojos estaban cambiando y que mi vista estaba en peligro. Firmemente dijo: “Hoy usted tendrá que escoger entre su bebé y sus ojos”. Sin perder un segundo le contesté: “La decisión está tomada; escojo a mi bebé”.

Capítulo 11

VIENDO MÁS ALLÁ DEL TEMOR

El doctor parecía sobresaltado de que sus palabras no me hiciesen acceder a su modo de pensar. Éste se puso en pie y cerró con violencia mi expediente, obviamente preparándose para retirarse rápidamente. Sus palabras dolorosas de reprensión fueron: “¡Qué decisión tan insensata!”

Cuando la puerta se cerró entre nosotros, me encontré sola en una habitación fría, silenciosa y con todo desenfocado. Entonces una Voz familiar resonó con un poder consolador en las profundidades de mi ser. Esta declaró: “Hoy...os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia”.

La “Voz” era tan familiar para mí como la de un pastor dándole ánimo a una oveja de su rebaño. Las palabras eran de una de mis escrituras preferidas en Deuteronomio 30:19, y habían quedado enterradas en el tesoro de mi alma desde hacía mucho tiempo, como si me hubiese comprometido a recordarlas para un momento como este.

Mi espíritu se animó inmediatamente, sin emoción pero con una resistencia poco común. Yo sabía que había dicho la verdad; sabía que había tomado la decisión correcta. La atmósfera fría de la habitación fue detenida como por una mano invisible, mientras que estas palabras de vida me daban calor por dentro. El Gran Médico y yo nos pusimos

del lado de la Vida, con una visión por las generaciones que todavía estaban por venir.

No puedo recordar el recorrido de regreso a casa después de tres horas de exámenes agotadores. Sé que nunca cuestioné mi decisión. La gracia de Dios me había dado Su habilidad para tomar la decisión correcta. Poco sabía yo cuántas vidas iban a ser afectadas por esa decisión repentina. Me había embarcado en un viaje por el Río de la Vida, y su poder me había dado la fuerza y la determinación para el momento del conflicto. Su corriente poderosa me llevaría, a su tiempo, a las aguas abiertas de la confianza.

Mi mayor preocupación y mi oración más intensa era poder encontrar un médico obstétrico que me cuidase. El doctor anterior, a quien llamábamos el “carnicero”, avisó de su retiro cuando regresé a la revisión seis semanas después de dar a luz a nuestra primera hija milagro, Anna. Enojado nos dijo que las pacientes como yo le habían convencido a retirarse. Luego, apuntándome a la cara con el dedo, me dijo que ni pensase en volver a tener más bebés. Sus palabras de enojo me dejaron muy asombrada mientras yo sostenía con afecto a mi nueva victoria. Habíamos ganado la batalla. Quizás su retiro fue motivado por el temor a una denuncia. Meses después una enfermera nos dijo confidencialmente que el hospital también estaba preocupado ante esa posibilidad. Por otro lado, nosotros nunca consideramos algo así porque estábamos demasiado ocupados en la batalla por la vida.

Con este historial traumático de embarazos fuera de lo normal, buscamos diligentemente a un doctor cristiano que

nos ayudase a navegar por aguas potencialmente agitadas. Un médico amigo nuestro del Sur de Illinois nos ayudó en este proceso. Éste buscó en su listado de doctores cristianos que practicaban la medicina en nuestro estado e inmediatamente llamó para decirnos que había uno en una ciudad como a una hora de nuestra casa. La distancia era algo secundario para nosotros, pues teníamos el deseo de tener este bebé con la ayuda de manos experimentadas.

En nuestra primera visita a este médico maravilloso y paternal, le explicamos cómo habíamos encontrado su nombre en un directorio cristiano de doctores. Parecía asombrado, y nos dijo que él nunca había sido parte de ninguna organización como la que mencionamos. De hecho, siguió diciéndonos que su esposa era la que iba a la iglesia y ella era la religiosa de la familia. Sin embargo, él abrazaba la vida y su valor. Mientras nos hablaba, apuntó hacia la foto de su esposa y sus siete hijos. Nos sentimos consolados de no tener que justificar el luchar por la vida de nuestro segundo bebé. Él accedió a darme su apoyo y cuidado si yo también accedía a ver un endocrinólogo especializado en embarazos con diabetes. Esta era la mina de oro que necesitábamos. Ahora el equipo se estaba formando mientras todos nos preparábamos para ganar este juego de perseverancia y habilidad.

El endocrinólogo que nos habían recomendado hizo toda la diferencia del mundo. Éste era un doctor inglés con mucho conocimiento, el cual estaba al día en la investigación de la diabetes. Cuando visité su oficina por primera vez le pregunté por qué había escogido ser especialista en embarazos con diabetes. Mi corazón se conmovió cuando compartió conmigo que, cuando era un joven estudiante en

Inglaterra, había sido testigo de las complicaciones relacionadas con los embarazos con diabetes, los cuales solían acabar en muerte. Lo que observó cuando era joven influyó su pasión del presente, y yo era la beneficiaria.

Las visitas a los doctores eran frecuentes y el control muy profundo. Los muchos errores y el poco cuidado al que había estado sujeta en mi primer embarazo, que casi terminó en fatalidad, ahora se había hecho obvio a la luz de mi nuevo cuidado médico. Con total seguridad, el Gran Médico había estado trabajando horas extras para protegernos, a pesar de todo.

Estábamos en primera línea de juego mientras nos preparábamos para el último trimestre, y aún me veía cayendo en un agujero de temor. Durante la hora de la siesta de Anna me sentaba en la oscuridad, meciendo al esperado bebé dentro de mi vientre. Mientras lo mecía escuchaba grabaciones mentales de todas las preocupaciones del doctor, repitiendo las estadísticas abrumadoras que alimentaban mi temor más y más. Yo lloraba, rogándole a Dios que me protegiese de otra tragedia. Ahora tenía demasiada información. Mi visión y mi vista cambiaban muy rápido cuando miraba a las circunstancias. Tenía miedo y me sentía sola. ¿Dónde estaban mi resistencia y mi determinación? La lucha se había hecho demasiado difícil y no podía ver nada más que temor.

Al fin pasaron los meses, a pesar de la oscuridad, y el equipo médico buscaba el consejo el uno del otro con el fin de desarrollar estrategias para mi parto. Las ecografías mostraron que traía otra niña, y su nombre ya estaba

escogido. Los doctores habían determinado que no era seguro esperar al final del embarazo; sin embargo, la pregunta crítica era: “¿cuándo deberíamos hacer la cesárea?” Ellos decidieron que deberían enviarme al hospital un mes antes de la fecha prevista para el nacimiento de Lindey.

Sobreviví a los días de espera envolviéndome en música de alabanza y en la Palabra de Dios. Cuando entré en el hospital pedí una habitación privada para poder controlar mi atmósfera y mis alrededores. Me llevé una grabadora para poder escuchar la Biblia en casetes y una selección interminable de música de adoración. No tenía ni idea de que iba a estar encerrada por quince largos días durante esta guerra con el temor. Mi enfoque era sobrevivir las dos, con las raciones diarias de Su fuerza y esperanza. Para mi asombro, cada anochecer al buscar su rostro descubría un abastecimiento interminable de gracia, paz y fe. El Señor cubrió mi inquietud con su paz mientras caminaba por los pasillos esperando el día de mi liberación. Vez tras vez él me aseguraba que el tormento amenazador que intentaba golpearme con el veneno del temor no tenía poder gracias al Calvario. Jesús había derrotado mi mal y había reemplazado mis temores con Esperanza. Los informes del doctor se quedaron detrás del informe del Gran Médico.

Después de haber estado en el hospital por ocho días, el doctor pidió una amniocentesis que le permitiese al equipo decidir si el desarrollo de nuestra segunda hija era suficiente como para garantizar su seguridad fuera de mi vientre. Mi doctor advirtió de que si esperábamos demasiado mi vida podría estar en peligro, así como la vida

de nuestra bebé. Ya tenía ganas de que pasase algo, pues los días se me hacían demasiado largos.

Tony vino temprano para acompañarme durante la prueba. Cuando me llevaron a la pequeña sala de cirugía, una multitud de enfermeras y doctores hacían círculo alrededor de mi cama. Aunque mi vista había disminuido, pude ver la longitud de la aguja que el doctor insertaba en mi vientre. Inmediatamente me volví para mirar a mi esposo a la cara en busca de consuelo. Vi sus ojos tiernos con un amor incommovible por mí y pude sentir sus nervios de acero.

La meta era sacar la cantidad exacta de líquido sin dañar a la niña dentro del vientre. Un miembro del equipo me puso anestesia local, y el doctor introdujo la aguja larga y perforadora en mi barriga. La intrusión inmediata hizo que Lindey se desplazase rápidamente hacia un lado de mi vientre, lejos del intruso afilado. En lugar de líquido claro, la jeringa se llenó de una mezcla de sangre. Después de un segundo intento, el doctor sondó en áreas que no estaban dormidas. Con cada intento la habitación se llenaba de tensión. Mi obstetra habitual se había apartado de mi caso por causa de su propia crisis, y ahora yo estaba en manos de un sustituto. Se hizo obvio por qué su nombre no estaba en el directorio de médicos cristianos, ya que la presión le llevaba a decir profanidades cada vez que sondaba sin éxito. Por otro lado, yo había recibido valentía en medio de la prueba incómoda. Con cada nuevo pinchazo miraba más profundamente a los ojos de mi esposo como preguntando: “¿Cuánto más?” Nos tomamos de las manos tan fuertemente que la circulación se vio afectada. Finalmente, después del noveno intento, el doctor dijo que tendría que volver a hacerlo en unos días. Entonces ya no pude

aguantar más y las lágrimas cayeron incontrolablemente por mis mejillas. Todos nos rendimos ante la derrota.

Pasaron tres días más con mi nombre en la lista para otra amniocentesis. Cómo me aterrorizaba el pensamiento de pasar por esa prueba una vez más. Mi endocrino llegó el 30 de marzo, muy temprano antes del desayuno. Aunque mis doctores trabajaban en equipo, todos escuchaban cuidadosamente a mi endocrino, ya que su experiencia en embarazos con diabetes proveía una guía significativa en este momento tan crucial. Recuerdo perfectamente que él recorría la habitación de un lado a otro, a los pies de mi cama, pensando en voz alta. Mientras pesaba todos los posibles riesgos de esperar o de sacar al bebé mediante cesárea demasiado temprano, me acordé de la película “El Violinista del Tejado”, en la escena en la que Tevia hablaba en voz alta con un personaje invisible en los cielos, dividido entre dos opiniones mientras la vida permanecía detenida en el tiempo.

Mientras observaba a mi doctor buscar las respuestas que necesitaba, yo tenía la esperanza en que su consejo vendría del Gran Médico que nunca se había apartado de mi lado. Finalmente el doctor se acercó a mí con su decisión, y me dijo que sacaríamos al bebé en dos días, el 1 de abril. “Yo no he esperado todo este tiempo para tener el bebé el día de los Inocentes”, contesté. Se rió pensando que estaba bromeando, hasta que se dio cuenta de mi expresión. “No puede estar hablando en serio”. “Claro que sí, muy en serio. Puede sacarla cualquier día antes o después, pero yo no voy a dar a luz el día de los Inocentes”. Asombrado, el doctor se quedó estudiando mi cara al pie de la cama. “De acuerdo, entonces esperaremos unos días más y le haremos otra

prueba de amniocentesis”. Accedí a nuestras negociaciones mientras él le pedía a mi asistente que me sirviese el desayuno.

Pasaron tan solo unos minutos desde que terminé de desayunar y mi doctor regresó diciendo: “He cambiado de opinión. Vamos a sacar al bebé hoy”. En ese momento tenía dos preguntas apremiantes—“¿Podría llegar mi marido a tiempo antes del parto?” y “¿Qué pasaría con el desayuno que me acababa de comer antes de la cirugía?”

Enseguida estuve lista para la cirugía y el enema había tenido éxito. Por supuesto que mi desayuno no había tenido tiempo de introducirme ni una caloría. Mi esposo se apresuró y en un tiempo récord se unió al equipo que estaba llevando el parto de nuestra segunda hija. Tony se fue de mi lado para colocarse en su asiento en primera fila y ver el nacimiento de su hija. Para poder quedarse conmigo tuvo que demostrarles a los doctores que podía enfocarse en una esponja llena de sangre. Pasó la prueba y, como un profesional, se sentó en un taburete cerca de mi cabeza, aunque el doctor le había invitado a estar en la gran apertura. Por otro lado, yo me encontraba tumbada de nuevo en la mesa fría con los brazos entrecruzados con tubos, monitores y una máscara de oxígeno que me ayudaba a respirar. La habitación estaba llena de profesionales que habían sido entrenados para este momento. Todos esperábamos el resultado mientras el doctor extraía el pequeño fardo de mi vientre.

Qué diferente había sido este parto en comparación con aquél del cuchillo de carnicero. Escuché llorar a mi pequeña y la habitación respiró con alivio. Una enfermera

preguntó, “¿Cómo se llama?” y alegremente contesté, “Lindey”.

En el tiempo que llevó coserme, mi pequeña ya había sido examinada y habían colgado los resultados. Rápidamente la envolvieron en una manta caliente y la llevaron a la unidad de alto riesgo para ser observada. Puede que me hubiese entristecido el no poder sostener en los brazos a mi recién nacida, pero me enfrenté con un nuevo reto, uno que nadie había esperado. Entré en shock que me hizo sentir fuera de control mientras mi cuerpo se sacudía violentamente, y las enfermeras colocaban más y más mantas sobre mí.

Tony había seguido a Lindey hasta la unidad de alto riesgo para escuchar de primera mano si estaba sana. Desde donde yo estaba parecía que se hubiese marchado por días. Todavía tiritando, le pregunté a alguien, “¿Está viva mi bebé todavía?”

Capítulo 12

VIENDO MÁS ALLÁ DEL SHOCK

Mientras yacía en la sala de recuperación, con el cuerpo en shock y temblando incontrolablemente, una mano delicada tocó mi hombro. Mi esposo susurró: “Gail, es preciosa”. Una vez más me negaron el tener en los brazos a mi recién nacida, pero Tony había abrazado a su segunda hija antes de que se la llevaran a la incubadora en la unidad de alto riesgo para bebés prematuros. Su condición era incierta.

Tony me mostró una fotografía Polaroid de nuestra pequeña de dos kilos setecientos gramos, Lindey Christene, y me dijo que su cabello era grueso y negro, y sus facciones pequeñas. Tony me advirtió con mucho cuidado que estaban observando los pulmones de Lindey, y que su condición podría ser seria. Gracias a Dios, ella no tenía todos los problemas críticos que tuvo su hermana Anna al nacer. El cuidado del experto equipo de doctores había hecho un mundo de diferencia.

Mi shock disminuyó en cuestión de horas. Las dificultades médicas de Lindey también disminuían y nosotros seguíamos escuchando más informes de su condición. Los doctores que se acordaban de Anna, la hermana mayor de Lindey que ahora tenía tres años, hicieron énfasis en las diferencias que vieron en esta pequeña McWilliams. A pesar de que sus pulmones no estaban totalmente desarrollados, el riesgo de enfermedad pulmonar había desaparecido. La atesoramos como a un zafiro bajo las luces mientras esperábamos que su bilirrubina disminuyese

con la fototerapia. El padre de Lindey se mantenía ocupado viajando de un piso al otro para cuidar de sus dos mujeres hospitalizadas. Las enfermeras hicieron énfasis, con asombro, de lo determinadas que eran las dos mujeres con la vida.

Yo me sentí emocionada cuando por primera vez me llevaron en silla de ruedas a visitar a mi hija menor. Me sorprendió que la enfermera desconectase las luces por un tiempo y colocase a Lindey en mis brazos. Con un gozo inexplicable, mecí el regalo que Dios me había dado. El dolor de mi incisión quedó totalmente dormido por la satisfacción de sostener el trofeo tras una carrera increíblemente larga. Había sido coronada en el lugar del vencedor, y escuchaba el aplauso del cielo. Tenía en mis brazos la hija que los oftalmólogos habían llamado una decisión insensata. Se equivocaron una vez más. Qué irónico que casi nació el día de los Inocentes. Contrario a lo que me dijeron, el Dios de la Sabiduría había protegido a este pequeño corderito del sacrificio tan bien planeado por los hombres. ¿Qué destino le esperaría a esta nueva vida que había luchado tanto por llegar aquí?

Me quedé estática al recibir la noticia de que a Lindey y a mí nos permitían irnos a casa después de una semana de curas, y que nos íbamos juntas. Por fin había llegado a la maternidad semi normal. Después me reía al contarle a la gente que Lindey tuvo que estar en el calentador una semana de más porque no estaba totalmente terminada. Creo que el día más perfecto fue cuando nos permitieron irnos juntas del hospital. Dios nos había guardado en medio de la tormenta. No se había perdido a nadie.

Nuestra casa era un gran centro de actividad. El gozo de la nueva vida me distrajo del hecho de que el embarazo había causado más deterioro en mi vista. Yo estaba feliz de ser la mamá de dos niñas. Nuestros retos eran constantes, pero nunca insuperables. Mis niñas ni siquiera notaban que había perdido tanta vista. Ellas me amaban porque yo era su mamá. La vida era completa y emocionante.

Sin embargo, debido al crecimiento de nuestra familia, empezamos a buscar una casa más grande cerca de la iglesia que Tony estaba pastoreando en ese momento. Dios nos sorprendió con la casa de nuestros sueños. Su amplitud y localización tan buena eran un regalo de Dios. Yo siempre pensé que este era un regalo para nuestras hijas. Me preguntaba qué íbamos a poner en todos los espacios vacíos de nuestra nueva casa.

Pronto recibí la respuesta. Una mañana desperté a mi esposo para que me ayudase a ver algo. Él se había acostumbrado mucho a la interrupción constante de su tiempo. Era justo después de amanecer, y le costó un poco tener que ver por mí, pues sus ojos todavía no habían tenido tiempo de ajustarse a un nuevo día. Yo lo guié hacia el baño y le pedí que leyese los resultados de un exámen que había tomado. Atónito dijo: “¡Gail, estás embarazada!”

Ya no tuve que preguntarme con qué íbamos a llenar nuestra casa grande, pues era obvio—con más niños. Mi única preocupación era contarle la noticia a nuestra familia. La mayoría se alegra con el anuncio de una nueva llegada, pero mi familia no. A ellos les encantaban los niños, pero también sabían lo peligroso que podía ser otro embarazo para el bebé y para mí. Se me partía el corazón porque

sabía que no había noticia más grande para mí que ver la familia crecer. Nuestra riqueza estaba aumentando.

Un sábado por la tarde, durante una visita entre padres e hijos, todos estábamos sentados en la sala familiar conversando con normalidad. Miré hacia donde estaba mi esposo con una expresión que decía: “¡Díselo tú!” Me puse en pié y forcé un tosido pequeño para anunciar, “¡Hazlo ahora porque me tengo que ir!” Yo sabía que Tony necesitaría algún tipo de transición para poder dar esta noticia inesperada, así que pregunté, “¿Va a venir a visitar pronto el Coronel Dobbie?” El Coronel Dobbie era un hombre de Dios, amigo de la familia, que vivía en Israel. Sus visitas siempre coincidían con mis embarazos y él era un intercesor muy especial para nosotros. Yo pensé que el mencionar su nombre sería un buen entrante para el anuncio de Tony y prepararía a mi familia de forma subliminal. Entonces salí de la habitación para atender la secadora que estaba en el segundo piso. Recuerdo mirar por la ventana mientras cambiaba las cargas, orando que Dios volviese a llevar a mi familia por esta carretera angosta. Yo despreciaba sentirme culpable por desear niños, pues ello costaba mucho en todas las áreas. Lentamente ajusté la lavadora y la secadora para darle más tiempo a Tony para dar el anuncio. En cuestión de minutos bajé las escaleras saltando hacia la sala familiar. Me sentí desmayar al ver la habitación totalmente en silencio y a los familiares llorando. Por breves momentos me pregunté qué noticia le habría dado Tony a la audiencia preocupada. Su lamento me hizo pensar que tal vez debería estar vestida de negro. “Hey, la batalla ya es difícil sin tener que soportar todo esto”.

A diferencia de los otros embarazos, este progresó con rapidez. Ya no tenía tiempo de mecerme y llorar o preocuparme por lo desconocido; la vida era extremadamente ocupada.

Mientras nos preparábamos para el nacimiento de nuestra tercera hija, trabajamos con el mismo equipo de doctores, pero esta vez con confianza porque ya habían pasado antes por esta situación. Mi obstetra disminuido había regresado a la práctica de traer bebés al mundo, y queríamos permitirle que participase en un milagro, ya que se había perdido el parto anterior. Recuerdo un día en que estaba sentada en su oficina, y estábamos considerando cuándo sacar la niña mediante cesárea. El tiempo debía ser exacto una vez más, y nuestra meta estaba cerca de la semana treinta y siete de gestación. Tanto el doctor como yo teníamos los calendarios con las fechas disponibles como si estuviésemos planeando ir de compras o una salida de fin de semana. Mi doctor sugirió una fecha a principios de diciembre. Yo puse mi petición: “Vamos a esperar hasta el once de diciembre, porque ese día mi madre cumplirá cincuenta años y todavía no tengo un regalo para darle”. Él estuvo de acuerdo con la sorpresa de cumpleaños para mi madre y me elogió por lo considerado de mi elección.

Dar a luz a Holly fue un gozo total y lo máximo para mí. El embarazo había sido perfecto y mis ojos no habían empeorado. Era dos semanas antes de Navidad. El mundo estaba decorando sus casas y colocando luces para celebrar otro nacimiento milagroso que había impactado al mundo. Todos parecían estar enfocados en los regalos, y yo sabía que el regalo dentro de mi vientre también sería celebrado en unos días. Ya había envuelto dos muñecas y las había

colocado bajo nuestro árbol de Navidad para que todas las damas McWilliams pudiesen tener un bebé en sus brazos la mañana de Navidad.

Entré en el hospital antes del amanecer del día antes del nacimiento de mi hija. Se me había programado otra temible amniocentesis. Todavía tenía vivo el recuerdo de la última. Para mi sorpresa, el exámen salió sin incidentes y no sentí dolor. La prueba tuvo éxito la primera vez y los resultados indicaban que nuestra pequeña estaba lista. Estaba confiada en que había disfrutado mi primer regalo de Navidad y en que venían más.

Mientras esperaba la noche antes del parto de mi bebé, experimenté la paz preciosa de Dios. Mi habitación estaba suavemente iluminada y tenía música de adoración. Todas mis visitas se habían ido y yo me había quedado sola, mirando a través de la ventana del hospital desde el onceavo piso. Al mirar las luces de la ciudad con la nieve cayendo, me maravillaba al imaginarme cómo esperaba María su propio parto. Ella llevaba al Príncipe de paz en quien ahora yo encontraba consuelo. Suavemente cantaba: “Las esperanzas y los temores de todos los años están en tus manos esta noche”. Me preguntaba cómo podía haber envuelto a su Hijo de la Promesa en ropas, que en aquellos tiempos eran ropas de entierro. Seguramente en su corazón las había escogido como para el destino de su Hijo. Yo sabía bien que mi nueva hija nunca sería llamada para ser el Cordero inocente que sería sacrificado voluntariamente para reconciliar al mundo con Dios el Padre. Su Hijo ya había cumplido eso totalmente y para siempre. Sin embargo, me preguntaba qué sacrificios tendría que hacer

ella con su vida. Con las manos en mi vientre le pedía al Señor que guardase a mi pequeña.

Mi corazón estaba lleno al pensar en el regalo que había encontrado al conocer personalmente al Salvador, y en las riquezas que Él me había dado. En esos momentos de quietud sonreía al pensar que yo era una protestante que se encontraba en un hospital católico, pensando en la disposición de María de ser usada por el Señor. Yo reflexionaba en la respuesta de ella cuando el ángel se le presentó para explicarle la asignación divina que se le había dado. Su respuesta me trajo convicción: “Hágase conmigo conforme a tu palabra”. Era incuestionable que ella había vivido con esa declaración perpetua en sus labios. Su corazón estaba abierto a la petición de Dios, dándose cuenta del gran privilegio que se le había concedido. Con esa declaración, ella le había dado forma al deseo de mi vida. Yo recordaba cómo ella meditaba todas esas cosas en su corazón, y de alguna manera lo entendí en ese momento de quietud.

Me subí a mi cama usando el resplandor de las luces de la ciudad como luz de noche. Al colocarme en la cama y pensar que la mañana traería una nueva vocecita a mi vida, no podía evitar llorar calladamente por el amor de Dios al enviar a su propio Hijo. Él había cubierto la suciedad de nuestro pecado así como la nieve fresca caía sobre el mundo afuera de mi ventana. Empecé a alabarle en voz alta por su misericordia y su bondad. En la quietud de conocer su amor por mí, escuché su voz diciendo suavemente a mi corazón: “Gail, yo habría ido a la cruz aunque hubiese sido solo por tí”. Las lágrimas me caían por las mejillas al sentir que Él estaba junto a mí, y me aseguraba que había nacido

en su reino y en sus propósitos desde el momento en que en mi niñez le había dicho “sí” como mi Salvador y Señor. El Príncipe de Paz había venido y me había acomodado en la cama, dándome esperanza para un nuevo día.

El día siguiente muy temprano por la mañana, Tony y yo nos preparamos para conocer a nuestra nueva hija. El equipo médico se había juntado en mi habitación, en una rutina familiar, junto con algunos estudiantes médicos que asistieron en el debut de nuestra hija. En este momento abandoné todos los esfuerzos por la modestia. Mi único clamor era: “Sáquenme a este bebé para poder respirar otra vez”. Tumbada en la mesa y sintiéndome como una ballena a punto de ser alcanzada por un arpón, escuché un comentario sorprendente. Un enfermero estudiante exclamó: “Hey, yo la conozco. ¿No es usted Gail McWilliams, la cantante cristiana que he visto en televisión?” Mortificada pero riéndome, respire debajo de la máscara de oxígeno y confirmé su descubrimiento. Todavía me pregunto cómo en ese momento, bajo esas condiciones tan vulnerables, él me reconoció. ¿Qué pudo haber visto?

El proceso del nacimiento fue tan rápido como el embarazo, sin complicaciones. Nuestra hija había nacido en cuestión de momentos y con unos pulmones fuertes que predecían su talento musical futuro. Holly había llegado a salvo para Navidad, el día del cumpleaños de mi madre.

Desafortunadamente mi endocrinólogo se perdió mi parto porque se encontraba de camino al aeropuerto, con planes de volar hacia Gran Bretaña para las vacaciones. Sin embargo, él llamó al hospital desde el aeropuerto para

asegurarse de nuestro estado. Primero llamó a la unidad de alto riesgo. Cuando le dijeron que no había ningún bebé McWilliams, rápidamente dijo: “Debe haber algún error”. Ansiosamente les pidió que le transfiriesen a la unidad intermedia de alto riesgo, pero su búsqueda allí también fue en vano. El doctor estaba alarmado porque se preguntaba qué podría haber pasado... Holly había desaparecido.

Capítulo 13

VIENDO MÁS ALLÁ DEL SER HERMANAS

Todavía en búsqueda de la nueva bebé McWilliams, el doctor, asombrado pero decidido, pidió desde el aeropuerto que le conectasen con la sala infantil normal. Mi especialista en diabetes, quien había caminado cada paso fielmente conmigo durante mis embarazos de alto riesgo con Lindsey y Holly, quería asegurarse de que todo estaba bien antes de embarcar en su avión rumbo a Gran Bretaña. Este doctor dedicado quería ver el resultado de su meticuloso trabajo. Para su asombro encontró a nuestra primera bebé sana en el lugar más inesperado: la sala infantil normal. Era aparente que un equipo magnífico había ayudado en el parto de Holly bajo la dirección del Gran Médico.

Las enfermeras colocaron a Holly cerca de la pared de cristal. No podía evitar el recuerdo doloroso de cómo cerraron las cortinas cinco años atrás, cuando Anna luchaba valientemente por respirar. Dios había sido misericordioso y nos había sostenido. Qué contraste habían sido estos dos nacimientos. El cabello grueso y oscuro de Holly estaba adornado con un lazo que le habían puesto las enfermeras. Sus doctores estaban atónitos de ver la fuerza de Holly cuando levantaba la cabeza, moviéndola aún el primer día y tratando de ajustarse en su cuna. Creo que inocentemente ignoramos el aviso de que tal vez había llegado a la tierra otra mujer de “carácter fuerte”. Ahora una tercera hija completaba nuestra hermandad femenina.

Durante cada una de mis estancias en el hospital había escuchado música que me había llevado de casa. Las canciones de alabanza y adoración me ayudaban a concentrarme en el Director que orquestaba mi vida. Un día después de que naciese Holly vino una monja anciana a mi habitación a rellenar mi jarra de agua. Su caminar era más lento de lo normal mientras llevaba a cabo sus tareas. Yo sonreí sorprendida cuando ésta se giró casi bailando y anunciando: “Me encanta adorar a Dios, ¿y a usted?” Ella había disfrutado de mi música mientras trabajaba. Empezamos a hablar de la fidelidad de Dios como si hubiésemos sido amigas por mucho tiempo. Emocionada me preguntó si podía traer a otra hermana para que me conociese. En cuestión de una hora llegó otra monja con su guitarra. Por cuatro horas estuvimos sentadas cantando como si nos encontrásemos alrededor de una hoguera bajo las estrellas del cielo. Nuestra plataforma común era alabar al Salvador.

Otra de las monjas que me visitaban, la Hermana Jane Marie, había sido amiga de mis padres durante años. Se conocieron en un movimiento de renovación en el que los protestantes y los católicos se juntaban para orar. Cuando ella me visitó en el hospital, colocó un manojo de hojas y frutas silvestres en mi mano, informándome de que ellas contaban la historia del evangelio. Las hojas tenían la forma de una corona, que representaba la que habían clavado cruelmente en la cabeza de Jesús antes de ir a la cruz. La línea blanca en los extremos de la hoja, explicó, representaba la pureza de Jesús que nos hace blancos como la nieve. El verde hablaba de nueva vida en el Cristo resucitado. Los frutos rojos simbolizaban la sangre de Jesús que borró nuestros pecados por medio del sacrificio de su

amor. La hoja solamente puede sostenerse mientras esté seguramente unida a la vid, que representa a Jesús, la vid verdadera y viviente.

El regalo de la hermana Jane Marie marcó una guía para nuestra hija. Mi corazón estaba lleno de asombro y gratitud. La temporada de Navidad había recobrado un nuevo significado con un regalo tan simple pero extravagante.

Para mi asombro, en tres días nos dejaron salir del hospital a las dos. “¡De modo que este es el verdadero sentir de una mamá!” Yo pensaba que esta iba a ser la última vez que estaría en la sala de maternidad. Meses antes del nacimiento de Holly habíamos tomado medidas quirúrgicas permanentes para no volver a tener hijos. Nuestro tiempo de dar a luz había terminado. Los doctores nos habían convencido de que nos detuviésemos mientras me quedaba algo de vista, y ahora necesitaba energía para criar a estas niñas.

En el largo camino de regreso a casa meditaba en cómo mi estancia en el hospital había parecido un retiro espiritual. Cuando entramos en nuestra propiedad, vimos un árbol de Navidad decorado y a dos niñas mirando por las altas ventanas con sus narices presionadas contra el cristal. Estaban esperando algo más que el reno de Santa Claus, sabían que su nueva hermana estaba en camino. Después de los abrazos y los besos entré y coloqué a Holly, con el lazo aún en su cabeza, bajo el árbol de Navidad. Por fin ya teníamos todos los regalos que tanto deseábamos bien colocados bajo el árbol.

Mientras las luces de Navidad empezaban a iluminar la noche sentía un profundo contentamiento. El olor del fuego en nuestra chimenea y del asado recién sacado del horno tenía un efecto terapéutico. Mi madre había preparado una cena especial para celebrar la ocasión. Habíamos ganado, y la victoria era dulce. Nuestra hermandad femenina crecía rápidamente y hacía sentir a su papá como el protector del castillo. Los Salmos nos habían dado una dirección clara en nuestra misión, declarando: “Sean nuestras hijas como esquinas labradas, como las de un palacio”. Mientras orábamos por los alimentos, con Holly en su porta bebé a nuestro lado, entendí una frase que mi padre había dicho: “Lo que mucho cuesta, se aprecia más”. Éramos ricos más allá de las palabras.

Nuestro concurrido hogar parecía adaptarse rápidamente a otra niñita. Me sentía muy bien y mis ojos no habían cambiado. Dios me había favorecido con la habilidad de moverme de un lado a otro con la vista disminuida. La mayoría del tiempo nadie podía darse cuenta de mi dificultad a menos que me estudiaran de cerca. Nunca permanecía en el mismo lugar el tiempo suficiente como para que alguien detectase la limitación en mi vista. También evitaba usar la palabra “ciega”. Mis días se consumían con una tendencia creciente a aceptar nuevos retos, demostrándome a mí misma en lo secreto que no tenía por qué ser diferente. Tony absorbía con calma los tremendos retos y las pruebas que enfrentábamos por la disminución de mi vista.

Yo sé que los primogénitos son normalmente los más responsables de la familia, y definitivamente este era el caso con Anna, quien en aquél entonces tenía cinco años de

edad. Con razón las escrituras llaman al primogénito “las primicias de toda su fuerza”. El reto era Lindey, que ahora tenía veinte meses. Ella quería ser la que cuidase de su hermanita. Lindey necesitaba que la vigilaran bien, y Anna se convirtió en el guardaespaldas natural del palacio. Ella cuidaba de sus hermanas como una madre gallina y me informaba de todos los problemas. Estas niñas adornaban nuestra casa con sus risas, lágrimas, rizos y lazos. Tony ayudaba con tareas que requerían una vista mejor que la mía. Además, él estaba preparándose para su propio parto.

Él había estado pastoreando una pequeña congregación en nuestra ciudad durante tres años, y soñaba con empezar una nueva obra cristiana en el lado Oeste de la ciudad donde había pocas iglesias en aquel momento. Su meta estaba por cumplirse y yo estaba junto a él para ayudar como la partera de la iglesia que estaba dando a luz. La expectativa de nueva vida en la iglesia era fortalecedora.

Tres semanas después de que naciese Holly abrimos nuestro hogar a un grupo de creyentes cristianos que se reunían para orar y estudiar la Biblia. Cada semana el grupo crecía, y juntos le pedíamos al Señor que proveyese una iglesia para esta creciente familia en la fe. El nombre de la iglesia capturaba el tema del viaje de nuestra familia. Se llamaba “El Árbol de la Vida”. Por fin, nueve semanas después del nacimiento de nuestra tercera hija, organizamos el inicio público de la iglesia en el edificio de una escuela. Negociamos un contrato que nos permitía alquilar las instalaciones de la escuela para nuestras reuniones de celebración de los domingos. Una vez más hizo falta un equipo ganador para un parto de éxito.

Cada semana un grupo de trabajadores venía unas horas antes para mover los muebles de la cafetería y reemplazarlos con sillas, equipo de sonido, flores y un púlpito. Habíamos reservado dos salones para la escuela dominical y para la guardería. A nadie le importaba el esfuerzo extra para tener un lugar de adoración el domingo por la mañana. Todos estaban emocionados en nuestra primera reunión el 24 de febrero. Esa fecha permanece en mi memoria para siempre, ya que durante el nacimiento que tanto esperamos volvió a visitarnos la muerte.

El mismo día que empezó nuestra iglesia del Árbol de la Vida, los vasos sanguíneos detrás de mis ojos tuvieron una ruptura sin aviso. Un intruso indeseable y escurridizo se había deslizado furtivamente en el jardín de nuestro paraíso. La hemorragia de los vasos sanguíneos amenazaba la preciosa vista que me quedaba. La misma pregunta hostigadora daba vueltas en mis pensamientos: “¿Habrá costado demasiado la vida esta vez?”

Capítulo 14

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA BATALLA

Mi vista estaba afectada de manera drástica, y yo me sentía devastada y enojada. En mi mente, el momento era más que una simple coincidencia. Estaba cansada de este enemigo persistente que nos pisaba los talones sin cuartel. Mi enojo se veía aplacado por el cansancio que sentía debido a los ajustes de los meses anteriores. Por dentro me sentía frenética, preguntándome cómo iba a cooperar con la vida. ¿Dónde se había metido Dios?

Mis emociones atacaban mi fe. Me daba pánico el no ser capaz de ayudar a mi familia. Me avergonzaba representar a un Dios vivo que podía hacer lo imposible mientras que yo perdía terreno día a día. ¿Cómo podría usarme él? Tenía miedo del futuro. ¿Cuánto tiempo más iba a pasar antes de no poder ver absolutamente nada? Me enojaba pensar que éramos blancos para el ataque del enemigo porque mi resistencia era débil. Mi punto más vulnerable era que estaba enojada con Dios. Estaba resentida por tener que depender de los demás. ¿Cómo podía traicionarme y dejar que me pasase algo así de malo? Parecía una situación sin fin.

No podía discernir si era simple depresión post parto o una depresión total. Mi preocupación más grande era que demasiadas personas dependían de mí; no podía derrumbarme. Cada día estaba ocupada alrededor de la mesa con nuestras tres hijas milagro. La iglesia estaba floreciendo y el potencial era ilimitado. Además, Tony y yo presentábamos un programa semanal de televisión que se

había estado transmitiendo durante siete años. Yo cantaba en convenciones con frecuencia, y los dos hablábamos y ministrábamos en reuniones cristianas siempre que teníamos tiempo libre.

Estas actividades eran interrumpidas cuando viajábamos a los doctores para los exámenes rutinarios, evaluaciones de los ojos, y visitas al pediatra. Mis doctores expresaron su tristeza genuina por la pérdida de más vista. Esta vez la pérdida fue más devastadora, pues parecía que había perdido totalmente la vista en mi ojo derecho. Un especialista de la retina cerca de nuestra casa nos explicó bruscamente: “Sus ojos están fritos”. Entonces invitó a Tony a que mirase la radiografía de mis ojos mientras explicaba: “Los ojos de Gail son como un mapa de carreteras fragmentadas, desconectadas y desarraigadas de toda carretera principal”. Yo estaba sentada al otro lado de la habitación luchando por la esperanza. Qué extraño era referirse a mis ojos como un mapa loco que no llevaba a ninguna parte y un desayuno de huevos “fritos”. Me preguntaba qué escuela de medicina le había instruido exactamente. Su siguiente comentario interrumpió la imaginación de mis sueños diurnos cuando dijo con severidad, “Ella está más allá de toda ayuda”.

Yo respondí desafiante al diagnóstico del doctor. Armada de resistencia, me propuse sobrevivir con la ayuda del Señor y no perder ni un latir de vida. Tuve que tomar resoluciones firmes para guardarme de los informes desalentadores del doctor, de las circunstancias negativas, de los cristianos bien intencionados pero ignorantes, y de mis propios temores. Esto último era lo que más me presionaba. Me encontré llevando a cabo más proyectos

con cada día que pasaba, y con poco tiempo para reflexionar en algo más que vivir.

Mi especialista en diabetes preguntó si quería participar en un programa de investigación para controlar la pérdida de peso y la diabetes. Yo me inscribí voluntariamente. Mi régimen era estricto, y los primeros tres meses consistieron en un ayuno de líquidos. Caminaba de cinco a ocho millas cada día, e ingería quinientas calorías diarias. Obviamente, cualquiera puede perder peso pasando hambre. Disfruté el ser delgada por primera vez en muchos años, y eso ayudó en mi vida ocupada. Sin embargo, mi condición diabética continuó igual, y desarrollé un problema de tiroides mientras estaba en el programa. En mis caminatas matutinas, siempre me llevaba mi Walkman y escuchaba las escrituras. Estaba en una batalla por mi vida y necesitaba apoyo. Mis hijas, que estaban creciendo, miraban por la ventana cómo caminaba alrededor del vecindario mientras su padre cuidaba de ellas. Me era posible caminar sola porque podía usar la vista que me quedaba para localizar un camino marcado por la acera interior de nuestra calle, la cual hacía un círculo alrededor de la manzana. En cuanto regresaba a la casa, Tony se marchaba a trabajar a la iglesia. Los dos habíamos entrado en un patrón de ayudar a los demás fuera de nuestra casa porque no podíamos encontrar las respuestas que necesitábamos para nosotros mismos. Con humor declarábamos que nuestras vidas superarían un curso de supervivencia para los más capacitados.

Nuestro deseo ardiente era ayudar a otras familias a ser fuertes. Como resultado de ese deseo, un año después de haber fundado la iglesia, iniciamos una escuela cristiana.

Nuestra visión era que los niños pudiesen crecer y desarrollarse en lo académico y en el carácter en un ambiente cristiano de amor. Tony había hecho bien sus deberes y estábamos a punto de abrir la escuela. Faltaban solo semanas para finalizar todo el papeleo, las declaraciones de nuestra misión, legislaciones nuevas y libros de normativas.

Nuestra emoción fue interrumpida dramáticamente cuando Tony se dañó la muñeca derecha en un extraño accidente. Un cristal que cubría una luz en el techo se quebró, cubriendo a Tony de fragmentos al caer, y una lámina afilada de cristal le perforó una arteria de la muñeca. Nos encontrábamos en nuestra sala familiar, y Tony empezó a desangrarse. Yo no podía hacer nada más que gritar y saltar histéricamente. Con mi vista disminuida no podía ayudar a mi esposo ni llevarle al hospital. Gracias a Dios, Tony actuó rápidamente y con calma, y colocó su dedo encima del corte, deteniendo así la hemorragia. Se hizo un torniquete temporal hasta que pudo encontrar a alguien que le llevase al hospital.

El edificio de nuestra iglesia estaba a solo minutos de nuestra casa, y mi madre estaba de voluntaria sirviendo como secretaria y contable. La llamé para que viniese tan rápido como pudiese, pues no teníamos mucho tiempo que perder. Dios debió haber llevado a mi esposo y a mi madre en las alas de un ángel al hospital esa tarde. Yo me quedé atrás hasta que alguien pudo venir a cuidar de nuestras hijas y llevarme al mismo hospital. Mientras tanto, Anna había reunido a niños del vecindario y se habían alineado a observar el rastro sangriento a lo largo de la casa y en las puertas. El corte de Tony había producido una fuente de

sangre que había salpicado por todas partes, incluyendo nuestra nueva alfombra bereber blanca.

Después del viaje relámpago al hospital, colocaron a Tony en una camilla y el doctor que estaba de guardia en la sala de emergencias se reunió con él. Cuando el doctor le quitó la toalla empapada de sangre de su muñeca rebanada, le hizo a Tony dos preguntas: “¿Tiene el SIDA?” Tony contestó: “No”. Luego le preguntó: “¿Ha intentado matarse intencionadamente?” Tony contestó: “No, yo soy pastor”. Sin conmoverse, el doctor se quedó mirando a Tony y le volvió a preguntar: “Como le decía, ¿quería matarse?” Más tarde me pregunté a cuántos pastores angustiados había tenido que atender en su carrera para que fuese tan persistente en su pregunta.

La sala de espera empezó a llenarse con miembros de la iglesia mientras esperábamos noticias de Tony, que estaba siendo operado. Se había cortado una arteria grande y un tendón, y ello requería un trabajo minucioso de aguja de la mano del cirujano. Después de una corta estancia de dos días en el hospital, le dieron el alta con un yeso que cubría su mano y brazo derechos. Ahora nuestra casa estaba ocupada por la ciega y el manco; por lo menos nadie era mudo. De hecho, estábamos bajo presión para terminar los últimos retoques en todos los manuales de enseñanza para comenzar con la escuela en la fecha planeada. Tony y yo nos sentamos con determinación alrededor de la mesa de nuestro comedor, y nos pusimos a trabajar. Tony me dictaba el manual y yo lo escribía con letra grande. Luego yo se lo pasaba a él para que lo leyese en voz alta. A pesar del dolor, nos reíamos de ver la situación en la que nos encontrábamos. Sabíamos que cualquier otra persona se habría rendido. Sin embargo, nuestro arduo trabajo valió la

pena, y cumplimos con la fecha establecida. Una vez más habíamos experimentado un nacimiento traumático—Escuela Árbol de Vida. Esta vez Tony era el único que estaba tomando pastillas para el dolor.

Con el comienzo de la nueva escuela y las obligaciones en la iglesia que crecía, empecé a ir a la iglesia todos los días para ayudar. Dios me había dado una amiga en la iglesia que me llevaba generosamente a la tienda y a cualquier cosa que necesitase hacer. Era una asistente magnífica, y me encantaba el hecho de que se reía de mi humor. Nuestro camino juntas no parecía cuesta arriba, sino más bien divertido. Otra amiga de la iglesia limpiaba mi casa. Yo todavía cocinaba la mayor parte del tiempo, y mi tres pequeñas ayudantes me asistían. Las niñas necesitaban más supervisión, así que contratamos a una niñera. Un día, al regresar de la iglesia, Anna estaba sentada en el porche esperando que sus padres llegasen a casa. Después de abrazarla, entré en la casa y Lindey pasó corriendo por mi lado gritando: “¡Mamá está en casa!” Holly gritó su bienvenida colgada de la espalda de la niñera, como si la estuviese estrangulando y actuando como la dueña de todo. Nuestra casa estaba fuera de control. ¿Dónde estaban los padres responsables de esta familia milagrosa? Yo había estado huyendo de lo que percibía como mi incapacidad de cuidar con éxito de los tesoros más grandes de mi vida. Mi esposo y yo nos habíamos convertido en ministros llevados por su carrera, ayudando a salvar y a aconsejar a todas las demás familias en nuestra comunidad, y estábamos ignorando la nuestra. Los dos habíamos estado ciegos.

Nuestras vidas no cambiaron de inmediato porque teníamos muchos compromisos. La presión de tener a otros que

dependían de nosotros nos hizo preguntarnos cómo íbamos a poder hacer los cambios necesarios. Sin embargo, una semilla había sido sembrada en nuestros corazones y ésta cambió a la dirección en la que íbamos, ayudándonos a encontrar una solución que llevase a nuestra familia al éxito. Dios no solo estaba dirigiendo nuestros corazones hacia casa, sino que también estaba abriendo nuestros ojos al potencial valioso que él había puesto bajo nuestro cuidado.

Una noche, después de cenar, tuve una epifanía. Estaba terminando de lavar los platos de la cena cuando de repente tiré el trapo y dije en voz alta: “Todavía no estoy muerta”. Me di cuenta de que, inconscientemente, me había estado distanciando de mis hijas. Había usado a otras personas para ayudarles a crecer siendo independientes de mí porque pensaba que eso les ayudaría a sobrevivir cuando yo ya no estuviese. Parecía que había ignorado los informes del doctor, pero en mi subconsciente éstos habían afectado lo más profundo de mi ser. Yo estaba desesperada por vivir, y aún así me preguntaba si esta enfermedad me consumiría totalmente y demostraría que los doctores tenían razón. Se me había hecho muy fácil elegir la vida por otros, pero ahora tenía que elegir la vida para mí misma. Me preguntaba si podría volver a ganarme los corazones de mis hijas y ser su niñera principal una vez más.

Mi resistencia era como la de una prenda fina, cara y trenzada que se había deshilachado y descolorido con cada contratiempo. Mis ojos empeorarían sin aviso. El estrés parecía incrementar su deterioro. Todavía podía ver algunas cosas, dependiendo del tipo de luz, pero la mayoría de las cosas las veía borrosas. Un día experimenté otro revés en

mi agudeza visual, y ya no podía esconder más mi depresión. Me senté en una habitación oscura, insensible a todo lo que había a mi alrededor. Cada cambio era otra muerte, y me sentía como si estuviese en un funeral eterno. Con cada pérdida tenía que aprender a compensarlo todo de nuevo para funcionar como una persona normal. Odiaba la lástima propia e intentaba resistir su compañía. Una noche mi esposo me abrazó después de haberle despertado sin querer. Yo estaba profundamente dormida, y él dice que empecé a sollozar incontrolablemente, aunque era inconsciente de ello.

La mañana siguiente, Tony se llevó a nuestras hijas con él a la iglesia, donde estaban inscritas en la guardería y en la escuela primaria. Después que se hubieron marchado, me encerré en la habitación y enterré la cabeza en la alfombra. Durante horas lloré y oré. Mis emociones cambiaban con la misma frecuencia que lo hacían mis ojos. Me sentía identificada con Jacob cuando luchó con Dios. Mi combate acababa de empezar, y yo me encontraba en la pista con una presencia invisible. Mucho después de haberme quedado sin palabras, le pedí al Espíritu Santo que orase a través de mí conforme a su perfecta voluntad. Irónicamente, mis temores más grandes eran sus promesas aseguradas. Temía la debilidad, y él me recordó que en mi debilidad él se hace fuerte. Temía el temor, a lo que él respondió que su amor echa fuera el temor. Salmos 27 me recordaba que “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Una y otra vez, mi mente se inundaba con su Palabra, mientras yo sollozaba con la cabeza enterrada en la

alfombra, postrada con la cara en el suelo y sin vida. Después de llorar por horas, ya no me quedaban más lágrimas. Esperé quieta, luego me puse en pie lentamente y, en pie en medio de la habitación grande y espaciosa, dije en voz alta: “Gracias por la oscuridad, pues ella ha hecho que la luz sea tan dulce”.

¿QUÉ? ¿Esto era lo que el Espíritu Santo había estado orando a través de mí? Me sentía enojada y traicionada.

Capítulo 15

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA RELIGIÓN

Molesta, me senté en el borde de mi cama. Después de todos estos años caminando con el Señor Jesucristo llegué a la conclusión de que realmente no conocía a mi Padre celestial. En mi examen honesto y doloroso decidí regresar a la Biblia y descubrir por mí misma la verdadera identidad de Dios. La religión había esculpido una imagen de Dios con la que yo me sentía cómoda, pero quería más.

Desde niña deseaba caminar con el Señor. Recuerdo las largas conversaciones con mis abuelas acerca del amor de Dios y de servirle a él. Mis padres eran cristianos auténticos, y ellos le daban forma a su vida conforme al mensaje de Cristo. Ellos fueron el modelo de un estilo cristiano de vida que no era solamente asistir a la iglesia una vez por semana cuando no había nada más planeado. Su compromiso con Cristo pavimentó la carretera en la que yo caminaría por un lugar sólido y donde me encontré cara a cara con el Salvador. Sin embargo, durante años había entendido que debía discernir entre la Verdad y las reglas religiosas. Había una diferencia enorme entre conocer al Señor personalmente y saber de él. Muchos de sus seguidores se contentan con reglas hechas por hombres porque esto trae cierta seguridad falsa, en lugar de darse cuenta de que la fe y la gracia son dones. La obra en la cruz del Calvario y el sacrificio de Cristo estaban completos sin mí. Ojalá esto me hubiese sido totalmente revelado en mis primeros años como esposa de pastor. A medida que perdía mi vista, era humillante estar en un escaparate para que otros monitoreasen mi dolor y mis ajustes a este nuevo

caminar en la vida. Si hubiese sabido con más claridad quién era yo en Cristo, todos esos comentarios de cristianos ignorantes no me habrían hecho daño.

Sentía una presión enorme por manejar mi vida de manera que nadie tropezase o se sintiese resentido con Dios. Lloré, la mayor parte del tiempo en secreto. Si cuestionaba el “por qué de todo”, lo hacía con tan solo algunos creyentes de confianza y a puertas cerradas. Quería proteger la fe de todos los demás mientras que en privado batallaba con la mía. Estaba confiada en mi caminar con Cristo, pero perpleja porque no sabía cómo apropiarme de los beneficios del Calvario. Me faltaba confianza en mi confianza incuestionable en un Dios que requería mi rendición total. Desafortunadamente, el estado vulnerable de mi mente me hizo un blanco para los comentarios y juicios de otras personas.

Con frecuencia escuchaba que yo no era sanada porque no poseía suficiente fe. En consecuencia, el “resto” de la fe de la que habla el libro de Hebreos se convirtió en algo con lo que me medía sin descanso. Algunos comentarios clásicos eran pura estupidez. Un hombre se me acercó una vez en la iglesia y me dijo que Dios le había dicho que “Si yo fuese una buena esposa Dios me sanaría”. Por supuesto, eso implicaba que yo era una esposa terrible. Otro sugirió que “si dejase de cantar sería sana”. Este comentario me dejó confusa. Había cantado para el Señor desde mi adolescencia, y ahora, el mismo don que me había sido dado por él, ¿se interponía para que él me tocara físicamente? Qué Padre tan esquizofrénico. ¡Tonterías!

Un domingo por la mañana, la esposa de uno de los líderes de la iglesia me arrinconó. El razonamiento de su proclamación autoritaria me golpeó: “Gail, Dios sabía que tú no podrías manejar tus dones y una visión perfecta, así que tuvo que quitarte uno de ellos”. No tenía ningún sentido retar a esta mujer, a menos que quisiese escuchar su charlatanería espiritualizada. Recuerdo haber pensado, “¿Por qué entonces se te puede confiar a *ti* tu vista?” Aunque sus declaraciones eran así de ridículas, estas plantaron semillas de duda.

Yo no podía discernir si estaba enojada con gente así o conmigo misma por estar ahí y no retar sus juicios religiosos, absurdos y humanos. Ellos se escondían detrás de una “máscara de Dios” que les daba libertad para decir cosas crueles. Dado que yo era muy abierta con Dios, me manipulaban muy fácilmente con las palabras “Dios me ha dicho que te diga”. En realidad, yo creo que la “máscara de Dios” les convenía porque justificaba su crítica a los demás, temerosos de que sus imperfecciones fuesen expuestas. Lo que más necesitaba era sus ánimos y oraciones. Empecé a pensar que tal vez iba a la iglesia únicamente porque mi esposo era el pastor, y si esto era verdad, esa razón era menos motivadora todavía. Cada vez lloraba más en el camino de regreso a casa. Tony estaba molesto por la falta de protección que tenía en la iglesia, un lugar que debía haber sido un refugio y una esperanza inspiradora. Me llevaba toda la semana encontrar el deseo de asistir a la iglesia el siguiente domingo por la mañana.

A lo largo de los años mi familia estuvo bajo escrutinio por mi falta de sanidad. La mayoría de las veces, la gente que quería lo mejor para nosotros intentaba encontrar una

respuesta a nuestro dilema. Algunos preguntaban como en las historias en la Biblia de hace muchos años: “¿Es tu pecado el que ha hecho que suceda esto?” Lamentaba no llevar los archivos de mi árbol familiar porque, con frecuencia se nos interrogaba acerca de los pecados de nuestros antepasados. A veces me sentía como un conejillo de indias en las filas de oración por sanidad y exorcismos. A mí me han escupido, empujado, abofeteado, sacudido y reprendido. La peor parte era sentir la presión de ser sana para que la fe de otro no fuese sacudida. Nadie quería una respuesta a mi situación más que yo misma. Luché contra el enojo, la confusión y, sobre todo, el desánimo.

La culpabilidad se convirtió en una compañera cercana. Vacilaba y confundía la desaprobación de los demás con la desaprobación de Dios. Algunos fanáticos de la iglesia querían resultados para sus fórmulas espirituales. El mundo médico quería que siguiese sus consejos y me olvidase de los niños. No podía agradar a nadie. Me sentía sola y sin ningún lugar donde ir. Ahora, sentada en la quietud de mi habitación en busca de respuestas, deseaba comenzar de nuevo y empezar a conocer el amor de mi Padre.

Nuestra familia se encontraba de vacaciones en un hermoso centro turístico cristiano en las Carolinas. Antes de ir habíamos trabajado mucho en varios proyectos del ministerio y estábamos muy cansados para empezar el viaje. Continuamos con nuestros planes sabiendo que una vez que llegásemos allí, sería un deleite. El viaje se llevó a cabo sin contratiempos hasta que pasamos por las puertas de seguridad de un complejo enorme. Al cruzar la entrada, se partieron los vasos sanguíneos de mi “ojo bueno”, el ojo del que dependía para ver lo poquito que podía ver todavía.

Inmediatamente sentí el resultado de la sangre detrás de mis ojos, porque mi vista quedó discapacitada radicalmente. Pasaron varios días hasta que drenó la sangre y pude saber exactamente el daño causado. Un gran manto de desesperación y desesperanza rasgaba mi alma. ¿Por qué ahora?

Al detenernos abrí mi puerta y salí del automóvil. Tony preguntó adónde iba. ¡Ni lo sabía ni me importaba! Por primera vez quería meterme sola en el bosque y desaparecer. Esperaba que nadie me encontrase. Convencí a Tony de que me dejase ir sola a buscar la capilla de oración mientras él descargaba el vehículo y sacaba a las niñas. En lo profundo de mi corazón no me importaba si nunca me encontraban, pues ya me sentía eternamente perdida.

Milagrosamente encontré el edificio en medio del bosque. La capilla era de tamaño moderado con bancos en el centro, donde uno podía sentarse y reflexionar. Detrás de unas puertas había unos cuartos pequeños de oración donde la gente podía clamar a Dios en privado. Solicité un cuarto y me encerré en él. Un pequeño banco abrazaba un lado de la pared. Apagué la luz, me tumbé en el suelo debajo del banco y empecé a gemir con dolor y angustia. Mi resistencia se había terminado y mi fe se tambaleaba. Mis oraciones se veían bloqueadas por un cielo impenetrable de acero que parecía derrotarme. Mi desilusión era irreconciliable y mis sueños se habían convertido en una pesadilla. No podía orar, solamente llorar.

Perdí la noción del tiempo y Tony perdió el rastro de mí. Él sabía que yo no quería que me encontrasen. Sólo recobré la

compostura porque no podía encontrar más lágrimas. Con duda abrí la puerta de mi cuarto de oración y me quedé en pie junto a la puerta, insensible y sin dirección. Sin estar muy segura de adonde ir, me tambaleé hacia un banco central y me senté, mirando fijamente a la cruz que había colgada en el frente.

Mientras me preguntaba cómo iba a encontrar a mi familia, escuché una suave voz junto a mí. Una mujer muy amable me dijo que Dios le había dado un versículo para mí al entrar a la capilla horas antes. Una vez más me sentí inclinada a proteger mi espíritu de alguna frase cruel y religiosa. No giré la cabeza ni una vez para reconocer su presencia. Mi corazón estaba endurecido e inalcanzable. Ella me dijo: “Dios me ha dicho que leas el Salmo 56”. Dudé que fuese Dios, porque al menos él sabía que mi ceguera no me permitía leer. Con pocos deseos de enfrentar a mi consejera nueva y poco bienvenida, pero sintiendo que estaba a punto de irse, me giré hacia ella y le pregunté: “¿Podría leérmelo usted?” Las palabras que leyó penetraron mi alma: “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro? Serán luego vueltos atrás mis enemigos, el día en que yo clamare; esto sé, que Dios está por mí”. Después de todo, mi Padre sabía dónde estaba. Él había estado lo suficientemente cerca como para sostener cada una de mis lágrimas. Tal vez la oscuridad que sentía era simplemente la sombra de sus alas. Yo estaba siendo escondida en su pabellón que me protegía en medio de cada tormenta tumultuosa. Él había prometido que “Estaría cerca de todo aquél que clamase a él”. Por fin me habían encontrado.

Este pasaje reinició mi pasión por conocer a un Padre que se preocuparía de tomar cada lágrima que había derramado. Mi mente escudriñaba la escritura buscando un lugar de inicio. Yo sabía que su amor era constante y que sus misericordias son nuevas cada mañana. Pensé en el perdón que él extiende, el cual llega tan lejos como está el Este del Oeste. Recordé haber escuchado un versículo de Jeremías que declaraba que el Señor tiene un futuro y una esperanza para sus hijos. Me calmó saber que Dios es amor, y que en él no hay tinieblas. Él prometió que su mano no es demasiado corta para alcanzar, ni su oído sordo hacia nosotros. Las escrituras se derramaban sobre mí con una limpieza fresca y fragante.

El Príncipe de Paz, Jesús, llenó la habitación con su paz calmante y profunda que sobrepasaba todo lo que yo podía entender. Mi corazón abierto estaba libre de toda defensa y deseaba ser sostenido por sus manos heridas. Él había sido tocado por mi enfermedad, y juntos éramos partícipes del dolor y del sufrimiento. Mi dolor disminuía al enfocarme en la magnitud de su sacrificio. El Salvador de mi alma me abrazaba, entendiendo mi dolor más profundo y lleno de preguntas.

Su ternura estaba muy lejos de los comentarios religiosos insensibles de cristianos mal guiados. Su aceptación negaba la desaprobación de los demás. Su presencia confortante me llenaba de esperanza al oírle a él ofrecerme su gracia. Ya no me importaban mis condenadores, sabiendo que él estaba junto a mí asegurándome que podía levantarme en su fe. Mis temores se calmaban al colocar mis manos en las suyas. Le preguntaba: “¿Tengo alguna utilidad para ti?”

Capítulo 16

VIENDO MÁS ALLÁ DEL SER PADRES

A pesar de los retos, los casi fracasos y eventos humorosos, no hay mayor llamado que el de una madre, y Dios había dejado claro que él quería usarme en ese papel. Yo amaba a mi pequeño trío.

Las hermanas eran muy únicas en su acercamiento a la vida. Anna siempre era la más seria, precavida y cumplidora. Por otro lado, Lindey era la niña sociable y artística, y le gustaba mucho la moda. Desde que empezó a hablar, Lindey nos dijo con qué color se veía mejor y cómo quería llevar su cabello. Holly, con su personalidad fuerte y su tendencia competitiva, intentaba mantenerse a la altura de sus hermanas mayores. Tardé años en darme cuenta de que las hermanas de Holly eran las que la animaban a hacer cosas desagradables y la culpaban de todo. Anna era tranquila, Lindey era extremadamente divertida, y Holly era el cerebro que lo ideaba todo.

Desde una edad muy tierna las niñas empezaron a mostrar rasgos de personalidad que parecían predeterminados. Anna era motivada por la misericordia; su corazón amable siempre era tierno con los demás y con el Señor, y servía a todo el mundo. Lindey estudió ballet clásico desde los cuatro años, y siempre parecía flotar hacia cualquier habitación con una belleza agraciada. Sus cualidades administrativas facilitaban su papel de delegadora. En poco tiempo le dijo a sus hermanas dónde estar y qué hacer. Holly era un espejo de lo profético de su mamá, y sólo llevaba dos colores en su caja de la escuela, negro y blanco.

Así como su mamá, valoraba su independencia, y a veces la encontrábamos subida en su árbol preferido. Holly y Lindey se llevaban solo veinte meses, y se compenetraban como si fuesen gemelas. Anna, tres años y medio mayor que Lindey, se comportaba como la madre de las dos.

Siempre me ha apasionado guardar memorias de los momentos especiales. Me convertí en la fotógrafa de la familia para asegurarme de que todos los “momentos Kodak” eran capturados para verlos después. Por supuesto, muchas de nuestras fotos eran de gente sin cabeza. Mi obsesión fotográfica estaba motivada por mis esperanzas de que un día estaría sana y podría ver lo que me había perdido a lo largo de los años. No importaba lo bien que compensase mi pérdida; aún así el no poder ver con claridad las preciosas caras de mis hijas me atravesaba el corazón. Solamente lloraba en privado, pues cada nuevo día era para vivirlo al máximo.

Las salidas a comprar eran estresantes, y yo demandaba que las niñas estuviesen cerca de mí en todo momento. Normalmente Tony o una amiga nos llevaban al centro comercial, y nos dejaban solas. Una tarde en particular, estaba yo mirando algo en una tienda y las niñas se estaban comportando muy mal. Mucho después de que se me hubiese terminado la paciencia, me volví hacia un lado y dije severamente: “Parad ya o nos vamos a casa inmediatamente. ¿Me oís?” Para alarma mía, escuché a mis hijas decir, “Sí mamá, estamos aquí, detrás de ti”.

Acababa de corregir a los hijos de otra persona, y en ese momento deseaba que sus padres no estuviesen ahí.

En otro día de compras con Anna, ésta jugaba entre los colgadores de la ropa, escondida en el centro como muchos niños hacen. Después de muchos minutos me di cuenta de que su juego del escondite había llegado demasiado lejos; y todos en la tienda acabaron buscando a mi hija que se había extraviado. Finalmente, con mi corazón a cien por hora, salí al centro comercial en busca de mi primogénita, a pesar de que no podía ver con claridad. Algunas personas que me reconocieron de nuestro programa semanal de televisión ofrecieron ayudarme a encontrar a mi ovejita perdida. Como pude llamé a Tony, y le informé de que había perdido a Anna. Mientras él corría a rescatarnos, caminé por todo el centro comercial para encontrar a nuestra pequeña en edad preescolar. Anna se había metido en la juguetería; y allí estaba de la mano de un niño de su tamaño y edad. No se conocían, pero se detuvieron juntos fuera de la tienda para ver los juguetes. Anna parecía que estaba en su primera cita con un joven. Cuando la llamé me contestó: “Hola mamá”. La abracé fuertemente sin saber si castigarla o comérmela a besos.

Cuando Lindey tenía cuatro años y estaba en la escuela de nuestra iglesia, tenía una amiguita de la que no se separaba. Le encantaba cómo ella y su mamá siempre iban a los centros comerciales y a los restaurantes juntas. Lindey también estaba impresionada con el ropero de esta niña y con sus zapatos. Sin discutirlo o avisar, Lindey decidió que la mamá de su amiga era más atractiva que la suya por todos los lugares a los que podía ir en coche.

Una noche era casi la hora de la cena cuando Lindey bajaba las escaleras con dificultad, con una gran maleta en las manos. Me encontré con ella al pie de las escaleras y le

pregunté, “¿Adónde vas? ¿Te marchas de la casa?” Ella me contestó, “Sí, me voy a vivir con mi amiga”. Siguiendo lo que yo pensaba que era un juego, le dije, “Bueno, te extrañaremos”. Luego le pregunté, “¿Puedo ver todo lo que llevas en la maleta?” Rápidamente abrió su maleta roja y me enseñó cinco pares de ropa interior y tres pares de zapatos. Para entonces toda la familia se había reunido alrededor de su maleta intentando averiguar por qué quería dejarnos. Me uní al juego simulado y le pregunté a Tony si la podía llevar a su nueva casa. Él sacó sus llaves y mientras tanto Lindey fué a buscar su abrigo. Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas al sentir el rechazo inocente de mi hija pequeña, sabiendo que su juego se estaba volviendo bastante serio. Anna, que ahora tenía siete años, observaba silenciosamente el conflicto y también estaba preocupada. Con firmeza le pidió a Lindey que la siguiese a la sala familiar. Nosotros podíamos escuchar a Anna dándole su sermón maternal: “¡Lindey, siéntate! Todo esto empezó con Adán y Eva”. Solo hicieron falta unos momentos para que Lindey cambiase de opinión y decidiese quedarse con su familia verdadera. Hasta este día estoy convencida de que Lindey tenía miedo de que Anna la llevase de Génesis hasta el final de la Biblia intentando convencerla de que estaba a punto de tomar una mala decisión y mostrarle que estaba actuando de manera hiriente. Me alivió ver a Lindey deshacer su maleta, pero no podía dejar de preguntarme a cuántas otras madres envidiaba porque podían conducir.

Una tarde mientras trabajaba en la casa sonó el timbre. Las niñas habían estado afuera jugando y Holly estaba en el patio de atrás en el columpio, o eso pensaba yo. Cuando abrí la puerta un camionero preguntó, “Señora, ¿es esta su

hija?” Holly estaba de la mano del camionero, mirando como con incógnita. Él me informó de que había llamado a cada puerta del vecindario porque se había encontrado a Holly jugando junto a una calle principal. El miedo de lo que podría haber sucedido me hizo sentir náuseas. Controlar a las niñas era definitivamente un reto. Yo sabía de otras madres con una vista perfecta que también tenían historias de sus hijos escapándose sin que ellas se diesen cuenta, pero aún así me sentía muy inferior por no poder ver.

Aunque había veces en que mi falta de vista era peligrosa para todos nosotros, la mayor parte del tiempo aprendimos a trabajar en equipo. El sistema del compañerismo se hizo imperativo, no sólo entre las niñas, sino también al cuidarme ellas a mí. Nuestros tiempos especiales de lectura eran en familia, con papá leyendo y las niñas pasando las páginas mientras yo también escuchaba. En los momentos en que me sentía tentada a tener lástima de mis hijas por la carga adicional que llevaban, me recordaba que a su tiempo ellas tendrían una ventaja en la vida. Nuestras hijas habían aprendido a servir y a cuidar de los demás. La familia tenía que comunicarse con palabras y no solamente con las manos y la cabeza. Ellas habían superado retos difíciles y como resultado se habían convertido en parte de un equipo de apoyo muy cercano.

A mí me encantaba llevarme a mis hijas de paseo, de una en una. Un día le tocaba a Holly ir al centro comercial conmigo a comer. Las dos nos sentamos en el balcón de un restaurante, en una mesa que tenía una vista excelente, tal como yo la había pedido. Cuando llegó nuestra camarera con los menús, le pregunté cuál era el plato especial del día,

y ella apuntó al menú. Intentando proteger nuestra imagen y no exponer el hecho de que ni Holly ni yo podíamos leer, pregunté, “¿Qué tipo de sándwiches tienen?” Una vez más apuntó al menú. Holly y yo nos miramos la una a la otra y sonreímos, “Quisiéramos dos de las mejores hamburguesas que tengan, por favor”. Ninguna de nosotras teníamos interés en mostrarle al mundo nuestras limitaciones; simplemente queríamos pedir nuestra comida.

Es increíble cómo aún una madre ciega puede ver. Mis hijas siempre pensaron que yo tenía ojos detrás de la cabeza con una visión perfecta. Podía ver una mala actitud claramente, y podía sentir si una habitación estaba sucia u ordenada. Aprendí a hacer muchas preguntas.

Nuestras vidas estaban llenas de actividades, y nuestro enfoque principal era la iglesia. Muchas veces teníamos adolescentes que cuidaban de las niñas mientras Tony y yo estábamos ocupados con nuestras responsabilidades del ministerio. Incluíamos a nuestras hijas en algunas salidas ministeriales y en eventos especiales, y de vez en cuando aparecían en nuestro programa semanal de televisión. A la audiencia les encantaban, pero nos llevaba días poder recuperarnos del cansancio por tener que concentrarnos en nuestras invitadas especiales.

Nuestra familia se deleitaba en ser usada por el Señor para demostrar su misericordia y poder. Cada invierno me pedían que cantase en una convención cristiana que se llevaba a cabo en nuestra ciudad. Recuerdo haber llevado a Anna a la plataforma conmigo, cuando todavía era muy pequeña, y colocarla en una silla mientras ella recitaba la bendición de Números 6:24-26 a más de mil personas. Un

silencio caía sobre la audiencia mientras ella empezaba a decir: “El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia”. Las lágrimas salían de los ojos de muchos mientras ella continuaba diciendo: “El Señor alce su rostro sobre ti y te de paz”. Ellos recordaban haber orado por esta pequeña mientras se debatía entre la vida y la muerte. La escritura que oramos sobre la vida de Anna durante aquellos días de crisis, “No morirás, sino que vivirás, y contarás las obras de JAH”, se estaba cumpliendo frente a esta gran multitud de personas.

Una tarde de primavera Tony y yo estábamos sentados en nuestro porche mirando a nuestras hijas milagro jugar en el vecindario. Mientras corrían riendo, llenas de energía y de vida, nosotros sentíamos lo opuesto. Tony miraba mi correo mientras yo enfatizaba, “Me siento vacía y necesito tiempo de descanso”. Tony seguía mirando a través de la pila de correo dándome la razón y diciendo, “Sí, ¿Adónde vamos?”

Los dos necesitábamos una temporada para refrescarnos y un cambio de aires. Nos encantaba todo aquello de lo que éramos parte, pero nos preguntábamos si la razón por la que nos sentíamos exhaustos y vacíos era que no nos habíamos encaminado con sabiduría. Nuestras batallas físicas y nuestros retos habrían sido suficientes para agotar al soldado más experimentado. Con toda seguridad nosotros éramos aptos para varias medallas de honor y tres corazones púrpura por las batallas que habían quedado grabadas en las crónicas de nuestra historia.

Tony sacó del montón de correo un folleto que anunciaba un seminario que parecía algo perfecto para lo que

necesitábamos. Éste hacía énfasis en los principios de la vida, en el desarrollo del carácter y en los hogares y los ministerios efectivos. Sin dudarle un momento decidimos asistir a esta conferencia de una semana en Atlanta, Georgia.

Dios preparó de manera increíble todo lo que necesitábamos para poder descansar y para encontrar un enfoque renovado en amar al Salvador. A través de una serie de acontecimientos, Dios nos permitió hospedarnos en una casa de dos pisos que parecía un palacio, gratis, y mis padres se quedaron con las niñas. En la conferencia éramos simplemente dos de las 15.000 personas que asistieron. Aunque insignificantes entre la multitud de gente, nosotros sentíamos que Dios había organizado el seminario solo para nosotros. Nos sentamos sin movernos, sin darnos cuenta del transcurrir de las horas. Dios había intervenido en los sueños de nuestra vida, las metas y la visión del ministerio, y él empezó a compartir sus prioridades. Él había captado toda nuestra atención y nuestros corazones receptivos. Nuestros ojos cegados estaban empezando a abrirse.

Después de regresar a casa pusimos en orden nuestra familia y ministerio. Todo cambió. En lugar de simplemente manejar a nuestras hijas y enseñarles a portarse bien, empezamos a valorar su potencial por las generaciones venideras. Dios estaba cumpliendo las escrituras en Salmos 127 y 128. “Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud”. Nos dimos cuenta de que nuestros hijos, y *sus* hijos tocarían partes lejanas de la tierra más allá de nuestras propias vidas. El deseo del corazón de Dios era que toda nuestra casa le sirviese sin importar la edad. Tony y yo veíamos la

responsabilidad, no solo de entrenar a nuestras hijas en los caminos de Dios, sino también en proponernos vivir para los propósitos de él.

Como unidad familiar, nosotros empezamos a desarrollar un mensaje de vida. Cada día leíamos la Palabra de Dios, memorizábamos las escrituras y discutíamos los eventos del día desde un punto de vista bíblico, discerniendo la sabiduría y la verdad. El clamor de nuestros corazones era que nuestras hijas conociesen al Salvador, y que no fuese simplemente un conocimiento académico de escuela dominical. Nuestra meta era ver a nuestras hijas hacerse fuertes y poderosas en el Espíritu para la gloria de Dios. Ya no veíamos a nuestras hijas como una responsabilidad hasta que se marchasen de la casa para ir a la Universidad, sino que comprometimos nuestras vidas a entrenarlas, moldearlas y afilarlas en Cristo.

Tomamos la decisión difícil de educarlas en casa, aunque éramos los fundadores y supervisores de una escuela cristiana. Tony y yo nos unimos para enderezar nuestras pequeñas flechas, afilar sus puntas y colocarlas en orden. Con la guía del Señor, queríamos que nuestras hijas pudiesen dar en el blanco de la diana de Dios. Nosotros le dimos la bienvenida al ser refinados como plata y oro.

Tony y yo ya no éramos los únicos que trabajábamos duro para ayudar a otras familias, sino que nuestra oración se enfocó en que nuestro hogar entero tocase las vidas de otros hogares. Nosotros deseábamos que nuestras hijas fuesen como bloques de sal que hiciesen que otros tuviesen más sed de él. Rápido nos dimos cuenta de que si nuestro hogar era fuerte, podríamos inspirar a otros hogares con más

éxito. Nuestro paradigma cambió en lo que nos inspiraba al ministerio. En lugar de buscar el ministerio, aceptamos con confianza el hecho de que nosotros *éramos* el ministerio.

Nos deleitábamos en las veces en que el Señor nos llamaba a ministrar como familia. Yo empecé a enseñarles a las niñas a armonizar. Estaba confiada en que, si podían cantar una simple nota, algún día muy cercano podrían cantar notas ricas y exuberantes, capturando sonidos uniformes y que armonizasen con la familia. Lindey continuó con su entrenamiento de ballet clásico y del lenguaje de los signos, al mismo tiempo que aprendía a interpretar y a comunicar el mensaje del evangelio con la música y la danza. Las niñas aprendieron porciones largas de las escrituras, actuando con ellas y compartiéndolas literalmente con miles de personas. Nuestro equipo se había enfocado más en el potencial de trabajar juntos y de crecer en Dios.

Todavía lidiaba con días de frustración entretejida con tristeza por no poder ver, pero pronto me di cuenta de que mi “visión” era aguda. Tener visión en ese entonces se convirtió en la fuerza y la pasión que me guiaban. Estaba vestida de un nuevo sentir de fortaleza y destino. La vida parecía buena, o así pensaba yo.

Una noche muy tarde me encontré a Tony llorando. Él siempre había sido nuestro ancla y fortaleza en cada tormenta. Me preguntaba si algún miembro insensible de la iglesia le había criticado innecesariamente esa semana, o si se había quemado emocionalmente. Cuando le pregunté el por qué de las lágrimas, continuó impreciso y cambió el tema con rapidez. Varias noches después le vi secarse las lágrimas de la cara cuando nos sentábamos a cenar. De

acuerdo, puede que no fuese su comida preferida, pero no había razón para llorar. “¿Por qué lloras?”, le pregunté de nuevo. Una vez más absorbió la tristeza al inclinarnos para orar por la cena. Mi mente y mi corazón estaban intranquilos. ¿Por qué las lágrimas? ¿Por qué ahora?

Capítulo 17

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA SILLA VACÍA

El aire estaba lleno de emoción mientras mis hijas ponían la mesa cuidadosamente, en nuestra sala formal, con toda nuestra vajilla de porcelana. Los eventos de la mañana incluían un desayuno familiar. Los cinco miembros de la familia Mc Williams eran dueños de su propia vajilla de porcelana. La porcelana fina había sido la herramienta que Dios había usado para ayudarme a enseñarles a mis hijas acerca de la pureza.

Yo ya había sacado a cada una de las niñas, por separado, para explicarles cómo su vida era como porcelana fina que el Rey había separado para su tesoro especial. Durante la comida había hablado a cada una de caminar en pureza y guardar su corazón hasta el día que Dios enviase a su hombre de valor. Después de la comida escolté a mi hija a la tienda de porcelana más fina de nuestra ciudad y le pedí que escogiese una taza y un platito de su elección para marcar este evento significativo.

Me quedé impresionada al ver que cada niña escogió la misma marca de porcelana. Sin embargo, cada una seleccionó formas diferentes que expresaban sus personalidades únicas y deliciosas. Le pedí a cada niña que no le dijese a sus hermanas adónde habíamos ido y que no desenvolviese la porcelana hasta un día designado que todavía estaba por ser anunciado. Cada una asintió con una sonrisa de intriga y emoción.

El desayuno especial se llevó a cabo en el día designado, y ahí invité a cada niña a traer su regalo en un envoltorio precioso para que lo abriesen y que todos lo vieses. La mesa estaba arreglada con mi porcelana, la que me había dado mi abuela. Las niñas vinieron a la mesa con sus tesoros preciosos mientras decorábamos la mesa con sus regalos envueltos.

Después del desayuno le pedimos a cada una, empezando por la mayor, que desenvolviese la pieza de porcelana que había seleccionado. Con cada caja que se abría exclamábamos con admiración y contemplábamos los símbolos que representaban sus corazones de pureza. Llené cada taza con té. Les recordamos a nuestras hijas que ellas eran como porcelana fina, apartadas para el servicio especial del Rey. Ellas no eran simples ni ordinarias, sino frágiles y valiosas con ornamentos trabajados y atesorados por él. Tony animó a nuestras doncellas reales a que guardasen sus corazones y sus mentes.

Nuestra costumbre después del desayuno era abrir las escrituras y leer los Salmos. Yo me maravillé cuando mi esposo leyó el capítulo del día: “Señor, tú eres mi porción y mi copa”. No habíamos planeado esta lectura, pero sabíamos que no era coincidencia. Un silencio llenó nuestra mesa, pues éramos conscientes de que el Salvador estaba sentado con nosotros. Nos gozamos al darnos cuenta de que aquél que había concedido vida, ahora nos estaba ayudando a enseñarles a nuestras jóvenes.

A pesar de nuestro gozo, continuaba notando que de vez en cuando venía una tristeza creciente sobre mi esposo. Una noche, después de la cena, lo descubrí pensativo en la

mesa. “¿Qué problema tienes?”, le pregunté. Él permanecía sentado dudando si decirme la verdad, pues había estado evitando este momento. Yo le dije: “Será mejor que me lo digas, porque mi imaginación se está volviendo loca”. Secándose las lágrimas de los ojos me dijo: “Hay sillas vacías en nuestra mesa”. Su respuesta casi me irritó, y le pregunté, “¿Qué quieres decir?” Repitió su respuesta y mi irritación creció. “¿De qué hablas?” Entonces empezó a contarme que durante meses había estado teniendo un deseo muy grande de tener más hijos, pero tenía miedo de mi reacción. Él me conocía bien, y le contesté, “Si lo que te preocupa son las sillas vacías en nuestra mesa, entonces las sacaré a ver si se te cura la tristeza”.

Me sentí acorralada en un rincón que no me gustaba. Recordé la insistencia del doctor para que dejásemos de tener hijos por el alto riesgo que corría cada bebé y por el peligro de perder más de mi vista con cada embarazo. Había recibido bien los informes y el consejo del doctor, y mi vientre estaba cerrado, y también lo estaban mi mente y mi corazón. Después de todo, yo no creía que fuese justo que Dios se uniese a mi esposo en un asunto que tuviese que ver con mi cuerpo. A pesar de que yo nunca habría cambiado nuestro curso y mis hijos eran mi tesoro máspreciado, no estaba interesada en poner mi vida en peligro una vez más. En mi mente la conversación había terminado y el tema estaba cerrado por el resto de nuestro matrimonio. Reté a Tony a que disfrutase de nuestras tres hijas milagro y se contentase. Al fin y al cabo Dios sabía el riesgo que suponía tener más hijos, ¿no?

Cuanto más se enternecía el corazón de mi esposo, más se endurecía el mío. Él me había sorprendido con su deseo, y

yo estaba llena de temor. Me sentía justificada porque, al fin y al cabo, había pagado un precio muy alto al dar a luz. Sin embargo oré: “Dios, si realmente eres tú, entonces también debes cambiar mi corazón”.

En mi temor justifiqué el levantar un muro entre mi esposo y Dios, y yo. Sentí que se habían confabulado en contra mía. Nuestras vidas iban como antes en muchos aspectos, o al menos eso intentaba fingir yo. Las niñas ocupaban nuestros días y yo continuaba sirviendo como la esposa del pastor. Mi esposo se lamentaba en privado, y oraba para que el Señor contestase su deseo sorprendente de tener más hijos.

Tony nunca intentó convencerme a cambiar de opinión, pero Dios me aseguró suavemente que podía descansar en confianza. No estoy segura de cuándo exactamente abrí mi mente y mi corazón al Salvador. Ya le había encomendado a él mi vida, pero una noche dije en voz alta: “Padre, confío en ti”. Yo sabía que había dos seres a quienes amaba y en quienes confiaba—mi Salvador y mi esposo. Me decidí a ser una Sara de nuestros tiempos y a seguir voluntariamente. Mis pensamientos eran: “Si muero confiando en Dios y en mi esposo, aún así estaré en buenas manos”. Yo, enterrada bajo mi temor y los informes del doctor, también quería más niños. Una noche le dije a mi esposo que le confiaba mi vida específicamente a él y a Dios. Estaba dispuesta a querer.

Aunque habíamos decidido tener más hijos, todavía teníamos algunos obstáculos obvios. Habíamos escuchado el consejo de los doctores años atrás, y mi esposo había tomado las medidas quirúrgicas necesarias para evitar

cualquier posibilidad de tener más bebés en nuestro hogar. Me preguntaba cómo resolveríamos este problema.

Tony encontró una lista de doctores que llevaban a cabo cirugía de reversiva, pero el precio era alto. Una vez más enfrentábamos lo que parecía una situación imposible. Decidimos escoger un doctor y simplemente pedirle el dinero al Señor. Al fin y al cabo, si esto era algo a lo que él nos estaba guiando, también lo sería su provisión. Tony se sintió inclinado hacia un doctor en particular en Texas. A mí me parecía ridículo, pues había otro doctor que hacía el mismo tipo de cirugía a sólo tres horas, en lugar de veintidós. Consultamos a los dos, pero Tony sintió fuertemente que debería usar el doctor en Texas. Una vez más le pedimos al Señor que hiciese un camino donde parecía no haberlo.

En tan sólo unos días abrimos el correo y sacamos un cheque del IRS por la cantidad exacta de dinero que necesitábamos para la cirugía. Yo empecé a saltar de alegría por la provisión tan rápida del Señor. También sentí su confirmación a lo que otros podrían ver como una búsqueda peligrosa e innecesaria. Mi esposo no compartía mi emoción., diciéndome, “Gail, el IRS ha cometido un error en nuestra devolución de impuestos”. No me lo podía creer. “¿Qué quieres decir?” Él me explicó que el IRS había calculado mal su paga de pastor y sus deducciones ministeriales, y que debíamos poner el dinero en nuestra cuenta de ahorros hasta que supiésemos con seguridad que lo podíamos gastar. Inmediatamente llamó a nuestra contable y ella nos confirmó que Tony tenía razón, y que debíamos devolver el dinero. Yo no podía creer el desarrollo de los acontecimientos.

Unos meses después recibí una llamada para hablar en una conferencia en California. Esta era la segunda invitación que recibía para ministrar en el California Central. Ya había dicho que, si alguna vez me volvían a pedir que hablase allí, quería ir en coche y usar el viaje como una excursión especial para nuestras hijas que se educaban en casa. Hice los arreglos con la iglesia que me invitó para que me enviaran el dinero de mi pasaje de avión y lo usaríamos para gasolina. Planeamos un viaje de tres semanas con ministerio en medio. Ya que viajábamos a lo ancho del país, decidimos que una parada en Texas sería factible, aunque eran doce horas fuera de la ruta. Hicimos preparativos para ver la costa Oeste y luego detenernos en el camino de regreso para mantener nuestra cita con el doctor que había elegido Tony para la cirugía. El viaje estuvo lleno de grandes recuerdos y excursiones maravillosas. El Gran Cañón, Yosemite, la Bahía de San Francisco y otros parajes famosos llenaron los días en que no estábamos ministrando.

Después de dos semanas conduciendo, viendo parajes y dando presentaciones ministeriales, por fin llegamos a Texas, cerca de San Antonio. Los cinco fuimos a la clínica, pues animaban a las familias a ir todos juntos. Los niños esperaban en una sala especial con un video que tenía la misma duración que la cirugía. Cuando el doctor vino a hablar con nosotros, nos preguntó si podía tomarnos una foto diciendo, “Este nuevo bebé va a necesitar una buena familia”. Todos sonreímos, excepto mi esposo que estaba nervioso. Entonces el doctor me pidió que acompañase a mi esposo a la sala de cirugía. ¡Guau! Esto era un cambio en

los acontecimientos. Normalmente él era el que me escoltaba a mí a la mesa de operaciones.

Las niñas estaban contentas en su cine privado, y yo me dirigí con la enfermera a la sala de operaciones. Tony se sentía cómodo porque la medicación ya estaba haciendo efecto. Mi estómago ahora se sentía mal. A mí también me habrían venido bien unas cuantas drogas. Sin embargo, la iluminación suave y la música cristiana melodiosa en la habitación creaban un ambiente calmado. Alguien me pidió que me sentase junto a la cabeza de mi esposo para darle apoyo y observar el monitor. ¿Se había olvidado alguien de recordarle al doctor que yo tenía problemas visuales? Fingí mirar al monitor mientras escuchaba cada sonido. La cirugía empezó con mi esposo adormecido. El doctor era amable y hablábamos mientras él trabajaba en el hombre a quien yo amaba. Durante nuestra conversación me dijo que acababan de operarle el ojo. “Madre mía”, pensé, “Dos ratones ciegos intentando restaurar las tuberías originales de mi esposo”. En ese momento, el monitor que estaba mirando hizo sonar una alarma, un tono monótono como el que había escuchado en los dramas médicos en televisión. Me preguntaba si a continuación alguien estaría gritando “código azul”. ¿Me había perdido alguna notificación importante en el monitor y ahora mi esposo estaba muerto? Le grité a la enfermera diciendo: “¡Ayuda! Algo anda muy mal”. Ni el doctor ni la enfermera contestaron inmediatamente, pues estaban ocupados cortando y cosiendo. Enseguida me aseguraron que el monitor estaba funcionando mal y que todo estaba bien. Pero yo no estaba bien. Yo estaba nerviosa y lista para que me devolviesen a mi esposo. El doctor tenía esperanzas, pero dijo que llevaría un tiempo ver si la cirugía funcionaba.

Tony empezó a moverse mientras lo llevaban a una sala de recuperación. Como si hubiese estado cronometrado, la película de mis hijas terminó al mismo tiempo que la cirugía de mi esposo. Yo estaba pálida y tuve que sentarme por un momento. Asombrosamente, en una hora todos estábamos celebrando en un McDonalds de aquella ciudad pequeña del suroeste. Era el noveno cumpleaños de Lindey. La esposa del cirujano vino con nosotros, ya que nos habíamos hecho amigos durante toda la correspondencia que habíamos mantenido. Esa tarde fuimos al Álamo. Era de entender que los pasos de Tony eran más lentos que los nuestros, pero él también vio los lugares con nosotros e intentó añadir información histórica a la excursión escolar de nuestras estudiantes. Ese día de marzo lleno de eventos, estudiamos la ciencia y la historia.

Al cabo de tres cortos meses ya esperábamos un bebé. Dos cirugías habían tenido éxito—la de Tony y la del ojo del cirujano. Nuestro bebé, resultado de aquella cirugía, estaba en camino.

Capítulo 18

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA PÉRDIDA

Habíamos obedecido, y aunque lo que habíamos hecho podría parecer ridículo para algunos, habíamos abierto nuestras vidas a recibir un niño más. Al ponernos en contacto con el corazón del Padre vimos el fruto de nuestra decisión.

Algunas de las mejores memorias de nuestra paternidad son de ese momento de nuestras vidas. Nuestras hijas siguieron nuestra dirección al entrenarlas en el carácter, en la educación en casa y en la búsqueda de Dios. Teníamos sus corazones y ellas tenían el nuestro.

Yo siempre he disfrutado guardando recuerdos, encontrando maneras únicas de disfrutar el viaje. Una noche planeé una salida especial. Las niñas tenían que contestar adivinanzas con la promesa de una acampada al final.

Una pista nos llevó a un parque cercano, y después a una heladería. La pista siguiente era más difícil, ya que nos llevó al lado de la ciudad en el que una vez vivió Abraham Lincoln, junto al río Sangamon. Visitamos su pequeña cabaña y hablamos de su diligencia y ética de trabajo mientras Dios lo preparaba para ser un líder. Antes de empezar a caminar hacia el coche, las niñas ya habían averiguado nuestra próxima pista que nos llevaría a jugar a mini golf junto al lago.

Cuando nos dirigíamos hacia nuestro destino por la carretera de montaña, Tony divisó una casa con el tejado en llamas. De repente fuimos carretera abajo a toda velocidad. No me podía imaginar por qué de repente tenía tanta prisa para jugar a golf. “¿Qué haces?” Él exclamó que nos dirigíamos hacia una casa en llamas para ver si los residentes se habían dado cuenta de que estaban en peligro.

En cuanto llegamos a la granja, Tony saltó del coche y corrió hacia la casa en llamas. Observábamos con temor cómo golpeaba la puerta gritando, “¿Hay alguien aquí? ¿Hay alguien en casa?” Intentó derribar la puerta sin éxito. Desafortunadamente, lo que parecía fácil en una película de Hollywood era muy diferente en la vida real. Las mujeres mirábamos sentadas en el coche nuestra propia película de drama intenso y horror.

Sabiendo que no tenía mucho tiempo, Tony corrió hacia el frente de la casa. Esa puerta no estaba cerrada con llave, pero como esa entrada no se usaba, había un sofá que bloqueaba el paso. Tony forzó la puerta y de un golpe la abrió, y se apresuró hacia el interior de la casa en llamas, gritando a cualquiera que necesitase ser rescatado. Mientras tanto, las niñas lloraban de miedo y yo oraba fervientemente. Desde nuestro asiento en primera fila podíamos ver el fuego descender por un lado de la casa, y éste se extendía con rapidez. “¡Tony, date prisa!” Grité. Nadie escuchó nuestros gritos.

Tony no encontró a nadie en la casa, pero sabía que el fuego consumiría la casa entera y su contenido si no se hacía algo. Localizó un teléfono en la cocina y marcó 911. La operadora del servicio de emergencia le pidió una

dirección con calma. Tony empezó a rebuscar en un montón de correo que encontró, y pudo darle la dirección y la ruta rural. Entonces la mujer puso a Tony en espera. ¿Qué parte de “la casa se está quemando” no había entendido?

Cuando regresó, la mujer le dijo nerviosamente a Tony que saliese de la casa. Las niñas y yo gritamos con alivio en cuanto vimos a nuestro superman. Saliendo de la casa a toda prisa, Tony corrió para encontrar algún tipo de manguera. Desafortunadamente, la única fuente de agua que se pudo encontrar fue un abrevadero para cerdos con una cubeta oxidada cerca de él. Tomando la cubeta empezó a sacar agua y a lanzarla sobre la casa en llamas. Desde su nueva posición, esta operación de rescate de un solo hombre permitió descubrir la causa de las llamas. Un cable eléctrico se había desconectado de su lugar en la casa y, sin lugar a dudas, había iniciado el fuego. Las niñas y yo orábamos para que Tony regresase al coche. Cuando él vio que había una bombona de gas propano cerca de la casa, saltó al coche para poner a salvo a su familia horrorizada. Un asiento en la fila de atrás para este drama continuo era un cambio bienvenido.

Escuchamos las sirenas de los camiones de bomberos, y sabíamos que el maíz alto y maduro de los campos haría difícil que nos encontrasen. Nos paramos en medio de la carretera, haciéndoles señales. En cuestión de minutos, una multitud de gente había venido a ayudar, así como los residentes que habían sido avisados del fuego. Sacaron los muebles y pertenencias de la casa que ahora solo echaba humo. El fuego había sido extinguido. Cuando nos íbamos,

una de las niñas dijo: “Mami, ¿Esto también lo planeaste tú?”

Más tarde escuchamos que el fuego se reavivó por la noche, y la casa se derribó. Gracias a los intentos heroicos de Tony, las pertenencias del dueño estaban a salvo, y también todo su ganado.

Por fin pudimos continuar la búsqueda de nuestro tesoro. La última pista nos llevó a nuestro lugar de acampada para la noche. Habíamos rodeado el condado tratando de hacer memorias para toda una vida, para llegar a la entrada de nuestra propia casa. Confundidas, las niñas dijeron, “Pensábamos que íbamos de acampada”. Se habían olvidado de que antes de haber salido en nuestra aventura yo había corrido hacia el interior de la casa a por “una cosa más”. En la casa yo había colocado sacos de dormir en el suelo de la sala familiar. Traje las sillas del comedor y puse colchas encima de ellas para construir tiendas de campaña, y añadí linternas y velas para un efecto total de nuestra acampada safari. Nuestro campamento para esa noche ya estaba listo. Mi búsqueda del tesoro tuvo un final inolvidable. Lo que sí era seguro es que el papá de las niñas era un héroe ante sus ojos.

Tony también se había convertido en un héroe más grande en mi vida. Su fe e incansable obediencia a Dios me motivaron a seguir su ejemplo. A medida que crecía nuestra confianza en Dios, mi vientre empezó a crecer con una nueva vida. Decidimos esperar al final de mi primer trimestre antes de contarles las buenas noticias a nuestra congregación, pues para entonces el bebé ya estaría seguramente colocado y creciendo. Sabíamos que se

quedarían en shock porque todos pensaban que nuestra familia estaba completa. Después de todo, Anna tenía trece años, Lindey nueve y Holly siete. Como nuestra familia solía cantar junta, creamos una canción en la que, como gran final, gritábamos “¡Y vamos a tener un bebé!” Fue una producción conmovedora, pero la congregación se quedó sentada en silencio, atónita de escuchar nuestras noticias. Finalmente, un aplauso nervioso rompió el silencio. Estábamos tan emocionados que ni notamos a los escépticos.

Unos días después de nuestro anuncio me asusté, pues empecé a sangrar y a sentir dolores. “¿Cómo podía ser esto?”, pensé. Ya habíamos pagado el precio de este niño precioso y deseado. Los doctores me indicaron que hiciese reposo absoluto en cama, y yo accedí.

No podía soportar estar completamente quieta en la cama, esperando no dañar a mi bebé que, sin haber nacido aún, se encontraba en peligro. Yo le suplicaba, “Por favor, agárrate bien a mí”.

Una tarde clamé al Señor: “Jesús, te necesito cerca de mí”. Las palabras no pueden explicar completamente lo que ocurrió a continuación. Literalmente sentí que unas manos entraban en mi estómago y en mi vientre. Estas salieron con la misma rapidez con la que habían entrado. Empecé a adorar al Señor, pues sabía que debían ser sus manos. El Gran Médico había acudido a esta llamada urgente, y él había tocado a mi bebé que todavía no había nacido. Me llené de esperanza.

Sin embargo, en cuestión de horas el sangrado y el dolor habían aumentado de manera significativa. Tony y yo salimos rápidamente hacia el hospital. Mis padres se habían mudado a tres horas de distancia de nosotros, en el norte, así que llamamos a una amiga para que cuidase de nuestras hijas mientras dormían.

Una vez más, Tony condujo por la carretera tan familiar para nosotros, hacia el hospital de alto riesgo. Yo permanecí tumbada en la parte trasera del vehículo con toallas que absorbiesen la sangre. Esto no era lo que esperábamos. Dios había puesto en nosotros dos el deseo de tener más hijos, y aún así volvíamos a enfrentarnos con la muerte una vez más.

Fui examinada en la sala de urgencias, y para cuando llegó el doctor yo estaba en la camilla con un dolor insoportable. Él no era mi obstetra principal, pero nos habíamos conocido en la oficina. Era un hombre cristiano, y normalmente amable, pero esa noche no. Entró en la habitación visiblemente enojado y me regañó por esperar tanto tiempo. Yo me levanté para tratar de sentarme y le pregunté directamente: “Doctor, ¿ha venido para condenarme o para ayudarme?” Mientras yo permanecía tumbada en la camilla empapada de sangre, él me respondió: “Sí, le voy a ayudar”.

El resto todavía es una nube y no recuerdo bien el momento en que me llevaron al quirófano para hacerme un raspado uterino. Los únicos que sabían de nuestra crisis de media noche eran la directora de nuestra escuela y la joven que estaba cuidando a nuestras hijas. Yo le había pedido específicamente a la directora que no notificase a mis

padres hasta la mañana siguiente porque no quería que se preocupasen. Ella accedió, pero no cumplió con su palabra. Cuando nos dirigíamos al hospital llamó por teléfono a mis padres. Ellos salieron inmediatamente para encontrarse con nosotros.

Después de la cirugía, horas antes del amanecer, ya era libre del sangrado y del dolor, pero el dolor de mi corazón solamente acababa de empezar. Me recosté en la cama sollozando, intentando encontrarle sentido al viaje del año anterior y al seguir la dirección del Señor. Mientras lloraba sentí una mano suave sobre mi hombro. Yo sabía que era mi madre. Qué bueno era tenerla a mi lado mientras yo buscaba consuelo a tientas. Tony estaba sentado en silencio, también buscando respuestas a tientas. Si Tony no se sentía culpable todavía, los demás le hacían sentirse responsable. Al fin y al cabo le culpaban a él por la decisión que había tomado de tener más hijos.

Tan solo unas horas después de mi cirugía Tony regresó a predicar en nuestra iglesia. Él era un hombre quebrantado que en ese momento se presentaba transparente frente a su congregación. ¿No hacía apenas una semana que había compartido nuestras buenas noticias? Qué triste era dar estas noticias de gran pérdida.

Nunca entenderé a la gente y su insensibilidad en momentos de dolor. Algunas familias habían decidido que iban a irse de la iglesia para iniciar su propia iglesia, y éstas eligieron notificarle a Tony sus planes después de esa reunión. Nuestro dolor solo acababa de empezar.

En menos de 24 horas regresé vacía a mi casa. La pérdida de nuestro bebé y la noticia de que algunos miembros de la iglesia se marchaban me deprimieron. A pesar de todo aquello por lo que había pasado, nunca había probado una derrota como esta. Había perdido la esperanza. Había perdido la visión. Había perdido el respeto por la gente. Había perdido la fuerza para volver a levantarme y luchar. Había perdido tiempo con las niñas. Ni siquiera recuerdo a quienes les importaban. También había perdido mi deseo de obedecer a Dios. ¿Iba a ser este el resultado de nuestra obediencia a él? Me sentía perdida.

Mi único consuelo era pensar en aquellas manos amorosas que habían entrado en mi vientre la tarde anterior. Medité en ese momento especial. Ahora sabía que el Señor mismo había acompañado a mi bebé a Su hogar perfecto. No puedo explicar qué había ocurrido aquella tarde; sin embargo, sí sabía que él había venido. Con el tiempo volvería a confiar plenamente en él; pero por ahora mi corazón roto estaba dormido para poder sobrevivir al dolor y la pérdida tan profundos.

Capítulo 19

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA DEPRESIÓN

Los días siguieron llenos de melancolía. Ni en sueños nos habíamos imaginado que nuestra obediencia fuese a llevarnos al dolor de corazón. Buscaba respuestas para entender por qué habíamos perdido a nuestro bebé. Nunca habríamos deseado tener más hijos si el Padre no nos hubiese dado ese deseo. Él conocía el riesgo con toda seguridad. La cirugía de Tony había ido perfectamente y un bebé milagro estaba en camino. ¿Qué había ocurrido?

La gente intentaba decir cosas de ánimo, esperando que pudiese pasar rápidamente por los diferentes estados de dolor. Yo no podía consolar a mi esposo porque tampoco podía consolarme a mí misma. Sabía que tres jovencitas me necesitaban, pero no podía tomar control de la vida ni dar pasos hacia adelante porque había decidido sentarme. Ya no quería preocuparme más.

Me sentía traicionada. ¿Qué clase de esposo pondría a su esposa en tal peligro físico y emocional? También me sentía traicionada por mi propio cuerpo al sufrir la presión de saber que mi reloj biológico se estaba quedando sin horas. ¿Acaso quería más hijos? Ni siquiera podía ver las caras de las hijas que ya tenía. Más que cualquier otra dificultad era el sentimiento pesado de que Dios me había traicionado. Mi vida había estado fundada en amarle a él y en querer agradarle a él. Ahora me preguntaba por qué habíamos llegado hasta el precio y la molestia de tener otro hijo para al final perderlo.

Como no podía contestar estas preguntas, me enfoqué en otra traición. ¿Qué clase de gente abandonaría la iglesia y a nosotros en medio de esta tragedia personal? Al fin y al cabo habíamos estado al lado de ellos en medio de sus propias crisis una vez tras otra. Estaba resentida con estas personas. Nuestra escuela cristiana era más fuerte que la iglesia que la había fundado. En el pasado me había preguntado por qué tantas esposas de líderes parecían tan desligadas, solitarias y con una alambrada alrededor de sus corazones, con un letrero bien grande que leía— “¡Prohibido el paso!” Ahora lo entendía. Todo lo que amaba lo mantuve a una distancia y aprendí a enmascarar el dolor profundo ocupándome con varias actividades en la iglesia y en nuestra escuela cristiana. Mi alma estaba llena de oscuridad.

Ocho meses después de la pérdida de nuestro bebé, Tony y yo volamos a Texas para asistir a una conferencia de pastores en San Antonio. En nuestro vuelo de conexión a Chicago nos asignaron asientos separados, y fui sola todo el camino. Dentro de mi corazón gritaba más fuerte que los motores del avión. “Dios, yo te amo, pero a tu gente no la puedo soportar”. Inmediatamente oí su respuesta: “Entonces tenemos un problema”. Inmediatamente me di cuenta de que no estaba en armonía con Dios, el Creador del universo. De repente fui consciente de mi vulnerabilidad en el pequeño avión y recuerdo pensar: “Señor, ¿podemos hablar de ello cuando lleguemos a tierra?” Pero aún en tierra no estaba lista para hablar.

El viaje fue medicina para nosotros. La conferencia la organizó una de las iglesias más grandes en San Antonio, y a ella asistieron doscientos líderes pastorales de toda la

nación. Nuestros mentores personales y amigos de Georgia estaban entre los oradores, y estábamos ansiosos por recibir sus abrazos y su ánimo. Ellos no nos decepcionaron. La conferencia fue diseñada por un personal brillante que reconocía que los pastores no necesitan asistir a seminarios todo el día, sino disfrutar de salidas y descanso.

Allí fue donde mi corazón empezó a lidiar con lo central de mi dolor enmascarado. Yo deseaba volver al caminar íntimo que una vez tuve con mi Dios. La vida sin él estaba vacía. Lo había sustituido a él con el pensamiento tonto de que yo podía gobernar mis propios asuntos y controlar mi vida. En mi intento por no sentir dolor ni arriesgarme con los demás, había arrancado el cordón umbilical de la fuente de mi vida.

Cada día de la conferencia me rodeaban personas que me hacían interesarme de nuevo por las cosas. En medio de la risa, la diversión, la inspiración, y las conversaciones honestas, me di cuenta de que mi habilidad de confiar estaba creciendo.

Una tarde en particular, después de pasar al frente para recibir oración al cierre de una de las sesiones, el pastor principal le dijo a Tony: “En Dios no puedes fallar”. Una y otra vez le repitió lo mismo mientras Tony se quebrantaba. Luego vino hacia mí y, mientras clamaba el nombre del Señor sobre mi vida, yo lloraba desde mi interior más secreto. Un dolor que había estado muy arraigado salió a la superficie. Estuve llorando durante casi una hora y liberé todo lo que había reprimido, mientras que camaradas amorosos me sostenían en sus brazos. Mi alma y mi corazón quedaron limpios de odio, amargura y desilusión.

Tomé la decisión de confiar en el Maestro de mi vida sin importar lo que pudiese o no pudiese entender. Yo le pertenecía a él y no había nadie en la vida en quien pudiese confiar más. Sólo él era Dios y mis tiempos estaban en sus manos. Rendí mi corazón y lo dejé plenamente bajo su cuidado.

Nuestro Padre Dios no nos había fallado; nosotros tampoco le habíamos fallado a él. Recordábamos a Abraham y a su hijo Isaac. Abraham había esperado toda una vida a su hijo prometido. Sin embargo, cuando Dios le pidió a Abraham que sacrificase la vida de Isaac, él nunca titubeó, sabiendo que el Señor proveería. Yo decidí en mi corazón que el que prometió es fiel. Se hizo evidente que el gozo no se encontraba solamente en el resultado final, sino en obedecer la voz del Padre. Nosotros le íbamos a obedecer primero y después entenderíamos. Yo sabía que la obediencia era más grande que cualquier sacrificio.

Más tarde esa noche, los doscientos cenamos en el River Walk. La obra de mi Padre quedó sellada con música, risa y comunión. Él había reparado mi corazón.

La depresión había sido reemplazada por una confianza nueva. Un versículo que traspasaba mis pensamientos era: “¿Por qué te abates, oh alma mía...? Espera en Dios”. Una vez más, él era mi refugio y mi fortaleza. Su punto de vista alcanzaba más lejos que el mío. Yo sólo podía ver las sombras, pero él veía el camino iluminado. Él no solo podía ver lo inmediato, sino también veía el principio desde el final.

Dejé mi depresión en algún lugar de Texas, a los pies de la cruz. Para mi gran asombro, Dios mismo había ocultado una sorpresa que marcaría nuestros corazones renovados. El regalo debía abrirse después de llegar a casa, escogido a mano por Dios. Estábamos embarazados.

Capítulo 20

VIENDO MÁS ALLÁ DEL DOLOR

Siempre he dicho que para tener un bebé McWilliams hace falta un equipo. Las innumerables visitas médicas, los exámenes, especialistas y decisiones difíciles nos habían unido a algunas de las mejores personas de este mundo. Dos hombres de entre esas personas habían invitado a nuestra familia a adorar con ellos durante las vacaciones de Navidad. Todos mis doctores eran católicos y abiertos a la vida. Pasamos una nochebuena muy especial en nuestra primera misa con ellos. Yo pensé que sería una nueva experiencia y un recuerdo para la familia, y además me interesaba por sus vidas.

Mi obstetra estaba tocando la guitarra durante la adoración contemporánea, y mi endocrinólogo estaba sentado unas filas más adelante de nosotros. Sin lugar a dudas, éramos los únicos protestantes de la fila de atrás. Mis hijas estaban fascinadas con los bancos para arrodillarse, y se pasaron todo el servicio intentando arrodillarse. Tony estaba sentado en un extremo y yo en el otro, y teníamos a las niñas entre los dos.

Al mismo tiempo que mi vista había disminuido, mis otros sentidos se habían afinado más. Durante el servicio ocurrió algo que me avergonzó mucho. Sentí un olor que me alarmó, y le susurré a la niña que estaba sentada a mi lado: “Dile a las demás que le digan a tu papá que algo se está quemando”. Coloqué la mano en mi bolso y en mi abrigo, lista para salir corriendo en caso necesario. Con susurros fuertes las niñas me informaron: “Mamá, es incienso”.

Como me había imaginado, todos aprendimos algo de cómo adoraban nuestros amigos católicos—Yo seguro que lo aprendí. Cuando salimos de la catedral, vimos que estaba nevando, y se había creado una escena pintoresca de postal de Navidad. Con tan solo dos semanas más de embarazo perfecto y sin complicaciones, declaré en voz alta: “¡Esta es una vida maravillosa!” Pronto llegaría nuestra cuarta hija.

Dos semanas después de Navidad, un equipo conocido se reunió a mi alrededor en el hospital, mientras esperaba el nacimiento de un nuevo capítulo. Una enfermera me dijo que me sentase y me inclinase todo lo que pudiese. Esto era difícil, pues mi vientre era muy grande con una niña pequeñita a punto de nacer y hacer su debut. Doblar me hasta la cintura parecía casi imposible. El anestesista esperó impacientemente, ansioso por colocar su aguja y el tubo de la epidural en la parte inferior de mi espalda.

Yo estaba muy familiarizada con el procedimiento de la cesárea. En unos momentos me medicarían para no sentir el cuchillo afilado en las manos hábiles del doctor. El cirujano que presidía era el cuarto obstetra del fiel equipo médico que había cuidado de mí durante más de once años. Nos habíamos hecho cercanos a nuestros doctores como resultado de todo el cuidado especializado y de las visitas frecuentes. Todos estaban esforzándose para que pudiésemos tener otro bebé milagro. El doctor y su esposa estaban esperando un bebé más o menos durante el mismo tiempo; sin embargo, íbamos diez años por delante de ellos.

Finalmente me indicaron que me tumbase mientras todo el mundo tomaba su posición en el quirófano ese martes por la mañana en enero. Tony se sentó a mi cabecera mientras

me conectaban los cables del sonido. Me colocaron una máscara de oxígeno en la cara y me ataron a la mesa. Ambos brazos estaban unidos a unas tablas con unos monitores esenciales conectados a ellos. Yo estudiaba el techo mientras escuchaba las múltiples instrucciones del equipo. Sin embargo parecía que algo no andaba bien.

El doctor me preguntó si estaba dormida, pero yo todavía podía sentir sus manos en mi vientre. Me ayudaron a sentarme y el anestesista colocó otra aguja en mi espalda. Esto ocurrió cuatro veces hasta que la medicación hizo efecto. Más tarde me dijeron que no solo me inyectaron anestesia epidural, sino también anestesia espinal.

En cuestión de minutos sacaron a nuestra cuarta hija de mi vientre, haciendo que mis pulmones se pudiesen expandir y me permitiesen respirar con facilidad una vez más. Inmediatamente escuché un pequeño llanto de nuestro regalo más reciente. Ella estaba sana y normal con una puntuación APGAR perfecta.

Mientras escuchaba la actividad precipitada de los que cuidaban a nuestra recién nacida, yo sabía que había esperado suficiente. “Algo anda mal”, les dije. “¡Ya he pasado por esto antes y mi espalda no debería dolerme así!” Nadie me contestaba, así que una vez más dije: “Algo no anda bien en mi espalda; puedo sentirlo todo”. Ya que sólo podía mirar al techo, no podía ver al equipo médico mirarse los unos a los otros. Las enfermeras sabían que yo no debía sentir nada de dolor. De hecho, la alegría de que te hagan una cesárea y de tener un buen anestesista es tener la cantidad correcta de medicina para evitar las horas más dolorosas y poder disfrutar los primeros momentos con tu

bebé. Yo nunca había tenido el privilegio de sostener en mis brazos a mis recién nacidas, pues siempre nos separaban precipitadamente para que el equipo médico pudiese cuidarse de nuestros problemas.

A pesar del dolor increíble en mi espalda, me llevaron a recuperación. Luego, para mi gran sorpresa, la enfermera trajo a mi nuevo fardo milagro y calurosamente dijo: “Felicidades, Mamá. ¡Es preciosa!” Yo olvidé el dolor terrible de mi espalda al tener en mis brazos a la única bebé que me habían permitido sostener inmediatamente después de dar a luz. Mi pequeña descansaba tranquilamente en mis brazos, contentándose con acurrucarse mientras le cantaba: “Tú Eres Mi Luz del Sol, Mi Única Luz del Sol”. Las enfermeras bajaban la voz mientras yo cantaba, y muchas se acercaban a darme las gracias por el concierto privado y por un momento tan memorable. Cuando tuve en mis brazos a mi nuevo gozo, el dolor de toda pérdida del pasado se borró de mi mente. Sin embargo, mi espalda me recordó durante muchos meses que esta niña había llegado con un precio muy alto.

La llamamos Lydia Ellison, un nombre que me gustaba mucho. El nombre Lydia era de las escrituras. Lydia era una vendedora de púrpura y la primera en convertirse al evangelio en Europa. En la Biblia, Lydia usó su influencia y sus finanzas para ayudar en el trabajo del Apóstol Pablo y en la misión por Cristo. Por su nombre, y en representación de aquella vendedora de púrpura, no hubo duda del color que elegimos para nuestra pequeña Lydia. Ella tenía mantas, pijamas, chupetes y lazos de color morado. Cuando llegamos a casa había globos de color morado alrededor del porche y un oso de tamaño real de color morado en la

puerta delantera dándole la bienvenida a nuestra Lady Lydia a la hermandad femenina. Yo anuncié que en unos años nuestra hija tendría su propio puesto de refrescos y vendería refresco morado a los vecinos.

El nombre Ellison era el nombre de sir de mi abuelo. Él también fue el primer convertido en su familia. En su lecho de muerte se ganó a sus amigos vecinos para el Señor Jesucristo. Nosotros estábamos cosechando el fruto de sus decisiones ahora, cuatro generaciones más tarde. Nuestra Lydia fue comisionada como bebé para tener la fe que indicaba su nombre y vivir para Cristo, haciendo una diferencia en su generación. Con razón no me sorprendí cuando Lydia, con cuatro años de edad, preguntó si podía llevarles Biblias a todos los vecinos. Ella quería que conociesen a Jesús.

Yo estaba muy apegada a Lydia y raramente dejaba que las enfermeras se la llevaran. Recuerdo muy bien la primera tarde después de nacer, cuando ella estaba en mis brazos y yo le cantaba suavemente. Tony y yo estábamos sorprendidos al ver cómo se volteaba para mirarme. Estiró la cabeza e intentó enfocarse como diciendo: “¿Así eres, mamá? Reconozco tu voz”. Tony y yo enseguida creamos lazos con nuestra bebé fruto de la operación de Tony, la cual supuestamente nunca debió haber nacido. Los dos sentíamos satisfacción, y el fruto de la obediencia hizo que valiese la pena esperar.

Mi espalda seguía sufriendo espasmos dolorosos. Las enfermeras me confiaron el secreto de que se corría el rumor de que el anestésico había cometido un error y había ido sin cuidado con mi espalda durante la cesárea.

Desafortunadamente, dijeron ellas, yo fui una de las muchas víctimas que dejó que este hombre siguiese así sin consecuencias. Las enfermeras que observaron lo que ocurrió me animaron a que hablase, y lo hice. Cada medicina que me daban para el dolor era inútil. Finalmente, la mujer que me cuidaba vino con un plan no muy ortodoxo que funcionó. Muy tarde esa noche, me trajo una toalla húmeda escondida dentro de un cubo de basura. Ella la había calentado en el microondas para que tuviese vapor y la colocó en mi espalda para ayudar a disminuir el dolor. Me advirtió que no dejase que los doctores viesan el tratamiento. Yo estaba agradecida por cualquier alivio al dolor constante que sentía. Todavía estaba convencida de que algo había ido muy mal con la medicación, así que insistí en ver al anestesista.

El equipo médico siempre me ha considerado una paciente cumplidora. Yo coopero y hago lo que me dicen de buena gana. Por lo tanto, el que un médico “experto” pareciese no escuchar mi queja me resultaba muy irritante. El desdén del anestesista hacia las mujeres, así como su mala educación, eran impresionantes. Él me hizo una receta precipitadamente, pero me dijo que mis síntomas eran sicosomáticos y que debía enfocarme en mi bebé. Me sentí incapaz de luchar porque él era el que llevaba la bata blanca.

Recibí la medicina para el dolor que él había ordenado y, en cuestión de horas me encontraba hablándoles a personas que no existían. Veía arañas subiendo por las paredes, y casi no reconocía a mi marido que no se había separado de mi lado. A pesar de los intrusos invisibles que solamente yo podía ver, mi espalda seguía doliéndome y latiendo. El

latrocinio de todo esto era que apenas podía experimentar el gozo de mi bebé.

Por fin llegó la mañana en que nos dieron el alta del hospital a Lydia y a mí. Fue un día histórico que todo el estado recordaría, ya que la temperatura de frío del viento era de cincuenta y un grados BAJO cero. Lady Lydia estaba cubierta de capas de color morado y esperábamos nuestro taxi en equipo. La noche anterior al nacimiento de Lydia nos regalaron una van Ford Château nueva. Era preciosa y tenía suficiente espacio para todas las chicas de Tony. Esa mañana de invierno la nieve cubría el suelo y la vida estaba congelada. Los hombres del tiempo advirtieron que nadie saliese excepto en caso de emergencia. Nosotros estábamos dispuestos a dejar el calor del hospital para que nuestra familia pudiese estar junta. Nunca entenderé porqué rehusé la pastilla para el dolor y el relajante para los músculos que me ofrecieron las enfermeras para mi espalda. Cuando llegamos a nuestra casa, como una hora después, sentía un dolor horrible. Recuerdo que entré por la puerta y le entregué la bebé a mi madre que había venido a ayudarme. Las otras niñas miraban a su hermanita. Mi madre y Tony me ordenaron que me fuese a la cama, y ellos cuidarían de nuestra recién llegada. Ese se convirtió en el procedimiento de los meses siguientes. Yo sólo cargaba a Lydia cuando tenía que darle de comer. El resto del tiempo tenía que tomar número y esperar en la fila como todos los demás para poder tener en brazos a nuestro regalo tan esperado. Esta bebé estaba a punto de tener demasiadas mamás.

Me parece extraño cómo el mundo tiene ideas preconcebidas acerca de la vida y de las familias. Mi madre

había lamentado el hecho de que ella y papá probablemente nunca llegarían a conocer a Lydia de la misma manera que a las otras niñas porque ellos eran más mayores. Lydia ya es una joven adulta y mis padres todavía viven. Otros lamentaron que, debido a la gran diferencia de edad, las niñas mayores no podrían llegar a conocer a su hermanita. ¡Tonterías! Ellas han sido una parte integral del equipo al criar a Lydia, y todas las hermanas se llevan bien entre sí. Los lazos familiares se expresan en los valores que se abrazan en la vida. Nosotros le dimos a la vida familiar un papel prioritario, y nuestra cercanía no estaba en nuestras edades ni en nuestros intereses comunes, sino en el hecho de que Dios había puesto un destino y un llamado en cada una de nuestras vidas. Éramos una familia que los doctores habían dicho que nunca existiría.

Ahora todas las sillas alrededor de nuestra mesa estaban ocupadas. Cada uno tomamos nuestro lugar en nuestra primera cena juntos. Lydia se sentó con nosotros en su porta bebé, mientras que mi madre servía el menú tradicional de bienvenida a la casa: —Carne horneada y puré de patatas de la abuela. Dios había sido bueno con nuestra familia. Mi esposo se sentó a la mesa con sus hijas, como Felipe en la Biblia. Las hijas de Felipe estaban en contacto con el corazón de su Dios, y ellas hablaron proféticamente en su generación. El proceso de formación de nuestras hijas al estilo palacio era más deseado que nunca. Nosotros sabíamos que íbamos a necesitar la mano del Gran Arquitecto y sus planes para llevar esto a cabo con éxito en los días y en los años venideros.

Capítulo 21

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA RISA

¿Alcanza la oración de un niño el oído del Padre? ¿Qué pasa si eres inconsciente de lo que ellos están pidiendo? Pues bien, yo soy prueba viviente de que aún un niño puede buscar el corazón del Padre así como expresar su propio deseo.

La vida había llegado a una rutina manejable con más que suficientes “madres” en el montón. Yo tenía que lanzar recordatorios semanales de quién era la madre original de nuestra pequeña, Lydia. Ella tenía mayor estatus que una mascota familiar y, por supuesto, era más real que una muñeca para sus hermanas que vigilaban cada uno de sus movimientos. Las niñas soltaban sus muñecas y tomaban a Lydia en sus brazos para tener un entrenamiento prematuro en maternidad. El gozo más grande es que estaban haciendo un trabajo espléndido. En aquel momento Anna tenía catorce años, Lindey diez y Holly nueve.

No estoy segura de qué fue lo que me llevó a pensar en más hijos, porque yo estaba segura de que Lydia había sido la última; posiblemente fueron las náuseas que sentí una mañana. Nunca había experimentado náuseas por las mañanas con ninguna de mis hijas; de hecho, cuando estaba embarazada me sentía mejor que nunca, y me sentía más entusiasmada por cuidarme porque alguien más dependía de mí. Sin embargo, no me estaba sintiendo muy bien por las mañanas y mis náuseas ya eran algo diario.

Una mañana temprano, decidí descubrir clandestinamente si había alguna posibilidad de que estuviese nuevamente embarazada. Había planeado hacerme una prueba adicional que contestase la pregunta que me perseguía. El único problema es que yo no quería que mi esposo se enterase. Faltaban dos meses para su cumpleaños, y como mi idioma del amor son los regalos, pensé que esto sería un regalo sorpresa perfecto, si lo agarraba sentado.

Me encontré a Lindey en el pasillo de arriba y le pedí que fuese mi cómplice. Necesitaba más ojos para poder averiguar esta sorpresa. La cara de Lindey se iluminó al ver que la prueba daba positivo claramente, mostrando que estaba embarazada una vez más. Ahora se sentía libre de compartir su propio secreto conmigo. “Mamá, he estado orando durante meses por un hermanito”. Sonriendo, pero con más náuseas cada vez, le contesté: “¿No deberías habérmelo advertido antes?” Dios había escuchado sus oraciones por un bebé; sin embargo, las posibilidades de un niño eran de pocas a ninguna.

Lindey y yo hicimos el pacto de no contarle a nadie nuestro secreto. Nuestro plan iba a la perfección hasta tres semanas después de descubrir el embarazo, cuando empecé a sangrar con señales de una pérdida. Todos los demás estaban en la cama, y Lindey y yo nos reunimos en el pasillo para hablar y orar. Lindey se sentó con las rodillas dobladas y con la cabeza entre sus brazos, y empezó a llorar. Sentada en el suelo, junto a mi pequeña guerrera de oración, me incliné hacia ella y la abracé. “Lindey, Dios ha contestado tus oraciones hasta este momento. Vamos a pedirle que mantenga este bebé a salvo”. Oramos juntas, de acuerdo en que Dios podía hacer lo imposible. Me sentía

tentada a contarle a Tony el secreto que le habíamos ocultado, pero al mismo tiempo esperaba que esta fuese una sorpresa más grande de Victoria si solamente pudiésemos aguantar. Así que Lindey y yo esperamos.

Una tarde en mi habitación estaba escuchando la radio y una canción capturó mi corazón. Era una vieja canción espiritual, “Si él cuida de las aves”. Estas palabras refrescaron mi corazón ansioso. “Jesús es mi fortaleza, mi fiel amigo es él. Si él cuida de las aves, cuidará también de mí”. Mi corazón fue consolado y nuestra palabra en código secreto para el niño en riesgo sería “Gorrión”. Asombrosamente, durante las semanas siguientes esa canción estuvo sonando en la radio constantemente. Era una versión antigua y no estaba en la lista de las diez mejores canciones del momento, pero Dios se había convertido en el gerente del programa, una vez más con el tema “Confía en mí”.

A finales del verano Tony y yo hicimos un viaje con algunos socios a una conferencia en el Sureste. Los cuarenta compartimos un autobús de muy poco espacio que habíamos alquilado. Yo sentí dolores todo el camino y el sangrado regresó. Mi mente me decía que debía contarle la batalla a Tony, pero mi corazón me decía que esperase un poco más. Sólo faltaban tres semanas para su cumpleaños. Al fin y al cabo, yo no tenía nada más que regalarle. Cuando miro hacia atrás no me explico cómo pude guardar mi secreto, pues tenía miedo y me sentía miserable, pero también estaba decidida a seguir con mi sorpresa. El sangrado cesó, y yo supe que nuestro “Gorrión” estaba en las manos del Salvador.

Cuando regresamos a casa llamé al doctor y le conté mis síntomas. Entonces le pedí a una amiga que me llevase al hospital para que me hiciesen una prueba oficial de embarazo, y los resultados fueron positivos. Le pedí al personal del hospital que llamasen a mi esposo y le diesen los resultados. Les conté el secreto que mi hija y yo habíamos estado guardando y la sorpresa de cumpleaños. Ellos se unieron al proyecto con sonrisas y dispuestos a ayudar. Así que, en su cuarenta cumpleaños, mi esposo recibió la llamada: “Señor McWilliams, le llamamos del hospital para notificarle que su esposa está oficialmente embarazada una vez más”. Tony contestó: “¿En serio?” mientras buscaba una silla donde sentarse. Valió la pena esperar para ver ese gozo y sorpresa.

El ponerle nombre a este bebé fue un proyecto en grupo, pues intentábamos encontrar el nombre correcto. Buscamos en la Biblia, en libros de nombres, en diccionarios y en cualquier lugar que nos diese ideas. Nuestro mayor reto era intentar encontrar otro nombre de niña; pero también buscamos uno de niño, por si acaso. Como familia también decidimos que no se lo íbamos a contar a nadie más hasta que el embarazo no se pudiese esconder más. Así que, durante el invierno llevaba muchos trajes con chaqueta y suéteres sueltos. Pudimos esconder nuestro secreto familiar hasta el último trimestre. Fue una bendición doble, pues así no tuvimos que soportar los temores de los demás, y cuando la voz empezó a correrse, ya las semanas pasaron rápido.

Nuestro régimen familiar empezó cuando regresamos a todos aquellos especialistas. Mi obstetra pensó que había regresado para que me hiciesen una prueba anual, hasta que

se dio cuenta de mi gran sonrisa. Nos encontramos cara a cara en el pasillo. En shock, movió la cabeza con incredulidad y dijo, “¿Otra vez?” a lo que yo respondí, “Sí, estamos embarazados, ¿y usted?” Él contestó, “Sí, nosotros también”. Luego dijo, “Vamos a hablar en mi oficina”.

Como todos mis bebés habían sido un alto riesgo, me habían hecho muchos exámenes y ecografías. Con mi quinto bebé la ecografía era especialmente importante para mí. Mis doctores y técnicos de laboratorio pensaron que tenía demasiada curiosidad, pero yo les expliqué que esto era algo muy importante. Si por cualquier motivo este bebé era niño, tendríamos que volver a decorar toda nuestra casa. Nuestra casa estaba acostumbrada a las niñas, y los colores y los lazos lo demostraban en casi todas las habitaciones. Ningún hijo “hombre” iba a ser sujeto a este horror hasta que se hubiese unido firmemente a su propia identidad masculina. Todos se rieron de mí, pero yo estaba hablando muy en serio.

En la última ecografía que me habían concertado, yo insistí en quedarme hasta que averiguásemos cuál era el sexo de este bebé. La doctora se esforzó mucho para satisfacer mi petición, pero no tuvo éxito. Cuando estaba a punto de darse por vencida, ella dijo: “¿Por qué no te colocas de costado mirando hacia la pared? Tal vez esta posición nos ayude a resolver el misterio”. Hasta el momento, nuestro bebé se había mantenido escondido y bastante modesto.

En cuestión de tiempo, y con gran diligencia, la técnica encontró el tesoro escondido. Tumbada de espaldas al monitor y mirando hacia la pared, observé a mi esposo mirar intencionadamente a la pantalla. Abruptamente

exclamó: “Ahí está, tan grande como la vida”. En ese momento, la cara de mi esposo mostró una de las expresiones más suaves, nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Yo exclamé, “¿Está segura?” Ella nos dijo que en toda su carrera solamente se había equivocado un 1%, y que estaba segura. ¡Íbamos a tener un niño! Casi no podíamos creer los resultados. Un niño McWilliams.

Tuvimos que regresar a la sala de espera hasta que el doctor pudiese vernos. Sin habla y atolondrados, intentamos absorber las noticias. “¿Un niño? No puedo creer que sea un niño”. Cuando entramos en la concurrida sala de espera y buscamos un asiento disponible, las dos únicas sillas que quedaban estaban la una en el lado opuesto de la otra. Sin esperarlo los dos empezamos a reírnos. Sin duda alguna éramos los más viejos en la sala. Nos reímos como Sara, la esposa de Abraham, cuando los ángeles le dijeron que iba a concebir un hijo en su vejez. No podíamos dejar de reír. Hubo un momento en que Tony se puso una revista delante de la cara, y yo hice lo mismo, pero nuestros hombros seguían moviéndose con la risa. Un niño.

Pronto se esparció la noticia de que los McWilliams iban a tener su primer niño. La gente preguntaba, “¿Estuvieron teniendo hijas hasta conseguir el niño?” Otros suspiraban y decían, “Muy bien, ahora que ya tienen a su niño ya pueden dejar de tener hijos”. Muchos no se podían imaginar cómo alguien podría querer una familia grande en una sociedad como la nuestra. Para mí, todos esos comentarios eran parciales y venían de una mentalidad mundana. Yo me encontraba inundada con situaciones que me hacían defender nuestra “elección” de tener una familia del tamaño

que fuese. ¿Por qué eran los bebés una amenaza tan grande para la cultura?

Mi preocupación por la casa y su decoración se convirtió en una tontería. En su misericordia y generosidad, Dios nos había dado una casa diferente, más grande y con más tierras, diez días después de que naciese Connor. Yo estaba viendo un patrón. Antes de que Lydia naciese nos regalaron una van, y ahora teníamos una casa milagro cerca de la fecha del nacimiento de Connor. Dios había premiado nuestra decisión de escoger la vida. La vida y la bendición habían llegado a nuestro hogar.

Connor Edison nació en Viernes Santo, el día que comenzaba la temporada de primavera del baseball. Con razón este es su deporte preferido. El embarazo, el parto, la estancia en el hospital y el hacer espacio para nuestro pequeño fue exactamente como lo habíamos planeado. Connor llegó a casa del hospital vestido con un traje chaqueta de pijama, listo para conocer a todas las damas de su vida. Lo recibieron con su primer regalo, una pelota.

Anteriormente le habíamos pedido a nuestro doctor que no circuncidase a nuestro jovencito hasta el octavo día. Él nos miró con asombro y nos preguntó, “¿También son ustedes judíos?” No, pero nos pareció correcto seguir el plan antiguo. Siguiendo nuestra petición, el doctor reservó una habitación quirúrgica privada para la primera celebración ceremonial de Connor el octavo día después de nacer. Cuando entramos en la unidad quirúrgica nuestro doctor católico nos saludó con un “Mazel Tov”. Nosotros le habíamos traído una bolsa de eneldo kosher, panes y queso crema. Todos nos reímos, excepto Connor. Mientras los

dos hombres trataban de consolarle, ellos sabían que él pronto iba a olvidar el dolor de ese momento. Yo ya me había ausentado, pues era algo demasiado traumático para esta nueva mamá.

Tener un hijo también era algo excepcional para la familia McWilliams, ya que él era el único nieto del lado de mi esposo. Aún cuando él era muy pequeño empezamos a llamarle “Hombre Connor”, esperando que fortaleciese su hombría en medio de todo el rosa y los lazos. Antes de que naciese siempre había sido parcial con las niñas, y mis propias hijas eran mis mejores amigas. Las niñas parecían ser más tranquilas y capaces de permanecer quietas. Sin embargo, no me llevó mucho tiempo el abrazar el hecho de que los niños están siendo entrenados para ser hombres de valor que pueden ser llamados para nadar, escalar el muro y matar al dragón. A mí me era fácil hacer espacio para los dos géneros, y me encantaba el chocolate que Dios había untado en nuestro pastel ya dulce de por sí. De hecho, con la ayuda del Señor yo ya le había dado a mi esposo un regalo de cumpleaños inolvidable que se haría más valioso con el pasar de los años.

Capítulo 22

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA DECEPCIÓN

Durante nuestros peregrinajes a los doctores, a los estudiantes de medicina y a los gurús de la investigación, me encontré con un especialista de la retina muy hábil. Desde el momento en que él entró en la sala de exámenes me gustó, pues me recordó a mi hermano. En las paredes de la sala de exámenes de sus pacientes tenía colgadas las historias de sus cirugías oculares exitosas que habían dejado atónita a la comunidad médica. Cuando el doctor entró en la sala y nos saludamos, se me ocurrió decirle: “Hey, Doc, vamos a hacer más historia juntos y añadir otro testimonio a la pared de su oficina”. En ese momento se creó un lazo entre nosotros. Después de haberme examinado y de haber estudiado mi historial médico, me dio su diagnóstico. Con ternura colocó su mano sobre mi brazo y dijo: “Lo siento Gail; has caído en cada grieta del desarrollo y la investigación médica. Estás más allá de lo que se puede tratar en este momento”. Con gran decepción buscaba a tientas el consuelo del Gran Médico.

Más tarde ese otoño, accedí a una cirugía efectuada por otro especialista de la retina de muy alto rango, pues el doctor que yo tanto apreciaba me lo había recomendado. La esperanza y el objetivo era salvar uno de mis ojos de una ceguera mayor. Estuve agonizando por semanas, luchando en contra de la indecisión y el temor al no saber cuál sería la mejor decisión a largo plazo. ¿Iba a seguir por el mismo camino esperando el toque milagroso de mi Salvador o iba a confiar en las manos del cirujano guiadas por Él? Ambas elecciones parecían arriesgadas, y ninguna venía con

garantías. Sentía aprensión a la cirugía porque sabía que esta iba a cambiar mi vida, al menos por un tiempo. Regresaría de la operación con parches en los ojos, lo cual significaría ceguera total hasta que me permitiesen sacármelos. Mi alma buscaba, haciendo cada pregunta difícil que encontraba y preguntándose cuál sería la mejor respuesta.

Nos decidimos por la cirugía y agendamos una mañana temprano en Chicago, varios días antes del día de Acción de Gracias. Antes de salir de casa les pedí a mis hijos que se pusiesen en fila en nuestra sala familiar, por orden de nacimiento. De pie frente a ellos puse cada cara entre mis manos, estudiando sus expresiones y su belleza. Yo sabía que debía imprimir sus caras en mi mente y en mi corazón por si acaso nunca los volvía a “ver”. Yo sabía que mi corazón nunca podría olvidarse. El dolor de ese momento, junto con el temor del posible fracaso de la cirugía, me hicieron detenerme para abrazar cada una de las vidas que Dios me había regalado.

Pasamos la noche con unos amigos en Chicago para poder estar temprano en el hospital. Yo estudiaba cada árbol, cada coche, cada persona y objeto que veía mientras viajábamos y al entrar en la sala de preparación para la operación. Una vez más, mi confianza residía en el que había hecho los ojos para ver. Mientras esperaba a las manos hábiles de mi doctor, intentaba calmarme escuchando las escrituras en mi CD. Pronto me quedé inconsciente, y en cuestión de minutos estaba profundamente dormida.

Después de cuatro horas de cirugía intensa y complicada, escuché al doctor gritar mi nombre. Recuerdo que me sentí como si estuviese en la cueva más oscura y negra, habiendo

resucitado lentamente de mi sueño eterno. Era como ser levantada del abismo oscuro y regresar una vez más a mi cuerpo, totalmente conectada con el reloj de la vida. ¿Dónde había estado y qué me habían hecho?

Segundos después de que me llamaron de vuelta a la realidad, me dieron la vuelta y me dejaron descansar sobre mi estómago, y me dijeron que no me moviese de esa posición. Me habían colocado una burbuja de gas en el ojo y las instrucciones eran que me quedase tumbada cara abajo por los próximos veintiún días. No me hicieron promesas ni celebraciones de que la cirugía hubiese tenido éxito. Tendríamos que esperar.

El doctor dijo que la operación fue algo parecido a intentar sacar chicle de un Kleenex y esperar que no se hubiese perdido nada. Llevaba parches en los ojos y unos lentes oscuros. En casa tenía que tumbarme en el suelo cara abajo. Una amiga me trajo un regalo muy práctico y amoroso, hecho de lana de oveja, donde podía apoyar la cara sin correr el riesgo de que ésta fuese dañada por la alfombra. Otras amigas me traían comida, pero yo no me podía sentar a comer o a hablar con ellas. Qué humillante era que todo el mundo hablase a mis espaldas.

Yo utilizaba una plataforma que reposaba a centímetros del suelo, para mantener mi cara en posición plana. Así es como estuve, no solo mientras estaba despierta, sino también cuando dormía. Esta sería mi posición constante por tres semanas; hasta entonces no sabría si la cirugía había tenido éxito. Reflexionaba en Daniel, el del Antiguo Testamento, y su clamor por veintiún días pidiendo ayuda, así como yo cuando Anna se encontraba en la unidad

neonatal de cuidados intensivos, el mismo número de días. El Señor le dijo a Daniel, “te contesté el primer día de tu oración, pero hicieron falta veintiún días para que llegase la respuesta”. Una vez más pude identificarme con la espera de Daniel, y mi vida de oración se hizo más intensa al estar postrada ante el Señor.

Las fiestas llegaron en medio de este panorama. Al principio rechazamos la idea de hacer una cena especial de Acción de Gracias; sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que teníamos mucho por lo que estar agradecidos y un hogar para compartir con otros. El día de Acción de Gracias tuvimos veinte personas alrededor de nuestra mesa. Las niñas mayores hicieron tartas caseras mientras que las otras ayudaban a preparar el pavo y los platos tradicionales. A mí me dieron permiso para sentarme en una silla junto a la mesa, siempre y cuando mi cara estuviese descansando en la plataforma que parecía un guante de baseball. Alrededor de la mesa nos acompañaban cuatro familias, cada una con sus propias historias. Un conductor borracho había matado a los padres de mi hermana adoptiva cuando ésta era niña; una familia se encontraba en transición, y se iban a mudar de un estado a otro; la otra pareja estaba retirada—y nuestra familia. Yo observé algo: “Hoy tenemos al huérfano, al que no tiene hogar, al anciano y al ciego dando gracias juntos”. Fue un día de Acción de Gracias memorable, y juntos meditábamos en la bondad del Señor, a pesar de las circunstancias de cada uno. Aún teníamos vida y nos teníamos el uno al otro.

Antes de orar, dirigí a todos en una canción, “Dad gracias a nuestro Dios, dad gracias de corazón, a aquél que nos ha dado a Jesús el Señor. Y ahora, diga el débil fuerte soy,

diga el pobre rico soy, por lo que el Señor ha hecho por nosotros... dad gracias.

A los veintiún días me dejaron levantar la cabeza. Mis esperanzas eran grandes. El mismo día que me permitieron levantar la cabeza, mis hijas y yo teníamos un concierto. Tuvieron que ayudarme a subir al escenario, pero canté con todo mi corazón. Mi pasión por servir a Jesucristo no había cambiado nada. Mis ojos estaban cubiertos con parches y llevaba gafas oscuras, pero todavía me quedaba aliento para proclamar su amor y bondad. Tenía una determinación santa de usar todas mis pérdidas para su ganancia.

A pesar de mi esperanza, la cirugía y otras dos cosas fueron una decepción. De hecho me habían lanzado a una mayor pérdida de vista. Sentada en la silla de examinación, escuchando a mi cirujano explicar mi condición, las lágrimas me caían una vez más. Los informes de mis ojos estaban colgados en vano mientras yo me imaginaba lo que sería ver a la perfección.

En lugar de esto, cuando el doctor resumió su trabajo y mi futuro, proclamando, “No hay esperanzas de que vuelvas a ver”. Yo le contesté, “No, doctor, se equivoca. Siempre hay esperanza”. Él nos deseó buena suerte, y nuestra visita se terminó.

Una vez más me había enfrentado con un médico que había resumido mi vida a su conveniencia y había puesto en sus informes el sello “Sin esperanza”. Me llenaba de ira el pensar que alguien pudiese intentar quitarle la esperanza a otro. Yo pensé: “Doctor, la arrogancia de ver solamente lo que usted me puede ofrecer es falta de visión”. “Puede que

parezca que estoy perdiendo esta batalla con mis ojos, pero no me rendiré ni perderé la esperanza”. Esta era mi única salvación en medio de una tormenta feroz.

Me quedaba *algo* de vista después de quitar los parches y las gafas oscuras, pero no hubo un verdadero cambio.

Capítulo 23

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA AMISTAD

Antes de que pudiese decidir cómo hacer espacio para nuestro hijo en la casa de la hermandad femenina, Dios nos dio una morada espaciosa que había estado vacía por nueve meses y estaba lista para recibir nueva vida. Nuestro vendedor de propiedades dijo que la casa no se había vendido porque era demasiado grande y sólo una familia grande se interesaría por ella. “No busques más”, pensé. La casa era un milagro; le vendimos nuestra casa a un comprador que nos dio efectivo, y compramos este nuevo caserío por \$65.000 dólares menos del precio que pedían, diez días después de que naciese Connor. De hecho, nosotros éramos esa familia grande y única, y Dios nos favoreció con una ganga.

Nuestra casa tenía 510 metros cuadrados y estaba situada en casi una hectárea de tierra trabajada, y rodeada de veintiocho robles enormes. Era su propio country club con una gran piscina, una cancha de tenis vallada, canchas de baloncesto y terrazas. Dios usó nuestro “Robles en Fairview” para muchos recuerdos y días de reposo. Organizamos encuentros de todo tipo, retiros, reuniones de líderes, fiestas, e incluso una graduación. Tenía una habitación para fiestas completamente abastecida para cualquier ocasión. Una de las cosas más comunes que se decía de nuestros eventos es que podías llegar a casa de los McWilliams sin conocer a nadie, pero salías con nuevos amigos.

Desde el momento en que adquirimos la propiedad, se la dimos al Señor con total libertad. El gozo de poder bendecir a otros con nuestro nuevo regalo era muy satisfactorio. El placer más grande que yo tenía era pensar en maneras nuevas y divertidas de celebrar la vida y los amigos. Además, una casa con tres refrigeradores industriales requería hospitalidad.

Nuestra primera cena exterior fue una fiesta para celebrar la vida. Invitamos a familias de todo tipo, y teníamos espacio para familias que habían sido bendecidas con más hijos que nosotros.

Algunos retiros de la iglesia se hacían en nuestra casa, con momentos íntimos de compartir y orar, mezclados con risas y palabras de ánimo. Los banquetes de Navidad de la iglesia, las sesiones de planificación, las reuniones de jóvenes y las reuniones espontáneas eran algo normal en nuestra casa. A mí me encantaba tener cualquier razón por la cual hacer una fiesta.

Cada verano nuestras hijas hacían una fiesta de hermanas en la piscina. Hermanas de diferentes familias se mezclaban con otras niñas de edades diferentes, sin excluir a nadie. El recuerdo de aquellos días me hace sonreír aún mientras escribo.

Una de mis reuniones preferidas era la de las madres—una Noche para Mamás cada otoño. Las mamás llegaban a montones. Por lo menos una vez tuvimos sesenta y cinco mujeres en una cena informal que empezó a las 6:00 p.m. Todas salieron refrescadas, y algunas no se fueron hasta las tres de la madrugada. Tony y nuestros hijos, que estaban

escondidos y no estaban invitados a la diversión, dijeron que nunca habían oído tanta risa y tanto hablar. Obviamente estas mamás necesitaban algo de tiempo libre.

Una vez, Tony y yo decidimos organizar un desayuno-comida para algunos de nuestros colegas. Queríamos darles un evento al que nosotros hubiésemos deseado que nos invitasen cuando estábamos pastoreando. Este fue el grupo más difícil de todos, porque doce pastores y sus esposas, procedentes de diferentes trasfondos, llegaron con recelo y con miedo de verse vulnerables. Cuando los invitamos habíamos dejado claro que no había ninguna doble intención ni teníamos un programa planeado; solamente queríamos honrarles por servir al Señor en nuestra ciudad. Nunca había visto a un grupo batallar tanto para recibir un acto de amabilidad.

Nuestros eventos más frecuentes eran fiestas que planeaba en torno a una variedad de temas. Siempre había alguna ocasión para tener gente en la casa. Cuando cualquiera de mis amigas cumplía cuarenta años, celebrábamos para coronarla reina. Esta idea estaba basada en una tarjeta de cumpleaños que recibí una vez, y que decía, “Tú puedes decidir estar encima de la montaña o ser la reina de la montaña”. La tradición empezó, y cumplir cuarenta años adquirió un nivel de distinción real. Una amiga tuvo la buena fortuna de llegar a los cincuenta antes que las demás en nuestro círculo, y la coronamos la “Reina Madre”. Fuese una visita pequeña e íntima de unos pocos o una fiesta grande, no importaba; nuestra casa podía acomodarse a las dos muy fácilmente. Siempre había espacio para añadir a la diversión y a la comunión.

Nuestro evento más grande fue para Anna, nuestra hija mayor. Ella se graduó de la escuela superior después de haber sido educada en la casa la mayor parte de su vida. Yo tuve la visión, no solo de celebrar su graduación, sino también su vida milagrosa. Dieciocho años atrás ella había recibido misericordia cuando los doctores dijeron que no había esperanza. Nuestra hija ahora era la encarnación del versículo que habíamos proclamado sobre ella años atrás en su condición débil: “Anna, no morirás, sino que vivirás, y contarás las obras de JAH”. La gala de graduación declaraba a todos la bondad y la misericordia de Dios.

Durante muchas semanas planeamos y preparamos la ceremonia exterior y la cena con lugar para doscientas personas sentadas en “Los Robles en Fairview”. Montamos nuestro propio equipo de sonido y alquilamos un escenario con luces del Centro Cívico. Pusimos sillas bajo la sombra de las ramas de los robles, como en una boda con un pasillo en el centro.

La gente empezó a llegar al mismo tiempo en que una brisa fresca, fuera de temporada, corría por el exterior y el sol empezaba a buscar el horizonte. Habíamos cortado la hierba de una propiedad vecina que estaba vacía y la habíamos marcado con globos y señales para usarlo como nuestro estacionamiento particular. Las familias llegaban de todos los rincones de la propiedad y buscaban sus asientos. A esta celebración por la vida asistieron desde recién nacidos hasta ancianos de ochenta y cinco años de edad. Todos nos sentamos juntos como una gran familia.

Anna caminó vestida con su gorro y su toga entre los árboles, al son de la canción “Butterfly Kisses”. Parecía

que el Señor mismo la estaba escoltando. Poco rato después, toda la congregación cantó al son de la naturaleza en adoración, “Oh Tu Fidelidad”. Esa noche varios oradores comisionaron a Anna ahora que se hallaba en el umbral de la vida. Unos amigos de Pennsylvania volaron de sorpresa, y otros llegaron en coche de diferentes estados de alrededor. Nuestra familia cantó y el padre y los abuelos de Anna declararon bendición sobre ella. Después se sirvió la cena para los invitados en la terraza. Habíamos transformado nuestra cancha de tenis en la sala de recepción con mesas decoradas de color morado y dorado para nuestros invitados reales. Esa noche entramos en sus atrios con acción de gracias. Desde que se concibió la celebración, yo había querido que esta animase a otras familias a abrazar los caminos de Dios. Él vino a celebrar con nosotros y muchas vidas fueron profundamente tocadas.

A lo largo de los años vinieron a nuestra casa personas desconocidas y amigos. Un domingo mientras ministrábamos en una iglesia, hablé con dos personas de Georgia que eran compañeros de trabajo y se encontraban en nuestra ciudad por cuestión de trabajo. Ellos amaban al Señor y, así como nosotros, estaban de visita esa noche en la iglesia. Por algún motivo me sentí inclinada a invitarles a cenar y, sin dudar aceptaron mi ofrecimiento.

No recordaba haber invitado a unos desconocidos que se encontrasen de paso a cenar a casa; Sin embargo me acordé de un lugar en la Biblia en que los hijos de Israel fueron amonestados para que fuesen amables con los extranjeros, pues ellos sabían lo que era ser extranjeros en una tierra extraña. Luego había otro pensamiento aún más

emocionante que había compartido con mis hijas – la escritura en Hebreos que habla de “hospedar ángeles sin saberlo”. Ya que no estábamos seguros de quienes eran nuestros desconocidos, decidimos servirles como si fuesen reyes.

Las niñas me ayudaron a poner la mesa formal con nuestra vajilla más fina. La cocina desprendía un aroma invitador mientras preparábamos una cena completa para nuestros visitantes misteriosos. La noche se llenó de conversación a medida que íbamos conociendo más a nuestros nuevos amigos y escuchábamos las historias de cómo llegaron a conocer a Cristo. El conocerle a él había ablandado todos nuestros corazones mientras pasábamos las horas compartiendo y riendo.

Luego les hice señas a las niñas para que me ayudasen en la cocina a servir el postre. Una de mis hijas cerró la puerta que había entre el comedor y la cocina para que pudiésemos hablar en privado. Todas susurraron, “Bueno, ¿son ángeles o no?” Yo sonreí, encogí los hombros y dije, “Quizás nunca lo sepamos”. Ningún otro huésped nuestro ha sido tan observado. Después de cenar todos jugamos a volleyball, seguimos hablando y les cantamos. Antes de que se fuesen, nuestra familia declaró la bendición de Números 6, “Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz”. Mientras nos abrazábamos despidiéndonos, se hizo evidente que habían llegado unos desconocidos pero se marchaban unos amigos.

Una vez organicé un banquete inusual para seis de mis queridas amigas. Lo que me encantaba en particular de este grupo de mujeres era su diversidad. Todas adorábamos en diferentes congregaciones, pero nuestro lazo en común era Jesucristo. El grupo estaba formado por una profesora de inglés de universidad, una abogada, una directora de coro de universidad, una enfermera, la esposa de un psicólogo y la esposa de un pastor.

Les había enviado una invitación especial para asistir a una “Cita a Ciegas”. Ya que acababa de recuperarme de un año de cirugías oculares, pensé que esto les mostraría a mis amigas dónde me encontraba yo en ese momento. Ellas se metieron en mis zapatos de una manera tangible en esa comida.

Una invitada en particular nos sorprendió a todas viniendo completamente disfrazada de monja. Perpleja y riéndome le pregunté qué estaba haciendo. Ella nos dijo que se había prometido a sí misma que antes de salir a una cita a ciegas se hacía monja. Todas nos reímos histéricamente antes de que la luz disminuyese para mis amigas.

Después que todas hubieron llegado, les vendaron los ojos a mis invitadas. Probablemente yo fui la que más disfruté de ese momento. Mis hijas nos servían, y se mantenían ocupadas porque todas necesitábamos ayuda para sentarnos en la mesa formal que estaba preparada con platos de porcelana y copas. Para mis hijas, este banquete fue la tarea más entretenida que habían tenido jamás. Algunas de mis invitadas comieron con las manos, y otras se sentían inseguras de hacer cualquier otro movimiento. Pronto tuve que enseñarles que, aún cuando eres ciega, debes usar

modales. El ruido de los tenedores golpeando partes de los platos donde no había comida me hacía reír, y mientras, ellas se concentraban en encontrar la comida. Al final mis invitadas empezaron a adaptarse a sus nuevos retos. Sin embargo me di cuenta de algo extraño. Cuando las mujeres conversaban con sus ojos vendados, yo podía oír que tenían sus cabezas inclinadas hacia abajo. Yo le pregunté a la amiga que estaba junto a mí, “¿Por qué no levantas la cabeza?” Ella y las demás habían tomado una postura en la que permitieron que su nueva carga afectase hacia dónde miraban en lugar de levantar la cabeza en medio de la adversidad. Ellas comentaron cómo yo hacía parecer que podía ver con normalidad, y pronto se dieron cuenta de que yo había escogido ver. Era obvio que sólo la misericordia y la gracia de Dios me habían ayudado a hacer que una prueba pareciera manejable.

Después del postre mis invitadas especiales pidieron permiso para sacarse las vendas de los ojos. Todas suspiraron aliviadas a medida que sus ojos se ajustaban a la luz. Los suspiros pronto se convirtieron en risas que aumentaban a medida que mirábamos alrededor de la mesa. Nuestra monja impostora se quejaba de un dolor de cabeza repentino, pronto se quitó la prenda que cubría su cabeza y se frotaba las marcas que le había dejado en la frente. Unas cuantas deberían haber llevado baberos además de las vendas en los ojos, pues se les había caído la comida por todas partes. Aún nos reímos más cuando nos dimos cuenta de que una de mis invitadas de honor tenía postre de chocolate debajo de las uñas. Si la esposa del psicólogo hubiese traído con ella a su esposo para observar nuestro encuentro, estoy segura de que se le habrían abierto los ojos.

Un fenómeno extraño ocurrió de manera simultánea. Después de los suspiros, las risas y el alivio de poder ver de nuevo, algunas en la mesa empezaron a llorar mientras permanecíamos sentadas en silencio. El camino por el que habíamos viajado se separaba ahora, pues se daban cuenta de que yo no me podía quitar mi venda. Nuestra amistad alcanzó un nivel más profundo de amor a causa de su atenta voluntad de entender mi pérdida. Yo las amé a todas por ese momento tan tierno. Permanecimos sentadas en silencio y las lágrimas me quemaban las mejillas mientras yo enterraba la cara en mi servilleta. El Dios de consuelo y misericordia tendría que guiarme a partir de ahí.

Capítulo 24

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA MISERICORDIA

No todos los días había una razón por la que celebrar. Nuestra familia también disfrutaba la libertad de dispersarse y encontrar un espacio privado. Nuestras pequeñas tenían sus habitaciones cerca de la de Tony y yo en el primer piso, y las mayores ocupaban las del piso de arriba.

Nuestro jardín ofrecía más que el parque de al lado, pero Lydia y Connor eran demasiado pequeños como para apreciar los beneficios de tener su parque privado. Sin embargo, lo encontré de mucha ayuda, pues yo usaba el cancha de tenis, que estaba cercada, como un gran parque de juego. Montaban en bicicleta, se divertían con sus juguetes de exterior, corrían y jugaban a la pelota mientras yo me sentaba en un banco, y me sentía segura. No podía imaginarme el estar en un área no restringida y abierta, teniendo que vigilarlos con mi vista disminuida. Siempre fue cuestionable quién vigilaba a quién. Dios en su misericordia cuidaba fielmente de todos nosotros, y ello se hizo muy evidente una primavera en particular.

Una tarde Tony se encontraba trabajando en su oficina en el extremo Este de la casa, y Lydia estaba jugando en su habitación. De repente, sin razón aparente, Lydia dejó de jugar con sus juguetes y, rápidamente salió pasando junto a su padre. Salió usando la puerta de la oficina para salir a la

terrazza lateral y, en cuestión de segundos, abrió la gran puerta negra de hierro. La puerta, que era tres veces más grande que ella, no detuvo el paso de esta pequeña de cuatro años, pues ella iba a una misión de rescate que nadie podría ver hasta más tarde. Su camino llevaba a la terraza trasera que rodeaba la piscina, y también a la terraza de abajo que estaba junto a la cancha de tenis. Cuando dobló la esquina, ella sólo podía ver la parte de arriba de la cabeza de Connor dentro de la piscina. El agua de la piscina estaba sucia porque acababa de empezar la primavera. Unos momentos antes, Connor se había agachado para tocar unas hojas de roble que flotaban en el agua y, estirándose demasiado, se resbaló y cayó al agua sin que nadie se diese cuenta. Lydia empezó a dar gritos pidiendo ayuda y corrió hacia la piscina. Ella mostró una sabiduría superior a su edad, ya que se tumbó con el estómago en el suelo en el borde de la piscina y estiró los brazos para alcanzar la mano de su hermano, acercándolo a un lado de la piscina. Tony había escuchado sus gritos y había corrido justo a tiempo para ayudar a sacar a salvo al pequeño Connor, que entonces tenía dos años. Sin lugar a dudas, esa tarde Dios usó a Lydia para salvar la vida de Connor.

Días después nuestra ciudad experimentó unas tormentas horribles. Era un lunes por la noche y toda nuestra familia estaba en casa disfrutando una noche tranquila, excepto Lindey, que estaba en la universidad tomando una clase de danza. Tony y Anna estaban trabajando en nuestra gran oficina que estaba rodeada de ventanas con vistas a la propiedad. Lydia y Connor estaban jugando a las casitas con sus muñecos en el comedor, donde no solían jugar. Holly estaba en el cuarto de la lavadora en la parte trasera de la casa, y yo me había ido a dormir temprano porque

estaba muy cansada y sentía frío. En su misericordia, Dios nos había puesto a cada uno en la posición perfecta para la tormenta que iba a sacudir nuestro mundo.

Un rayo golpeó directamente un gran roble que había a un lado de la oficina y de nuestra suite principal. El sonido fue como el de una bomba explotando repetidamente, y el rayo literalmente achicharró el árbol. La corteza externa mojada y la corteza interna seca hicieron una bomba natural que fue casi fatal. Cuando el árbol fue golpeado, éste lanzó un tronco de casi tres metros contra la ventana de la habitación principal, el cual voló literalmente como un misil mortal. Éste entró en el área donde normalmente jugaban los pequeños. Dios los había colocado en una de las áreas más seguras de la casa, lejos del daño causado. La otra habitación segura era el cuarto de la lavadora, donde se encontraba Holly en ese momento. Yo era la que más cerca se encontraba del misil, como a dos metros de distancia, pero tapada y protegida de todo el cristal que saltó en todas direcciones.

Un trozo pequeño pero dañino del árbol fue a parar en el techo de la oficina. Asustada por la explosión inesperada, Anna inmediatamente cayó de rodillas, pensando que unos terroristas nos habían bombardeado. Milagrosamente, ninguno de los cristales en la oficina tenía un rasguño. Otro trozo pequeño de madera del árbol rebotó por encima de una sección de la casa y se dirigió hacia donde teníamos nuestro comedor formal, el cual tenía tres grandes ventanas. Una de las ventanas de tres metros quedó hecha añicos, y el cristal que cayó quedó incrustado en la alfombra y en los muebles. Sorprendentemente, la ventana más cercana al piano quedó intacta.

En aquellos momentos de horror grité el nombre de Jesús, pues temía por las vidas de mi familia. Podía escuchar a Tony buscando a todos y gritando, “¡Fuera de la casa, rápido, huele a humo!” Aterrorizados, pero sin dudar, todos salimos corriendo de la casa. Yo estaba descalza y pisé la alfombra llena de los cristales rotos que se habían desparramado, pero no me corté en ningún lugar. Sin retraso alguno nos juntamos en el porche, y todos estuvimos a salvo. Dios nos había protegido en medio de la tormenta, manteniéndonos seguros y sin sufrir ningún daño.

Los vecinos miraban desde sus porches, intentando averiguar el motivo de la explosión. Dos parejas cercanas a nosotros vinieron a ayudar, y nosotros observábamos, todavía en shock, mientras ellos cubrían las ventanas y recogían cristales por toda la casa. Estaban asombrados, así como nosotros, por la protección misericordiosa del Señor.

Durante los seis meses siguientes nuestra casa recibió un “toque”: un tejado nuevo, alfombras, muebles y pintura. Esto fue un inconveniente terrible, pero estábamos muy agradecidos por la mano protectora de Dios.

Varias semanas después Dios volvió a usar a Lydia para salvar una vida—la mía. La habitación de Lydia no estaba lejos de nuestra habitación principal. Ella se había ido a dormir con un pijama que tenía calcetines y se sentía muy incómoda por el calor. A media noche vino a meterse en nuestra cama, pero la incomodidad de ella despertó a su papá. Cuando Tony se despertó se dio cuenta de que mi respiración no andaba bien. Yo estaba entrando en coma como resultado de un peligroso bajón en el nivel de azúcar

en mi sangre. Tony me dio a beber Coca-Cola inmediatamente y pidió ayuda. Más tarde me enteré de que había luchado agresivamente en contra de todos los intentos que él hacía por ayudarme.

Cuando empecé a recuperar la conciencia, me encontré sentada en un lado de la cama cubierta de Coca-Cola. En ese mismo momento, los bomberos y la brigada de rescate llegó como un rayo, y el sonido de sus botas marchando retumbaba por toda la casa mientras desfilaban hacia nuestra habitación. Tony explicó amablemente: “Gail, he llamado a algunas personas para que nos ayuden”. Inmediatamente recuperé la conciencia y dije: “¡Oh no! ¿Está la casa en condiciones para recibir visita?”

Yo no me acordaba de nada. El rostro de mi esposo todavía mostraba una expresión de temor mientras me contaba todo lo que me había perdido. Días antes me habían puesto una nueva insulina sintética que me afectó y casi me mató. Una vez más, Dios, en su misericordia, usó a nuestra pequeña para salvarme la vida ese sábado por la noche. Lydia, la misma por quien había rendido mi vida para que naciese, ahora había usado su vida para salvar la mía.

Aunque eran como las cuatro de la madrugada cuando los bomberos salieron de la casa, y nuestra noche había sido muy traumática, eso no importó. Aún así ese domingo fuimos a la iglesia muy temprano por la mañana y testificamos de la misericordia de Dios. Esa primavera habíamos pasado por el valle de sombra de muerte sin sufrir daño alguno. Cuando miro hacia atrás, me pregunto por qué vino el ángel de la muerte tres veces esa temporada

a barrer la vida de nuestro precioso hogar. No podía evitar preguntarme también qué más esperaba a esta McFamilia.

Capítulo 25

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA TRANSICIÓN

Ninguno de nosotros podría haberse imaginado lo que venía después para nuestra familia. Nos invitaron a Texas, y nuestra misión era ministrar como familia en la iglesia del campus de una escuela bíblica muy conocida. Nuestra visita coincidió con los días oficiales de visita al campus, y nuestras dos hijas mayores participaron en actividades de reclutamiento. A Anna le encantó la escuela. Yo siempre le había dicho a mi hija mayor: “Cuando te vayas de casa yo me voy contigo”; y así fue. Este compromiso ministerial de fin de semana al final duró seis años.

Esta fue una cita divina. Después de tan solo tres cortos días todos en nuestra familia sabíamos que regresaríamos. Todos teníamos el deseo de seguir a Dios y mudarnos al Suroeste.

Llegamos a nuestra casa en Illinois al atardecer. Como era el día de recogida de la basura en el vecindario, Tony sacó los botes de basura. Entonces regresó al garaje de manera deliberada, rebuscó entre algunos objetos en un rincón, e inmediatamente empezó a amontonar basura en la acera. Este fue el primer paso que tomamos para mudarnos. Nosotros sabíamos que “la fe sin obras es muerta”, y sabíamos que debíamos prepararnos para el cambio que creíamos que estaba sucediendo.

Al regresar de Texas yo había dado instrucciones explícitas de mantener en secreto la propuesta de mudarnos mientras orábamos más acerca de nuestra transición radical. Todos

estuvimos de acuerdo. Al día siguiente nuestra pequeña Lydia regresó a clase; sin embargo, con toda la emoción se dejó la discreción en casa. Después de su ausencia, el director, la maestra y la secretaria de la escuela la saludaron y le preguntaron acerca de su viaje. En voz alta y con emoción les dijo: “Nos mudamos a Texas”. La noticia se corrió y nuestro teléfono estuvo sonando sin parar durante una semana por los curiosos que querían saber más. Me dolía la mandíbula y me salieron llagas en la lengua de hablar tanto por teléfono, contando y volviendo a contar cómo el Señor estaba trabajando en nuestros corazones. Después de veintidós años estábamos dejando nuestra tierra en el Medio Oeste.

En tan solo unos días, la escuela bíblica le ofreció a Tony una posición administrativa. Anna, nuestra hija mayor, se inscribió a clases y aceptó un trabajo a tiempo parcial en el departamento de Admisiones. A Lindey le pidieron ser parte del equipo de danza, y ella y Holly participaron como voluntarias en el campamento de seis semanas para jóvenes. Todos estábamos muy emocionados, y sabíamos que habíamos oído la voz de Dios.

En cuestión de dos meses nos encontrábamos en camino hacia una nueva aventura. Yo me preguntaba cómo el Abraham del Antiguo Testamento habría juntado a su familia, sus hombres, su ganado y todas sus pertenencias para mudarse a una ciudad que “él no conocía” en obediencia a la dirección de Dios. Nosotros nos las arreglamos para meter todo lo que teníamos en un camión de mudanza y un remolque tirado por nuestra van, que también iba cargada hasta el tope, pero sin ganado, gracias a Dios. Cada conductor tenía un walky-talky para usarlo

por el camino. Dos horas después de haber empezado el viaje llegamos a la orilla del gran río Mississippi. Al cruzar de Illinois a Missouri Tony llamó por radio a la tribu que le seguía y les anunció: “Estamos a punto de cruzar nuestro Jordán”. Yo le contesté: “Guíanos, Moisés. Guíanos”. Pusimos nuestra mirada con emoción hacia una tierra llena de promesas.

La provisión de Dios para el viaje fue suficiente, y nuestra confianza estaba puesta plenamente en Aquél que había llamado a nuestra familia. Tres semanas antes de la fecha de nuestra salida habíamos ministrado en una iglesia en el área de St. Louis. Allí nos dieron el honorario más grande que jamás habíamos recibido, y fue la cantidad completa que necesitábamos para mudarnos.

Planeamos vivir temporalmente en el campus de esta escuela que estaba situada en el corazón de la ciudad. Allí estudiaban personas de sesenta y cinco naciones diferentes. Yo estaba convencida de que cualquiera que viviese en este campus multicultural, situado en el corazón de la ciudad, y en un sándwich entre dos autopistas interestatales principales, estaba totalmente equipado para vivir en cualquier lugar del mundo.

Llegamos al centro de este ministerio a media noche. Nuestra caravana había resistido el viaje con éxito. El viaje transcurrió sin ninguna novedad hasta que de repente apareció la salida al campus, y nosotros nos encontrábamos en el carril más lejano a ella. De manera abrupta, nuestro Moisés cruzó seis carriles de autopista a toda velocidad, se metió en la salida, bajó la rampa empinada y se detuvo abruptamente ante un semáforo rojo que apareció de

repente. El resto de la familia le seguía pegada al parachoques con un remolque detrás que iba dando coletazos. En unos minutos llegamos al estacionamiento del campus. Tony, que se oía conmovido, preguntó, “¿Estáis todos bien ahí detrás?” Nuestro silencio fue roto cuando dijo: “Bienvenidos a Dallas todo el mundo”.

El guardia de seguridad que trabajaba en el turno de la noche nos dio la llave de nuestro apartamento “temporal”. La entrada que hicimos en el campus desde la pista de carreras de la autopista nos había bombeado suficiente adrenalina para descargar el remolque esa misma noche. Nadie nos había alertado de que el vecindario urbano a nuestro alrededor también estaba despierto hasta tarde buscando algo de acción. En nuestra inocencia, si estos depredadores nos hubiesen saludado, los habríamos puesto a trabajar mientras llevábamos las cajas a nuestra nueva residencia esa noche de mayo.

Habíamos cambiado nuestra casa de 510 metros cuadrados con casi dos hectáreas por un apartamento urbano de 93 metros cuadrados dentro de un campus con unos letreros que prohibían pisar la hierba. Todo lo que llevábamos en nuestro remolque y en el camión de la mudanza no iba a caber en nuestra pequeña morada y tendríamos que guardarlo todo en un almacén hasta poder encontrar nuestra casa en Texas. Rápidamente calculé que cada persona tendría aproximadamente 13 pies cuadrados de espacio; y por supuesto, este tendría que repartirse con los muebles. Yo reflexionaba que es en los pequeños lugares de la vida donde nos damos cuenta de cuánto carácter tenemos, o no tenemos, en realidad.

Durante los días siguientes experimentamos un shock cultural. Un día las niñas me consolaron diciendo, “Mamá, nosotras pensamos que es mejor que no puedas ver”. Antiguamente la escuela bíblica había estado rodeada por un barrio atractivo, y por unas propiedades de primera entre las colinas y los árboles. A lo largo de los años, el área se rodeó de vecindarios cambiantes con problemas de crimen, drogas, alcohol y pandillas. Nuestro apartamento había sido en un tiempo propiedad del Departamento de Hospedaje y Desarrollo Urbano que la escuela bíblica había comprado y renovado. Una reja alta de hierro creaba un límite delgado entre el vecindario adyacente y nosotros.

Desde que perdí la vista, dependía principalmente del sonido. En nuestra nueva localidad me sentía sobre estimulada. El ruido de la autopista era un sonido de fondo constante que acompañaba a la gente que vivían los unos encima de los otros en apartamentos. Al principio pensé que el ruido de los disparos era de coches con problemas del silenciador. Nadie me había dicho que había pistolas en la ciudad. Nuestras ventanas de fino cristal temblaban por la noche cuando los helicópteros volaban bajo, apenas a unos metros de las copas de los árboles. Sus luces de búsqueda parecían las luces de una discoteca en el cielo, las cuales perseguían a personas que deberían estar en la cama. ¿Estas eran las comunidades valladas de las que la gente se sentía orgullosa en Dallas? Nosotros teníamos una reja, y yo no estaba convencida de que fuese algo de prestigio. Sabíamos con seguridad que habíamos entrado a un mundo diferente cuando vimos un letrero de cartón frente a una tienda que leía, “Neumáticos de Alquiler”. También nos quedamos atónitos de que la gente pudiese comprar pollo y pagar la factura del teléfono en la misma ventanilla desde

su coche. La vida había adquirido una nueva dimensión para esta McFamilia.

A pesar de la comunidad que nos rodeaba, algo de gran valor estaba ocurriendo en el campus. Los estudiantes estaban siendo entrenados para cambiar el mundo con una pasión por la gente de las naciones. Esto había sido demostrado por más de tres décadas, ya que hombres y mujeres habían sido entrenados para ser sal y luz en su generación. Muchos habían sido entrenados para el ministerio expresado en el pastorado, la obra misionera, la adoración, las oportunidades en el mercado de trabajo, en las oficinas gubernamentales clave, y mucho más. No importaba qué cambios enfrentásemos, pues sabíamos que el mudarnos era algo estratégico. Nos sentíamos honrados de estar posicionados entre todos ellos.

Este capítulo en nuestras vidas ya había sido descrito en una obra de literatura clásica—“Era el mejor momento y el peor momento”—todo al mismo tiempo. Por un lado, tuvimos el privilegio de buscar tesoros que la mayoría del mundo todavía tenía que escuchar. El rico depósito de escrituras, viajes misioneros alrededor del mundo, oradores semanales, el trabajo intensivo y la sinergia de aquellos que guiaban con visión y tenacidad eran algunas de aquellas riquezas. Yo reté a mis hijas, que ya tenían edad de ir a la Universidad, para que buscasen los tesoros escondidos que no se encontraban en la superficie. Ellas iban a tener que cavar para encontrarlos. También las animé a hacer amistades que durasen para toda la vida, y no solamente por una temporada. Ellas iban a aprender de algunos de los mejores líderes cristianos del mundo.

Por otro lado, parecía que nos lo habían arrancado todo. Tony y yo nunca habíamos vivido en un apartamento, así que me preguntaba cómo podíamos haber pensado que sería una buena idea ahora que teníamos cinco hijos. Lo que iba a ser un arreglo de hospedaje “temporal” en el campus duró cinco años y cuatro meses. Dios nos colocó en el centro de una actividad constante; no había descanso. Nuestra privacidad estaba limitada y añorábamos el espacio de nuestra propia casa. El aire acondicionado de nuestra van estaba fallando, y el calor del verano era terrible. Nadie sabía nada del ministerio que habíamos establecido en el Medio Oeste y nadie nos conocía; teníamos que empezar desde cero. Nos habían vertido de una vasija pequeña a una vasija más grande, y la caída libre a veces era desconcertante.

Después de nueve semanas, Holly contestó el teléfono una tarde cuando yo no me encontraba en casa. Ella me dio el mensaje de que una estación de radio había llamado diciendo que habíamos ganado algo. Yo me imaginé que serían entradas a un parque acuático, ya que era la temporada alta de verano, o entradas para un concierto. Me quedé atónita cuando los llamé y escuché lo que dijeron: “Su familia ha sido seleccionada como uno de los diez mejores vocalistas cristianos en el área de Dallas”. Yo me preguntaba: “¿De dónde nos conocen?” Un tiempo atrás ese mismo año habíamos sacado al mercado nuestro primer CD de música familiar. Más tarde nos enteramos de que un amigo había puesto nuestro CD en un concurso a nivel ciudad patrocinado por una estación de radio cristiana local. Los ganadores eran presentados en un gran concierto en el Will Rogers Coliseum en Fort Worth. Ese mismo fin de semana, el domingo por la tarde, unos ladrones asaltaron

nuestra van enfrente de la biblioteca en el centro de Dallas. Nos robaron miles de dólares en equipo de sonido, discos y música de fondo que era imposible de reemplazar. Me preguntaba cómo podríamos ganar y perder musicalmente el mismo fin de semana.

Nuestra familia era muy visible en el campus durante nuestra búsqueda de tesoros. Además de la posición administrativa de Tony, le pidieron que enseñase. A menudo nos pedían que cantásemos y la cofundadora de la escuela era una de nuestras fans principales. Hicimos amigos de todas las edades y de muchos países. Abrimos nuestro pequeño apartamento como un centro de hospitalidad para estudiantes, personal y ex alumnos. Las fiestas siempre creaban nuevas oportunidades para invitar a estudiantes nacionales e internacionales que no tenían ningún lugar adonde ir. Un día de Acción de Gracias preparamos dos pavos con todos los acompañamientos para casi cincuenta estudiantes.

Más tarde, durante nuestra estancia extendida, nos permitieron abrir el apartamento vecino, que estaba vacío, tirando abajo la pared que lo dividía del nuestro. Esto añadió un baño y una habitación más y proveyó 75 metros cuadrados más. Antes de ese tiempo, seguíamos pensando que nos mudaríamos pronto; sin embargo nos dimos cuenta de que Dios nos había colocado aquí, en medio de la vida del campus, porque él quería que abriésemos nuestras puertas a los demás; así que decidimos convertir nuestro apartamento en un hogar. Para nuestra tercera Navidad mi hermano nos envió un regalo generoso de Navidad para renovar nuestra residencia en medio de la ciudad. Compramos alfombra, alumbrado, ventiladores de techo,

papel para las paredes y pintura. Nuestra transformación urbana hizo que nos sintiésemos más en casa.

Durante la remodelación, el equipo de mantenimiento trabajó en nuestro apartamento por casi dos meses. Como un acto de agradecimiento invité a todo el equipo a comer. Habíamos creado una mesa para banquete con dos mesas de dos metros y medio, y la gente estaba sentada y de pie por todas partes. Mientras cada trabajador compartía su propia historia de cómo había llegado a la escuela bíblica, supe que teníamos doce naciones alrededor de nuestra mesa. En ese momento me di cuenta de lo ricos que éramos, pues no había suficiente dinero en el mundo que pudiese comprar lo que habíamos encontrado en el campus de Cristo Para las Naciones.

Durante nuestro último otoño en el campus hablé en una reunión para mujeres en una iglesia que tenía una congregación multicultural muy grande, la cual modelaba la unidad en el mundo. En la audiencia se encontraba una amiga mía. Las dos habíamos estado juntas varios meses antes en una reunión de oración de liderazgo para mujeres en el ministerio. Después de aquella reunión ella me preguntó si podía llevarme a casa. Respetuosamente rechacé su oferta, simplemente porque vivíamos en lados opuestos de Dallas. Ella vivía en un lugar prominente de la ciudad en el Norte, y yo vivía en el Sur; sin embargo ella insistió. Finalmente acepté, pues yo también quería pasar tiempo con ella. En el camino a casa hice énfasis, “Mira cuánto ha cambiado la sociedad; tú, mi amiga, eres la Afro americana que vive en “villa feliz”, y llevas en tu Land Rover a esta blanca a su casa del barrio”. Las dos nos reíamos junto con la hermana de mi chófer, que también

nos acompañaba. Cuando llegamos a nuestro apartamento del campus, mi amiga me acompañó a la puerta. Más tarde me dijo que su hermana había pasado miedo mientras esperaba en el vehículo, aunque era a plena luz del día, y que había asegurado todas las puertas del coche inmediatamente.

Cuando compartí esto con las mujeres en la reunión, hubo un rugir de risas. Valientemente, y con un agradecimiento inesperado, declare: “Ha sido bueno para esta mujer blanca vivir en el ghetto durante cinco años”. Inmediatamente las mujeres empezaron a aplaudir con fervor. En ese momento vi que Dios había enriquecido mi vida a través de los cambios difíciles involucrados en nuestra mudanza. Mis experiencias habían ayudado a ganarme el respeto y el amor de mis audiencias.

El “mejor y el peor de los momentos” había tejido hilos de oro entre el diseño brillante y colorido en el tapiz de Dios en nuestras vidas. Ese tejido tan rico no podía fabricarse humanamente.

Nuestras condiciones de vida no eran lo único que había cambiado desde que llegamos a Texas—también había cambiado mi corazón.

Capítulo 26

VIENDO MÁS ALLÁ DEL PELIGRO

Después de venir a Dallas la fatiga era un reto constante para mí, y con razón, pensaba yo; ¿Quién no iba a estar exhausto después de los cambios que habíamos experimentado?

Sin embargo, después de varios meses me alarmé por la severidad de mi fatiga. Me di cuenta del hecho de que no estaba tolerando muy bien el calor del Suroeste. Yo le pedía a Tony que me llevase el bolso del coche a la casa porque cargar con él me añadía cansancio. Entrar en el apartamento fresco era un alivio, pero yo no me sentía refrescada. Parecía extraño estar tan agotada simplemente por caminar la distancia del pasillo que llevaba a nuestra habitación. Tal vez necesitaba unas vacaciones con pastillas de hierro. Solamente mi familia sabía de mi carga, pues yo seguía adelante con todo.

Más tarde ese verano, cuando aparecimos como ganadoras del concurso de talentos de la radio, pedí una silla mientras esperaba a que el maestro de ceremonias nos presentase. Cuando llamó nuestros nombres recobré la energía para cruzar el escenario y cantar con las niñas. Dios me había concedido la ayuda que necesitaba; sin embargo, yo no entendía mi problema.

Un día Tony llamó a un amigo que es médico y le pidió ayuda. Lo primero que hizo Ron fue tomarme el pulso. Alarmanamente, éste solo estaba en los treinta. “¡Gail, con razón estás cansada!” Él quería que me fuese al hospital

inmediatamente, pero yo pensé que unas cuantas noches de sueño me ayudarían.

Unos días después Ron volvió a venir a casa y me tomó el pulso. Esta vez estaba en los veinte, y casi no podía levantar la cabeza del sofá para agradecer su visita. Él me convenció de que esto era serio, y que debía ir a un cardiólogo. Estaba demasiado cansada para pelear, así que obedecí.

Llamé al doctor que me había recomendado Ron, y en cuestión de horas me encontraba en la oficina del cardiólogo. Me senté tranquilamente al final de la mesa de exámenes, mirando fijamente a la pared, y Tony permanecía detrás de mí con el cardiólogo, mientras este estudiaba los resultados del electrocardiograma. “Sé exactamente lo que es; ¡Necesita un marcapasos!” Volteé la cabeza repentinamente para mirar a los dos hombres que hablaban de mi condición. “¿Un marcapasos? ¡Todavía soy una mujer joven!”

El doctor dijo que el sistema eléctrico de mi corazón había estallado, y que la parte inferior de mi corazón no estaba funcionando con la parte superior. Salió de la habitación y Tony y yo nos quedamos sentados en silencio.

Cuando el doctor regresó a la habitación le dio a Tony un folleto con información acerca de mi condición, y luego dijo que había reservado una habitación para ese día en el hospital Baylor. “¡Un momento! Esto está yendo demasiado rápido. ¡Ni siquiera he preparado a mis hijos, y tampoco me he preparado yo misma!” Con recelo aceptó

que me retrasase un día, y me recomendó a otro doctor, pues él salía de vacaciones la mañana siguiente.

El simple hecho de cambiar de doctor otra vez me añadió estrés. Después de la cita, esperé en la acera de la clínica a que mi esposo trajese la van. Me caían las lágrimas y me preguntaba si la razón por la que Dios nos había traído a Dallas era para contactar con un personal médico excelente.

De hecho, mi cansancio había empezado seis meses antes de que nos mudásemos cuando Anna, Lindey, Holly y yo habíamos grabado nuestro primer CD. Este proyecto requirió muchas noches hasta muy tarde, demasiada cafeína y un estrés continuo. Mirando hacia atrás recordé la noche exacta y la canción específica que estábamos grabando, cuando de repente sentí un cansancio que nunca antes había conocido. Estábamos grabando “On Eagle’s Wings”, y estábamos batallando con el coro final. Por algún motivo no podíamos alcanzar el estándar de excelencia que queríamos. Era media noche, y habíamos estado grabando por horas.

Al mismo tiempo, nuestro temperamental ingeniero también empezó a venirse abajo. Él no compartía nuestra fe y, de hecho, practicaba la magia negra. Yo sabía que esto había sido parte de nuestra batalla en muchas ocasiones. Aunque nos faltaban tan solo unos minutos para terminar, enojado anunció, “Necesito un descanso para fumar; ¿Qué están haciendo? ¿Quieren matarme?”

Miré a las niñas y les hice señas para que orasen. Molesta por su falta de profesionalidad y por su ira repentina, le sugerí que continuásemos otro día. Él gritó: “tómense un

descanso de una hora y entonces vuelvan al estudio”. Yo asentí, sin fuerzas para seguir luchando.

Las niñas y yo nos sentamos en un restaurante por una hora. Yo casi no podía caminar, y le pedí a Anna que me ayudase con mis cosas. Afortunadamente terminamos el proyecto aquella noche y sin más drama.

Poco después que el CD fue lanzado al mercado, viajamos por varios estados para promover nuestro nuevo esfuerzo musical. Fue durante esos días de nuestro tour que vinimos a Texas por primera vez, como invitados de Cristo Para las Naciones. En su misericordia, Dios me había traído a un lugar donde los doctores van a las casas a visitar a los pacientes. Por la persistencia de Ron había descubierto la razón de la fatiga y su solución.

Cuando me metí en la cama, preguntándome qué traería el día siguiente, sonó el teléfono. La llamada era de un doctor que no conocía. Eran las once de la noche. Después de identificarse me preguntó: “Gail, ¿dónde está usted?” Yo pensé que esta era una pregunta extraña, pues me acababa de llamar a mi casa. “La he estado buscando por todo el hospital, pues alguien la refirió a mí con respecto a la situación de su corazón”. Sorprendida le pregunté: “¿Cuál es la seriedad de la situación?” Él me contestó: “Gail, ¡Tiene un bloqueo total en el corazón!”

Después de una corta conversación, el nuevo cardiólogo dijo que me vería en su oficina a primera hora de la mañana. Él se consoló a si mismo y a mí diciendo: “Bueno, si ha permanecido viva todo este tiempo confío en que estará bien hasta mañana por la mañana”.

Al día siguiente me encontraba con un monitor para el corazón en espera de que los doctores determinasen qué acción tomar. Me alivió el tener cuatro días antes de volver a la oficina del doctor, pues tenía un compromiso en una conferencia de mujeres.

Seguí adelante con mi vida; esperaba un milagro para poder cancelar mi cita con el cirujano, pero en lugar de ello seguía sintiéndome exhausta.

El segundo día de la conferencia necesitaba que alguien me llevase al auditorio del campus. Tony estaba usando nuestro otro vehículo, así que Anna llamó para decirme que ella me recogería. Anna llegó y me preguntó si estaba lista para una aventura; había llegado con un carrito de golf del campus. En ese momento nos reímos, pero ahora me estremezco al pensar que estaba atada a un monitor del corazón mientras salíamos en un tour por la ciudad en un carrito de golf con mi nueva conductora.

Una semana después del diagnóstico inicial, los doctores colocaron un marcapasos en mi cuerpo. Inmediatamente tuve un pulso de ochenta y me sentí de maravilla. Le pregunté al doctor si me consideraba “biónica” con la nueva máquina que me habían insertado. Yo me sentía como tal.

Dios había guardado mi vida una vez más. Aunque muchos pueden recitar el Salmo veintitrés, “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...”, muy pocos quieren probar ese versículo. Yo no me había dado cuenta de cuánto me había

acercado a la muerte, pero todos reconocieron que, obviamente, Dios estaba conmigo.

A través de los años me había acostumbrado a caminar junto al peligro, y la gracia de Dios me mantenía a salvo. Sin embargo, cuando mis hijos se enfrentaban al peligro yo no lo manejaba nada bien.

Faltaban tres días para Navidad y nuestro apartamento no tenía decoraciones navideñas. Nuestra tradición durante las fiestas era poner un árbol prestado y soñar que estábamos en algún otro lugar de vacaciones. Sin embargo, este año en particular nuestro sueño se había hecho realidad. Todos estábamos haciendo las maletas y juntando abrigos de invierno y bufandas que nos habían prestado para salir a esquiar. La familia de mi hermano estaba organizando una Gran Navidad de Esquí en Montana. Todos mis familiares planeaban estar ahí, y estábamos muy emocionados por llegar. Decidimos que volar a las montañas en Nochebuena sería nuestro regalo familiar.

El lunes por la noche todos teníamos algo que hacer antes de irnos. Las niñas mayores estaban trabajando horas extras y Tony acababa de terminar sus responsabilidades de la oficina.

Yo iba a ir al centro comercial con Tony y con los dos niños pequeños a comprarle a Lydia unas botas. De ahí Tony iba a llevarse a Connor con él, y Holly iba a recogerme a Lydia y a mí en el centro comercial más tarde. La zapatería estaba llena de gente que hacía sus compras de última hora. Tan solo unos momentos antes de que Tony y

Connor se tuviesen que marchar, sonó mi teléfono; era Holly.

“Mamá, creo que no voy a poder recogerte en el centro comercial esta noche”. Me apoyé en el escaparate de la tienda para escuchar y pensar en otro plan para todo lo que teníamos que hacer. “Holly, ¿Por qué no puedes venir?” Su voz cambió y me di cuenta de que estaba llorando, lo cual era inusual en mi torre de fortaleza. “Mamá, un hombre armado acaba de entrar en el apartamento y me ha robado”. “Holly, ¿Estás bien? ¿Te ha tocado?” Me dijo que estaba segura en casa de los vecinos, esperando a la policía.

Cuánto me alegré de que Tony y Connor no se hubiesen ido todavía. A toda velocidad nos dirigimos a casa, y llegamos al apartamento al mismo tiempo que la policía. Juntos escuchábamos a Holly, que ya había ganado su compostura, mientras ella le contaba su historia a la policía.

Parece ser que, horas antes, el intruso había estado vigilando nuestro apartamento y nos vio salir. Lindey salió poco después que nosotros. Holly estaba sentada al fondo del cuarto cuando la puerta se abrió y pensó que a Lindey se le había olvidado algo y que había regresado a buscarlo. Sin embargo, cuando se puso de pie y se dio la vuelta, se vio frente a la cara de un intruso que llevaba una pistola. Éste arrancó el teléfono de la pared de manera abrupta, y le pidió a Holly su teléfono móvil. Holly le dijo que se lo acababa de dar a su hermana. Entonces el hombre le exigió dinero. Afortunadamente, Holly tenía 116 dólares en billetes de dólar en su billetera, pues ese día había estado trabajando estacionando coches y había ganado el dinero en propinas. Cuando el hombre extendió la mano para agarrar

el dinero, Holly lo sacó de la billetera y con el dedo empujó hacia adentro su tarjeta de débito, y entonces sabiamente lanzó la billetera contra un rincón de la habitación. Cuando agarró los billetes, el ladrón le advirtió que sus colegas estaban afuera, observando por la ventana cada uno de sus movimientos, y le ordenó que se quedase inmóvil cuando él se hubiese ido. La amenazó diciéndole que sabía donde vivía, y que regresaría.

Con la misma rapidez que entró, se marchó, dejando la puerta abierta detrás de sí. Holly se quedó perfectamente inmóvil, tal como le habían ordenado. Unos minutos después el hombre regresó y se quedó mirándola fijamente. Con arrogancia le repitió: “Ni se te ocurra moverte”, y una vez más desapareció.

Holly se quedó congelada donde estaba. Finalmente caminó hacia la puerta y la cerró, indecisa de qué hacer. Consideró ir a su coche, pero tenía miedo del hombre, que todavía se encontraba cerca. En lugar de eso, corrió a casa de los vecinos de arriba, a quienes apenas conocíamos, y tocó fuertemente a la puerta. En cuanto alguien abrió la puerta, Holly entró, cerró la puerta detrás de sí y les pidió que le dejaran usar el teléfono para llamar a la policía y a su madre. Mantuvo la compostura hasta que escuchó mi voz.

Mientras un oficial de policía le tomaba el informe, él parecía estar más enojado que Holly. El oficial le describió lo que le podría haber pasado y le advirtió que el criminal podría regresar; incluso nos aconsejó que nos mudásemos inmediatamente. Nos asustó a todos. El oficial felicitó a Holly por su carácter fuerte, y obviamente estaba impresionado por cómo había respondido ella a una

situación peligrosa. Él le dijo que debería considerar una carrera de aplicación de la ley. Si algún día Holly hiciese esa carrera, sabíamos que no sería tan dramática y habladora como este joven.

Nuestras Navidades en Montana fueron unas de las mejores, y nos ayudaron a apaciguar el recuerdo del incidente que tanto nos asustó. Nuestros días en la ciudad siguieron teniendo momentos de peligro y momentos de gozo. Vez tras vez el Señor nos permitía ver parte de nuestro destino más allá de todo peligro. Era evidente que él tenía nuestras vidas en sus manos y ninguno de nosotros caminábamos solos. Yo escuchaba de continuo sus indicaciones de confiar en él y no temer. Poco sabía yo que necesitaría confianza aún cuando pensaba que me encontraba a salvo.

Capítulo 27

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA OFENSA

Uno de los gozos de la maternidad ha sido las veces que he cantado con mis tres hijas mayores. Nada se compara a la unión y armonía familiar cuando se trata de la música. Muchos han comentado que, cuando nuestras cuatro voces se mezclan, sonamos igual que las “Lennon Sisters” de hace décadas. Yo les enseñé a mis hijas a cantar, no simplemente notas, sino también a crear armonías ricas. Esto es un deleite especialmente cuando cantamos sin música.

La música siempre nos acompañó en nuestro viaje. Hemos cantado frente a reinas y también en Dairy Queens. Nuestra canción humorosa de la vaca la pusieron en la radio durante el Mes de la Concienciación por los Lácteos. Aún en los momentos y retos más difíciles, el amor de nuestra familia por la música nos ha permitido cantar. Yo canté cuando estaba embarazada de cada uno de mis bebés. A mis audiencias les preguntaba: “¿Cuántos han venido esperando recibir algo del Señor?” Entonces me ponía de lado y les ayudaba a visualizar lo que podría parecer “esperar algo”. Mi consejo era que no se rindiesen hasta que Dios les hubiese “aliviado”.

Unos días antes del día de Acción de Gracias, estábamos comprando en Sam’s Club. La tienda estaba repleta, y las colas eran muy largas. Mientras la persona en la caja nos cobraba, le pedí a las niñas que se juntasen a mi alrededor para cantarle una bendición mientras ella trabajaba con nuestra compra. Las niñas habían aprendido a no rehusar

mi petición para cantar porque sabían que perderían la batalla. La cajera sonrió, nos dio las gracias y luego nos dijo que esperásemos mientras salía de su puesto. Nosotras esperamos obedientemente, aunque era consciente de la cola que teníamos detrás. La cajera regresó con lo que nosotras pensábamos que era un teléfono móvil. En realidad era un micrófono, y nos pidió que cantásemos, así que lo hicimos.

La tienda se empezó a silenciar a medida que la gente dejaba de hablar. En ese momento me pregunté quién más tendría la oportunidad de desearles felices fiestas a los clientes de una tienda tan concurrida. Cuando hubimos terminado agarramos nuestro carro para irnos. Cuando la gerente de Sam's revisó nuestro recibo no pude resistir el preguntarle: "¿Quién estaba cantando?" Ella contestó: "¡No lo sé, pero sonaba precioso! ¿Quién sería?" Sonriendo le deseé un gran día.

Las fiestas son una oportunidad perfecta para cantar espontáneamente. Una Nochebuena unos amigos nos habían llevado a cenar. Después de cenar llamamos al camarero para darle las gracias por su excelente servicio, y le preguntamos si podíamos cantar para él. Suavemente empezamos a cantarle, "Have Yourself a Merry Little Christmas" con esas notas ricas. Él sonreía mientras le cantábamos esa serenata; y mientras más cantábamos, más se callaba el lugar. Por supuesto, cuanto más callado estaba el restaurante más fuerte cantábamos, en busca de nuestro nuevo escenario para una interpretación navideña. En cuestión de minutos los únicos sonidos que se podían escuchar en el concurrido restaurante eran los tenedores en los platos y las chicas McWilliams cantando. Al final de

nuestra canción el restaurante entero aplaudió. Yo me puse en pie durante el aplauso y levanté mi vaso de agua como si estuviese haciendo un brindis por cada persona ahí. “¡Cantemos todos!” dije al dirigir “We Wish You a Merry Christmas.” Todos se unieron, haciendo de ese momento algo realmente memorable.

Hemos cantado en restaurantes, en las esquinas de las calles, en oficinas de doctores y en centros comerciales. No es de sorprender que la menor de las McWilliams también cante; sin embargo, las tres mayores y yo siempre acabamos siendo sus voces de fondo y ella toma el primer lugar en el escenario. Connor también tiene buena voz, pero él siempre prefiere hablar, y siguiendo los pasos de su padre inspira a su audiencia con parábolas de las escrituras. Yo me maravillo por la voluntad de mis hijos de dar de sí mismos a los demás. Me encanta escuchar a mi familia declarar la bendición de Dios sobre la vida de alguien, ya sea cantando o hablando. Hace falta muy poco para animar a otra persona y simplemente decir gracias.

Por supuesto, a nosotras también nos invitaban a cantar en banquetes, iglesias, teatros, especiales de televisión, programas de radio y otros eventos. Todos han sido recuerdos que aprecio, exceptuando uno de ellos.

Dos semanas antes de Navidad, a las niñas y a mí nos pidieron ser parte de una presentación familiar de Navidad en una iglesia que era muy querida para nosotros. A mí me encantó la idea de que hogares de fe usasen sus talentos para celebrar el nacimiento del Rey de reyes. El programa incluía teatro, lecturas y otras expresiones artísticas de adoración con varias familias cantando.

La directora pidió un ensayo con vestuario para asegurar que la iluminación era buena y que los niveles de sonido en los micrófonos eran apropiados. El horario era un conflicto para nosotras, y ella nos dio permiso para marcharnos y nos dijo que alguien nos sustituiría durante el ensayo.

Al entrar en el auditorio la primera noche, se me acercó una amiga que no había visto durante meses. Me alegré mucho de verla porque me había tocado orar por ella en una de mis asignaciones de oración, y me preguntaba cómo iría su vida. Cuando la saludé, directamente me dijo: “Quizás escuches esto de otra persona, así que pensé que debía contártelo yo antes”. Con una risa oculta confesó: “Anoche me hice pasar por ti durante el ensayo. Agarré a algunas personas para sustituir a tus hijas”. Yo escuché cómo me contaba lo divertido que había sido y cómo se había reído todo el mundo cuando ella se hacía la ciega, e intenté imaginarme qué es lo que habría imitado.

Ella no se había dado cuenta de que estas podrían ser noticias difíciles para mí, pues parecía que no veía que debía disculparse por su falta de discreción. Yo percibí que ella había venido a mí a calmar su conciencia. Una vez más me dijo lo divertido que había sido. Cuando se fue, busqué un lugar privado donde procesar estas noticias imprevistas, así que le pedí a una de mis hijas que me llevase al baño. ¿Cómo podía ser que la batalla más dolorosa de mi vida sirviese de comedia para alguien más? ¿Por qué sintió que tenía que contármelo si ya me había perdido la actuación espontánea? Una de mis preocupaciones más grandes era que alguien de mi familia se enterase y se sintiese herido. Yo quería protegerles a ellos como deseaba que me

hubiesen protegido a mí. Inmediatamente me di cuenta de que tenía que perdonar; sin embargo, me inundaron las preguntas, las emociones y la incredulidad, en una iglesia que estaba diseñada para ayudar a los demás a creer.

Esta burla me había encontrado desprevenida, pues yo siempre había sentido el respeto de los demás que aplaudían mi valor. Sin embargo, yo he sabido mejor que nadie más que lo que los demás han visto ha sido el valor y la fuerza que Dios me ha dado. Ahora me preguntaba si el mundo entero se estaría riendo; ¿Acaso a alguien le importó lo suficiente como para detener esa comedia? ¿Puede la iglesia orar por ti y burlarse de ti con el mismo corazón? No importaban las preguntas, yo sabía que la respuesta a mi dolor era el perdón inmediato.

Con dificultad hice a un lado mis pensamientos y emociones, me coloqué la habilidad de actuar y busqué a mis hijas. Cada una de ellas leyó la expresión de mi cara y me preguntó si estaba bien. Calculando cada uno de mis movimientos les aseguré que todo estaba bien y que Dios quería usarnos esa noche.

Todas las personas involucradas en la producción se reunieron en la capilla antes del servicio para escuchar instrucciones de última hora y para orar juntos. Cuando entré, uno de los líderes de la iglesia se me acercó y riendo me contó la comedia de la noche anterior. Él me dio más información que la parte culpable, explicando que la impostora se había caído por los escalones mientras la audiencia se reía. Yo me quedé preguntándome por qué él y los demás sintieron la necesidad de contarme algo que era inapropiado y de tan mal gusto para mí. ¿Qué debía hacer

yo con la información? ¿Es que todos pensaban que era divertido burlarse de mí? Se lo pregunté, y después de leer mi expresión cambió de tema inmediatamente.

Yo me preguntaba cómo iba a pasar esa noche. Por dentro lloraba, “Jesús, ayúdame a perdonar”.

Antes de salir de la capilla les pedí a mis hijas que orasen por mí. Ellas me preguntaron qué me pasaba, pero yo solamente les dije que el enemigo estaba intentando meterme una zancadilla y que necesitaba la ayuda de ellas. El camino al auditorio fue el más largo de mi vida; había perdido la habilidad de caminar y me sentía vulnerable. Nunca me había sentido más ciega en toda mi vida.

Cuando por fin llegó nuestro turno para cantar tomé el brazo de Anna. Las dos nos tropezamos con unos cables y batallamos para encontrar el camino hacia el escenario oscuro; me faltaba la confianza.

Habíamos escogido una canción que era nueva para nosotras, y aunque la armonía era hermosa, era extremadamente difícil. La canción seleccionada se enfocaba en la paz en un mundo de conflicto. Cómo deseaba esa paz en un momento así.

Cuando empezamos a cantar nos equivocamos en la armonía. Nunca habíamos cometido un error de esta magnitud. “Vamos a intentarlo de nuevo”, les dije. Lo intentamos una vez más y aún así no podíamos encontrar nuestro lugar. Por primera vez en mi vida pensé que íbamos a tener que sentarnos sin poder cantar. No podíamos encontrar salida ni solución. Yo sabía que mis hijas estaban

decaendo en la plataforma, y aún así estaban perseverando. Lo intentamos una vez más, entrando en la armonía una a una, y nuestras notas titubeaban hasta que pudimos conseguir la primera nota. Solamente nos equivocamos en la primera palabra, pero pareció una partitura musical interminable. Al final de la canción, el aplauso cálido y amable de la gente en la audiencia expresando su amor y apoyo, derramó aceite en nuestras heridas. Sentíamos temor de pensar que tendríamos que hacerlo dos veces más el día siguiente.

Después del programa nuestra familia se colocó en la acera de la iglesia hablando con la gente. Un joven del grupo de jóvenes, que era amigo de nuestras hijas, vino para decir que todavía éramos sus cantantes preferidas. Yo empecé a bromear con él y todos nos reíamos. Le llamé por su nombre y le dije: “Bueno, supongo que la comedia de anoche fue profética, porque nos hemos caído del escenario”. Su risa se detuvo y su cara expresó un gran dolor mientras decía: “Cuánto lo siento”.

Nuestra familia había llegado a la presentación a horas diferentes, así que teníamos varios vehículos. Yo escogí regresar con mi hija Holly. Ya había decidido que iba a procesar mi dolor en privado; sin embargo, mi hija interrumpió mis pensamientos cuando dijo entre sollozos: “Después de mañana no volveré a poner los pies en esa iglesia”. Yo pensé que estaba avergonzada por nuestro comienzo en la hermosa canción; sin embargo, ella continuó diciendo: “Mamá, lo he oído todo”.

En el camino a casa no pudimos ni hablar, simplemente sollozábamos juntas. Proverbios 18:14 resumía muy bien

dónde me encontraba en este momento: “El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará al ánimo angustiado?” La gracia de Dios había hecho que nuestro sufrimiento pareciese fácil de sobrellevar a los ojos de aquellos a nuestro alrededor, pero ellos no habían visto las lágrimas de desesperación y pérdida cuando llorábamos por encontrar el gozo de Dios en medio de nuestras horas más oscuras.

Sentada en el coche pensaba en lo mucho que habría significado para cualquiera de nosotros una palabra de ánimo y una oración por mi pérdida obvia. Nadie en aquella iglesia sabía que uno de los retos más difíciles de mi vida había caído en mis manos unas semanas antes. Por primera vez había usado un bastón blanco para aprender a caminar de manera independiente. Al principio aquél bastón pareció una bandera de rendición, ondeándose para mostrarle a todo el mundo que había perdido la batalla. Sin embargo, me había dado cuenta de que era simplemente una herramienta en mis manos para ayudarme a ser aún más móvil. Mi temor más profundo era el caerme. La preocupación más grande de mi familia era ayudarme para que no me cayese. ¿Acaso a la iglesia le entretenía el que yo tuviese tanta dificultad pasando por una miseria que yo no había invitado?

Cuando entramos a nuestro apartamento todos nos estaban esperando alrededor de la mesa. Yo caminé con rapidez hacia la habitación; sin embargo, ellos habían visto que mis ojos estaban rojos, y también los de Holly, y pensaron que habíamos discutido. Al entrar en la habitación clamando a Dios, decidí que yo no podía sobrellevar sola esta carga. Me uní a mi familia en la mesa y Holly y yo contamos

nuestra historia. Todos nos quedamos atónitos y en silencio, y las lágrimas empezaron a caer de nuestros ojos. Una buena amiga miró desde la cocina. Mi esposo, que se sentía indignado, rompió el corto silencio diciendo: “¡Esto es terrible! ¿Es que nadie sabía la profundidad de la dificultad de nuestro viaje? ¿Nadie se levantó en el ensayo para decir que eso estaba mal?”

Yo sabía que no podíamos ser como los alpinistas de los que había escuchado, quienes habían estado explorando uno de los glaciares más “seguros” del Norte. Un trágico accidente ocurrió cuando cayó uno de los alpinistas. Todos los alpinistas estaban atados el uno al otro por la cintura y cayeron.

Yo le hablé a mi familia con una orden directa, y les dije que debíamos perdonar inmediatamente y no sufrir la tragedia de una caída similar. No podíamos estar atados el uno al otro de por vida con esta ofensa. Nos inclinamos en oración y dejamos nuestros corazones heridos a los pies de Uno que también había sufrido la burla y la ofensa de su propia gente. Nosotros queríamos ser el modelo de esta respuesta siguiendo el ejemplo de Jesús cuando clamaba, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Que lo hubiesen hecho para herirnos o que simplemente no pensasen en las consecuencias era irrelevante ahora; nosotros debíamos decidir perdonar y así lo hicimos. Yo luché con muchos pensamientos después de aquél fin de semana, pero encontré mi refugio en las escrituras. Al reflexionar en los peligros de un corazón resentido me vino a la mente el Salmo 119:165 “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo”.

Hice varios intentos telefónicos y por correo electrónico de contactar con mi ofensora para tratar el tema de acuerdo a la instrucción de la Biblia en Mateo 18:15 “Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano”. Semanas después, ella me escribió un correo electrónico disculpándose. Sin embargo, las demás personas que participaron nunca mostraron preocupación por la herida profunda que había experimentado nuestra familia, exceptuando el líder de la iglesia, que llamó y escribió inmediatamente pidiendo perdón por su insensibilidad.

Yo me preguntaba cuánta gente habría vivido atada por las ofensas, perdiéndose así la sorpresa que aguarda al otro lado del perdón.

Capítulo 28

VIENDO MÁS ALLÁ DE LA SORPRESA

A mí me encantan las sorpresas, pero nunca me podría haber imaginado la sorpresa que había al otro lado de la ofensa. Las fiestas se habían terminado y el nuevo año comenzó con una llamada inesperada de un hombre de negocios prominente, diciendo: “Gail, la han recomendado altamente para hablar en nuestra compañía. ¿Consideraría hablar en febrero para la Corporación Ziglar?” Él continuó diciendo: “Me gustaría citarla para cuando Zig Ziglar esté en la ciudad, pues sé que querrá conocerla”.

Estaba a punto de experimentar una lluvia de sorpresas desde un cielo abierto. Yo sé que esta llamada no habría llegado si hubiese albergado resentimiento. Cuando solté lo que tenía en las manos y se lo di a Dios, él pudo soltar lo que tenía en su mano para ofrecerme. Yo no me podía imaginar lo grande que era su mano.

Once meses antes le había dicho a mi esposo en una conversación informal: “Tony, me gustaría hablar para algunas corporaciones este año y comer con Zig Ziglar”. Yo deseaba estas dos cosas por lo que ellas simbolizaban. La América Corporativa está llena de visión, y yo estaba segura de que el mensaje de esperanza funcionaría ahí también. El Sr. Ziglar representaba al abuelito de todos los motivadores. Aunque nunca había tenido el privilegio de leer ninguno de sus libros o de verle en persona, yo sabía que él era un entrenador en la vida y entusiasta, conocido

mundialmente. Yo admiraba su fe en Dios sin comprometer sus principios y su amor auténtico por ayudar a los demás.

Tiempo atrás, durante el otoño, me pidieron que hablase en dos corporaciones grandes en Dallas, Texas; y allí recibí confirmación de cuánto responde la gente a un mensaje de esperanza. Mis audiencias reían y lloraban mientras, a propósito, buscaba el fondo de sus corazones. Para mí se hizo natural animar a esas corporaciones en cuanto a la grandeza, mientras les retaba a ver más allá del día a día con visión y esperanza. La respuesta fue más de lo que me podría haber imaginado.

El 21 de febrero me citaron para hablar en la Corporación Ziglar. Cuando me dí cuenta de lo llena que estaba mi semana exclamé en voz alta, “Dios me está lanzando esta semana”. Yo estaba esperando aquello que él me iba a mostrar. Mi lanzamiento comenzó con una cita temprano el lunes por la mañana, para hablar en la Corporación Ziglar. Me dieron treinta minutos para dirigirme a los empleados y enseñarles a enfocarse en algo, o más bien en Alguien, mayor que ellos mismos. El Sr. Ziglar estaba sentado en la primera fila tomando notas.

Al principio me sentí un poco intimidada y me preguntaba si estaba siendo lanzada demasiado lejos. Sin embargo, mi nerviosismo solo duró unos minutos, ya que estaba en una misión, con un mensaje, y quería sacarle el máximo provecho a mi tiempo. Al final de mi tiempo me senté y el Sr. Ziglar se levantó para hablar. Al principio me pregunté por qué guardaba silencio, y luego me di cuenta de que estaba llorando. Públicamente me dijo que nunca había sido tan impactado por el Amor de Dios. Él me invitó a hablar

en su gran clase de Escuela Dominical que se reúne en la capilla de una de las mega iglesias en el área de Dallas, y me felicitó por mis habilidades como comunicadora efectiva y articulada. Luego me dijo, “Debes escribir tu historia para que la lean las multitudes”.

Me senté con el corazón lleno de admiración, casi incapaz de recibir las amables palabras de ánimo. Era como si hubiese pasado la inspección del experto, sentada en la lanzadera, y él me estaba diciendo que pusiese mis motores en marcha. Me di cuenta de que esta fue una cita divina.

El día siguiente hablé en Cristo Para las Naciones; me habían pedido que enseñase en la Escuela de Ministerio para La Familia y los Niños. Entre los estudiantes había doce naciones representadas; alcanzar al mundo nunca había sido más fácil. Cuando terminó mi tiempo para hablar, la directora de la escuela dijo que si yo podía seguir hablando, ella alteraría el horario de esa mañana. Yo me di cuenta de un nuevo tipo de unción al abrazar el privilegio de animar a los estudiantes. Después la clase me rodeo y oró por mí.

Dos días después hablé para el Club de los Leones en un suburbio de Dallas. Disfruté mucho el reto de traer un mensaje pertinente a un grupo diverso de gente. Saludé al foso amigable de Leones recordándoles de Helen Keller, quien había comisionado al Club de los Leones para asistir a otros que no podían ver. Por muchos años ellos han ofrecido lentes a gente no privilegiada. Yo también estaba interesada en ayudar a otros a tener mejor visión.

Después de dar mi mensaje de ánimo les dije cómo había encontrado yo la fuerza para enfrentar cada nuevo día, gracias al León de Judá, y la diferencia que él había hecho en mi vida. Al volver a mi asiento, mientras ellos aplaudían, el presidente me tocó en el brazo y me susurró que la multitud estaba de pie, cosa que nunca antes había visto en este grupo. Me sentí humilde por la respuesta y agradecida por los ojos del presidente que estuvieron pendientes de la apreciación de mi audiencia. Yo permanecí en pie, queriendo aplaudirle al Señor por su bondad y amor.

Los dos días siguientes dirigí un retiro de mujeres para una iglesia de Fort Worth. Esta es una de mis cosas preferidas; pues me gusta conectar a gente que puede estar sentada en la iglesia sin conocerse. Me gusta mostrar transparencia para animarles a ser transparentes los unos con los otros y con Dios. Este grupo siguió mi dirección voluntariamente y nuestros corazones se unieron el uno con el otro y con el de Dios.

A medida que la semana llegaba a su fin yo supe que mi lanzamiento había tenido éxito, y le pedí al Señor que me mostrase qué significaba todo esto. Parecía que él me había abierto cuatro puertas. La primera con el Sr. Ziglar representaba a la América Corporativa. La segunda puerta en CFNI representaba la puerta a las naciones. La tercera puerta representaba la puerta a la comunidad a través del Club de los Leones. La última puerta representaba el alcanzar a la Iglesia. Yo le dije al Señor que estaba dispuesta a entrar por las cuatro puertas con su dirección. A mediados de esa misma semana en la lanzadera de Dios, recibí varias llamadas telefónicas importantes que

literalmente me abrieron el mundo. La tarde que regresé a casa del Club de los Leones, escuché mi contestador automático. El primer mensaje era del Sr. Ziglar. Me preguntaba si podría llamarle y me decía que esperaba que no me importase si llamaba a algunas personas para hablarles de mí.

Otra llamada empezó con: “Hola, Gail, soy el coordinador de invitados para ‘Life Today con James y Betty Robison’. Zig Ziglar nos llamó hoy recomendándonos tenerla en nuestro programa como invitada. Nos gustaría entrevistarla. ¿Podría llamarnos, por favor?” Tuve que llamar a mi esposo al trabajo para anclarme a algún tipo de roca, pues estaba flotando en el techo. En cuestión de una hora ya había contestado la llamada del Sr. Ziglar y había sido pre entrevistada por teléfono para un programa de televisión en “Life Today”.

En cuatro semanas grabé el programa de televisión en un estudio, frente a una audiencia viva y energética, y con un potencial de audiencia de 120 millones de hogares alrededor del mundo. Un mes después hablé a la Sociedad Legal Cristiana, frente a abogados, jueces y la antigua Corte Suprema de Justicia de Texas. Estaba maravillada por las sorpresas de Dios.

Me intriga pensar en Dios, quien se deleita en conocer el camino de mi vida y desarrolla mi personalidad para que combine con ese destino. Recuerdo que cuando era niña me estaba preparando para los lugares que Dios me ha dado ahora. Mis padres no podían entender por qué me costaba tanto irme a dormir por las noches. Finalmente, cada noche después de una guerra y mi rendición inevitable, me

encontraba en mi habitación tuviese sueño o no. Con la puerta cerrada y todas las luces apagadas, me ponía en pie en la cama y hacía ver que era mi escenario. A la edad de cinco años, gracias a mi gran imaginación, yo viajaba con Bob Hope como cantante de fondo para entretener y animar a nuestras tropas militares alrededor del mundo. Más tarde, cuando tenía quince años de edad, tuve el privilegio de cantarles a los cadetes de la Academia de las Fuerzas Aéreas en su capilla. Sorprendentemente, todavía me siento en casa en un escenario animando a las “tropas”.

En los años previos a mi adolescencia utilizaba mi cepillo como micrófono y fingía ser una vocalista de fondo para Anne Murray en el programa de Mike Douglas. En mi imaginación yo tenía cada tarde agendada con algún programa de televisión.

Al principio de mis años en la Escuela Superior empecé a vivir mi sueño. Mientras asistía a la escuela, parte del tiempo viajaba para cantar con un grupo evangelístico; me habían dado la oportunidad de sustituir mi cepillo por un micrófono de verdad. Durante mis años de joven adulta canté con una banda que viajaba, un trío, y después debuté como solista. Al final combinaba el cantar con el hablar. Me casé con un hombre que estaba familiarizado con la plataforma, y a quien le encantaba enseñar las verdades de la Biblia y dar una nueva visión en las iglesias y en los seminarios. La luz principal finalmente incluyó a toda nuestra familia a medida que nuestros hijos aprendían a cantar y a ministrar.

A lo largo del camino recojo cada flor de halagos y cumplidos, formando un bonito ramo que voluntariamente

le devuelvo al Señor al final del día. Solamente él ha preparado cada plataforma y ha dado el mensaje de vida que ha afectado una variedad de audiencias en auditorios que él ha escogido. La sorpresa más grande es que él ha usado mi debilidad para dar ejemplo de lo fuerte que es él.

Capítulo 29

VIENDO MÁS ALLÁ DEL RETO

Nunca he sido alguien que soporte con paciencia las excusas de los demás. Todo el mundo tiene algún tipo de reto que vencer o del cual ver más allá. El engaño se haya en pensar que tu prueba en concreto es por diseño especial y diferente a la de todos los demás. La realidad es que las pruebas son comunes para la raza humana. Para mí la esperanza se basa en la escritura que dice: “Él ha hecho una puerta de escape”. Cuando nosotros oramos él recibe nuestra invitación a involucrarse en nuestras vidas y entonces trae su poder redentor a cualquier reto.

Yo le doy crédito a Dios por mi gran determinación en medio de los retos de la vida. Su gracia ha hecho que la carretera por la que camino parezca más fácil de lo que suele ser.

En algunas situaciones y algunos días yo también me he sentido tentada a rendirme. Entonces me hago la pregunta: “Rendirme, ¿a qué y a quién?” Enseguida me reorganizo y decido no rendirme. En mi mundo en blanco y negro me doy cuenta de que puedo sentarme o seguir bailando. ¿Quién quiere ser la fea del baile? La vida es el reto y el averiguar cómo saltar los obstáculos es la aventura.

Al principio se me hacía difícil pedir ayuda. A veces todavía es frustrante tener que compartir mi camino con otros que puedan venir a asistirme. Es muy humillante aparecer imperfecto y tal vez vulnerable; pero aún así pienso que la visión interna es lo que te ayuda a ver en los

lugares más oscuros de la vida. La confianza te ayuda a dar un paso más, sabiendo que no hace falta que veas el final del camino. La determinación es la espina dorsal que te ayuda a continuar en la carrera; y terminar bien es el premio.

Algunos retos solo pueden ser conquistados con una gran imaginación y con sentido del humor. Cuando viajo en avión me tengo que someter a una revisión física a causa de mi marcapasos; esto solía avergonzarme porque yo no quería ser diferente a los demás. Ahora me considero privilegiada de tener un cuidado tan personal. Esta búsqueda me da la oportunidad de contarle mi historia a todo el personal de seguridad del aeropuerto. Además, mi fila siempre es más corta que la de aquellos que parecen ser “normales”. Pensándolo bien, ¿por qué iba a querer ser como todos los demás?

Una perspectiva única también puede cambiar una actitud negativa. Las visitas a los doctores han interrumpido mi vida entera. A mí siempre me gusta preguntarle al doctor cómo está él antes de que él me pregunte a mí, y cuando los doctores imponen sus manos sobre mí, yo oro por ellos en silencio. Recientemente yo había terminado un examen y una visita médica. Al entrar en las oficinas de las recepcionistas, dije con alegría: “Señoritas, se ven muy bien; no quiero volver a verlas en tres meses más”. Todos, incluyendo el doctor, se reían.

Pedir transporte todavía es un dolor y algo muy humillante; pues temo sentirme rechazada o decepcionada si me dicen que no. Tampoco me gusta ser un inconveniente para los demás. He intentado solucionar este reto, pero no he tenido

éxito. Vivir en Dallas me ha convencido, en base a algunas de las escapadas salvajes conduciendo aquí, que hasta una mujer ciega podría conseguir una licencia de conducir. Mi única tranquilidad es soñar con el día en que vuelva a conducir. Estoy segura de que seré la primera en decir: “¿Alguien necesita que le lleve a algún lado?” Esto me hace preguntarme quién exactamente será la primera persona que quiera ir conmigo.

Un verano una amiga me ofreció llevarme en su coche. Al llegar a un día de campo el 4 de julio, mi amiga llegó con su todo terreno diciendo, “Sube; vámonos”. Así que nos fuimos. Fue muy divertido. Fuimos alrededor de la granja y condujimos por los campos hasta el pantano. Para mi sorpresa, ella regresó a la granja donde era la fiesta, salió de su coche y dijo: “Te toca conducir”. Encantándome el reto pasé al frente y ella se puso detrás de mí y volvimos a salir. Ella me decía al oído si debía ir recto o a qué lado girar mientras yo conducía lentamente. En cuestión de minutos mi amiga le cedió el lugar a mi esposo. Poco a poco gané la confianza como conductora ciega y, obviamente, mi esposo era un hombre de fe para ir conmigo. Nuestra velocidad aumentaba mientras nos dirigíamos hacia el pantano y alrededor de los árboles. Todavía puedo escuchar sus instrucciones: “Gira a la derecha. Enderízate. Ahora, a todo gas”. No había experimentado algo tan liberador, desde que perdí la vista, que ese día en que el viento me soplabla en la cara y el cielo abierto me invitaba a volar como un águila, y yo me encontraba en el asiento del conductor.

Después de toda la diversión, mi esposo dijo que una multitud se había reunido para verme conducir. Entre ellos

estaban nuestros amigos de la funeraria, a quienes yo acusaba de buscar nuevos negocios. Conquistar mi reto ese día animó a la multitud observadora a disfrutar de la vida un poquito más.

Como figura pública siempre hubo retos que no tienen nada que ver con la ceguera. Una vez me pidieron que cantase en el funeral de la anciana madre de una amiga. La familia había pedido una vieja canción que yo conocía, pero en medio de ésta, olvidé dos versos; así que me los inventé. Estos eran tan bonitos que, más tarde la familia y el resto del público me pidieron una copia de las letras. Sin embargo yo no tenía ni idea; simplemente me alegraba de que la canción se hubiese terminado.

Uno de los retos más divertidos que tuve en una charla fue en Ohio. Me habían pedido que hablase en dos sesiones en una celebración para mujeres, y que luego fuese la oradora invitada para sus dos reuniones del domingo por la mañana. No puede haber un reto mayor que hablar en cuatro sesiones seguidas sin tener apuntes.

Todo fue bien hasta la primera reunión del domingo por la mañana. Después de vivir como diabética con numerosos pinchazos y análisis de sangre, he asimilado en mi vida el reto de esta enfermedad simplemente como una rutina. Esa mañana no fue diferente. Ya que he dependido de la insulina desde que era niña, yo suelo comprobar el nivel de azúcar en mi sangre durante cada una de mis comidas y antes de acostarme. Sin embargo, si detecto algún cambio en mi cuerpo, compruebo el nivel de azúcar con más frecuencia. Antes de hablar en público también me aseguro de que mi sangre esté a un nivel seguro. Siempre llevo en

mi bolso una pequeña máquina que mide el nivel de azúcar en la sangre y también insulina. Normalmente no hay ningún problema, pero ese domingo fue una excepción.

Estaba sentada con mis dos hijas mayores que habían venido a ministrarme conmigo cantando, y después yo iba a hablar. Entonces empecé a sentir que mi nivel de azúcar estaba disminuyendo justo cuando estaban a punto de presentarme. Según mis cálculos pensaba que tenía como cinco o seis minutos antes de que tuviese que salir. Esto no me consolaba, pues no era tiempo suficiente; además no entendía cómo mi nivel de azúcar podía estar tan bajo a esa hora del día. Siempre había temido que esto me ocurriese justo antes de hablar en algún lugar.

Saqué la máquina de medir el nivel de azúcar y discretamente me hice la prueba. El nivel era tan bajo que era peligroso, y éste iba disminuyendo poco a poco. Saqué un refresco de mi bolso y una bolsa de dulces. Mi preocupación era que les molestase que hubiese comida dentro del santuario; pero por otro lado, también podrían molestarse si la oradora invitada se desmayaba en el banco del frente. Con rapidez intenté cuidar de mí misma. Normalmente esta cantidad de azúcar era inofensiva, pero había reaccionado demasiado tarde. Con pánico le susurré a mi hija Anna: “Ve a buscarme algo rápido”. Ella inmediatamente salió por uno de los lados y regresó con un jugo y un vaso. Afortunadamente la congregación todavía estaba cantando, pero era el último verso.

Durante la canción debíamos preparar nuestros corazones para la Santa Cena que venía después. En esta iglesia en particular, la costumbre era tomar del pan y la copa del

jugo cuando la pasaban. Lindey estaba sentada a mi izquierda y Anna a mi derecha. Junto a Anna estaba la esposa del pastor, que nos estaba observando disimuladamente. Lindey tomó su Santa Cena, pero su vasito tenía un escape y caía jugo por todas partes. Ella le hizo señas a Anna para que tomase uno para mí. Yo no podía sostener más cosas porque ya tenía dulces en una mano y un vaso de jugo de naranja en la otra. Anna tomó dos de cada cosa, pues ella iba a sostener el mío hasta que mis manos estuviesen libres. En lugar de ver nuestro dilema y continuar, el ujier susurró fuertemente: “Tienen que tomárselo todo ahora y volver a colocarlo en su lugar”. Todas éramos muy conscientes de que estábamos haciendo una escena en el banco de enfrente. El ujier estaba nervioso porque no estaba sincronizado con los otros ujieres que marchaban por el pasillo en un movimiento calculado, sirviendo a cada fila de los miembros de la iglesia. Finalmente ingerimos todo y yo recibí lo que para los demás pareció como mi “primera Santa Cena”.

El estrés de ese momento y el nivel anormal de azúcar en mi sangre fueron un reto. Yo le pedí a Anna que le dijese a la esposa del pastor que no creía poder estar bien para cuando me presentasen. Ella también empezó a luchar con su propio nerviosismo en la primera fila con nosotras. Hasta este día no estoy segura de lo que pasó, excepto que el Señor me ayudó. En cuestión de momentos el pastor empezó con nuestra presentación y nos dio la bienvenida a la plataforma. Yo saludé a la esposa del pastor levantando mi dedo pulgar y las chicas me escoltaron a la plataforma. Cantamos y luego ellas me dejaron en pie para que hablase a la audiencia que me esperaba. Gracias a Dios la segunda reunión se llevó a cabo sin ningún drama.

A veces nos enfocamos demasiado en nuestras incapacidades, y no vemos más allá de ellas a Aquél que sí es capaz.

Capítulo 30

VIENDO MÁS ALLÁ DEL HOY

La visión requiere ver más allá de cualquier situación y encontrar su valor, confiando en todo momento. Si yo hubiese escogido el rumbo de mi vida, este no habría incluido la ceguera. Sin embargo, siempre ha sido mi pasión dejar que el Padre me use para avanzar su reino y animar a su pueblo. Yo he escogido ser transparente en lugar de ofrecer una teología de libro de texto y palmaditas en la espalda como respuesta; y Dios continúa refinándose. Una vez alguien dijo: “Una mente solo alcanza una mente, pero una vida puede alcanzar otra vida”. Mi deseo ha sido tocar tantas vidas como me sea posible en la vida.

No puedo imaginarme que alguien viva pensando que algún día su historia se vaya a contar en un libro; sin embargo, las escrituras nos recuerdan que todos a nuestro alrededor están leyendo nuestras vidas. Al principio se me hizo difícil escribir este libro. Yo no creía que alguien pudiese estar interesado, y no quería que el trabajo de escribir fuese un ejercicio en vano. Al fin y al cabo, ¿quién es Gail McWilliams?

Un día un amigo me puso contra la espada y la pared. Junto con otras personas, él me había estado insistiendo para que me sentase y escribiese mi historia. Yo respondía a su ánimo con mis excusas habituales, pero él se giró hacia mí y dijo: “Gail, si piensas que no vale la pena escribir tu historia, entonces deja de contarla”. Por primera vez pude escuchar la verdad. Dios me había dado una historia acerca

de su triunfo y el gozo de escoger la vida; yo sabía que, al compartir con los demás lo que Dios ha hecho en mi vida, muchos han sido inspirados para buscar más. A todos los lugares adonde iba, la gente era un cartel vivo a favor de la campaña, “Gail, escribe”; así que por fin lo he hecho.

Después de haber escrito tres cuartas partes del libro ocurrió algo interesante. Yo lo había dejado a un lado porque nuestra familia se estaba mudando. Después de la mudanza dejé de escribir y cuestioné mi habilidad para comunicarme. Un viernes por la noche sonó el teléfono; era una amiga mía que es líder y oradora. Hacía tiempo que no hablaba con ella, y escuchar su voz fue una sorpresa agradable. “Gail”, me dijo ella, “¿Ya has terminado el libro?” Yo me reí y empecé a darle mis razones y excusas por las cuales no había terminado. Entonces ella me respondió: “Estás retrasando tu impacto a las naciones”.

Inmediatamente recordé algo que había retado mi visión tan solo cuatro meses atrás. Una noche unos días antes de mudarnos me encontraba sola en nuestro apartamento del campus. La mayoría de nuestros muebles ya estaban fuera y las habitaciones estaban casi vacías. Mi cama era una pila de mantas en el suelo alfombrado. Cerca estaban mi despertador-radio y mi computadora. Tony había salido esa noche, pero iba a regresar por la mañana.

Siempre he sido un búho nocturno, y me gusta trabajar tarde cuando todos están durmiendo; sin embargo, esa noche en particular me sentía muy cansada y enseguida me quedé profundamente dormida. Más tarde me desperté y me quedé sentada en la cama, totalmente despejada y descansada, bien consciente de que me había despertado

por alguna razón en concreto. Parecía que alguien estaba de pie sobre mí, despertándome de mi sueño; parecía que la misma presencia del Señor estaba en mi habitación.

De repente me di cuenta de que una canción estaba resonando en la radio, y me preguntaba si la había dejado encendida o si alguien la había encendido para mí. Las palabras no solo captaron mi atención, sino que también penetraron en mi espíritu: “Pídeme las naciones y te las daré por herencia, y los confines de la tierra como posesión”. Era como si el Señor tuviese una canción preferida que quería que yo escuchase, y así lo hice.

Al final de la canción me las arreglé para caminar en la oscuridad hacia mi computadora parlante, y me di cuenta de que eran las 2:08 de la madrugada. Solamente había estado dormida por dos horas, pero estaba totalmente despierta para conquistar el mundo. Yo dije en voz alta en la habitación vacía: “Señor, ¿qué quieres de mí?”

Empecé a orar por ocho naciones que había tenido en mi corazón; pidiendo que viniese avivamiento a sus fronteras. Durante los treinta minutos siguientes adoré y oré al Señor de la Cosecha, bien consciente de su amor por la gente. Yo estaba maravillada de que él compartiese su corazón y su canción conmigo. A menudo yo había recitado el Salmo que declara que Dios de día mandará su misericordia, y de noche su cántico estará con nosotros. Sin lugar a dudas, yo había escuchado no sólo su canción, sino también su corazón —las naciones. Cuando me tumbé regresé a un sueño profundo.

A la mañana siguiente, cuando Tony llegó a casa, le conté el suceso de la noche anterior. Yo me había preguntado si era significativo que ocurriese a las 2:08 de la madrugada. Le pregunté si podía leerme el Salmo 2:8. Me entraron escalofríos al escuchar a Tony leer: “Pídeme, y te dare por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”. Una vez le había preguntado: “Señor, ¿Qué quieres de mí?”

He buscado el tiempo para escribir este libro como un acto de obediencia. El revivir las historias y las emociones que había reprimido en lo profundo de mi corazón ha sido doloroso; sin embargo, he descubierto que el corazón nunca olvida. Al leer los capítulos me he visto cautivada pensando que el Salvador estaba conmigo en medio de cada circunstancia. El deseo de mi corazón es que cada persona que lea esta crónica de mi vida sea animada a mirar más allá del hoy y ver la agenda del cielo. Yo he estado bien convencida de que todo el mundo está viendo “más allá” de algo. Mira el capítulo presente en tu propia vida y ve más allá de su dolor, confusión o deleite, buscando su valor. El ayer de la vida nos ha preparado para el hoy mientras alcanzamos el mañana. Todo ello es valioso.

Lo que me ha ayudado a ver más allá del hoy es el conocer a un Salvador que ha mantenido su ojo sobre mí en cada paso del camino. He llegado lejos desde que era una niña a quienes los demás pagaban para que fuese buena en la iglesia. En algún punto del camino llegué a ver su amor y lo abracé. ¿Y tú? ¿Alguna vez has visto su amor y su plan eterno para tu vida?

Permíteme contarte lo que yo veo.

Dios el Padre creó al ser humano a su propia imagen y deseaba tener comunión con él; sin embargo, el hombre rechazó a Dios. El Padre, en su misericordia, viendo más allá de nuestra elección fatal, proveyó para nosotros. Dios envió a su único Hijo, Jesucristo, para dar su vida a cambio de la nuestra. Jesús tomó nuestros pecados en el Calvario y los perdonó, restaurando nuestra comunión con nuestro Padre celestial.

Cuando Jesucristo vino a la tierra, él modeló el corazón del Padre viviendo para tocar otras vidas; sin embargo, dados los conceptos erróneos de los líderes religiosos y del mundo, Jesús fue brutalmente asesinado en una cruz pública; se burlaron de él y le arrancaron la barba. Le azotaron con látigos y le clavaron una corona de espinas en la cabeza; le arrancaron la ropa y lo dejaron desnudo. Le clavaron las manos y los pies a la cruz, le negaron el agua y le traspasaron el costado con una lanza sucia. Aún en esta condición, Jesucristo decidió ver más allá de la agonía y la violencia. La Biblia habla de Cristo en Hebreos diciendo: “Quien por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz”. ¿Qué podía haber visto él colgado ahí para morir por la humanidad? ¿Cuál era su gozo?

Tú.

Tú eras su gozo. Jesús escogió el ver más allá de todo el sufrimiento. Él te vio a ti en necesidad de un Salvador, y dio su vida por ti voluntariamente. Viendo más allá de la crueldad y de la oscuridad de la raza humana escogió el verte a ti aceptar su amor y redención. Jesucristo no solo fue muerto y colocado en una tumba, sino que también

resucitó después de tres días. Él regresó al cielo y ahora está sentado a la diestra de su Padre.

Ahora es tu responsabilidad el escoger la vida. El escoger la vida es decisión tuya; él ofrece vida abundante que es eterna. Simplemente di: “Sí, Señor Jesús, te recibo como mi Salvador”. La Biblia dice que: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Simplemente pídele que sea tu Señor.

La gracia del Señor ha sido mi pilar a lo largo de todas las páginas que acabas de leer. Nunca he anhelado nada en la vida que no fuese servir a Dios y su propósito en mi generación. Estoy apasionada por su reino y enfocada en su cosecha de almas. Mi ceguera puede haber sido evidente para aquellos que estudiaban mi caminar y, a pesar de ello, veo más que muchos de ellos alrededor de mí. La visión interna que Dios me ha dado ha hecho toda la diferencia.

Durante años he luchado con la ceguera, sin querer servir a mi Salvador con disminuciones o limitaciones; yo no quería ser una barrera entre los demás y yo. No quería perder mi independencia; no quería ser vulnerable. Temía que mi enfermedad difamase a un Dios que puede hacer lo imposible. Al dar cada paso del camino, mi clamor más profundo era: “¿Tengo algún valor?”

En los años iniciales de mi pérdida progresiva de la vista ni siquiera podía mencionar la palabra “ciega”, y no quería que los demás supiesen que yo no podía ver lo mismo que ellos. Aunque había leído en la Biblia que él se hace fuerte en nuestra debilidad, yo no quería ser débil. Tenía sueños y

planes que quería alcanzar, y la ceguera no era parte del paquete. Yo no sabía cómo rendirme a su completo amor; había desestimado su habilidad de mostrarme cómo. Sin embargo, en medio de mi lucha me encontré con el Salvador vivo que ha abierto mis ojos para ver desde su perspectiva.

Mi oración es poder caminar con gracia en este camino que está siendo esculpido. Aunque no puedo ver su final ni cuál es el siguiente giro que debo hacer, estoy confiada en que el que camina a mi lado dirigirá mis pasos, y miro hacia adelante esperando lo que viene. En mi situación más vulnerable encontré gracia para abrazar al Dios del Consuelo y de la Gracia. Mi deseo es encontrar sus verdaderas riquezas al ver más allá de la ceguera, esperando con anticipación el día cercano en que veré otra vez. Mientras espero disfruto retando a aquellos que tienen una agudeza visual perfecta a que tengan visión. Cualquiera puede mirar, pero solo unos cuantos pueden “Ver Más Allá”.

VIENDO MÁS ALLÁ

Referencias Bíblicas

Todas las Escrituras han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 [RVR1960] excepto donde se indique lo contrario.

Prefacio

Marcos 8:18 “¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis?”

Capítulo 3

2 Corintios 12:9 “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”.

Capítulo 4

Salmos 127:4 “Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud”.

Capítulo 7

Job 13:15a “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré”.

Salmos 27:1 “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Salmos 23:4 “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

1 Timoteo 1:1b “Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza”.

Salmos 118:8 “Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre”.

2 Corintios 1:3 “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación”.

Romanos 15:13 “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”.

Hebreos 6:19a “La cual tenemos como segura y firme ancla del alma”.

Capítulo 8

1 Corintios 15:55, 57 “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Isaías 53:4 “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”.

Daniel 9:3,23; 10:13 “Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia”.

Capítulo 9

Mateo 11:29 “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Capítulo 12

Lucas 1:38 *“Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia”.*

Capítulo 13

Salmos 144:12 *“Sean nuestros hijos como plantas crecidas en su juventud, nuestras hijas como esquinas labradas como las de un palacio”.*

Salmos 78:51 *“Hizo morir a todo primogénito en Egipto, las primicias de su fuerza en las tiendas de Cam”.*

Proverbios 11:3 *“La integridad de los rectos los encaminará; pero destruirá a los pecadores la perversidad de ellos”.*

Capítulo 14

1 Juan 4:18 *“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor”.*

Salmos 27:1 *“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”*

Capítulo 15

Hebreos 4:1 *“Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado”.*

Juan 9:1-3 *“Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”.*

Salmos 56:8-9 “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿No están ellas en tu libro? Serán luego vueltos atrás mis enemigos, el día en que yo clamare; Esto sé, que Dios está por mí”.

Salmos 145:18 “Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras”.

Capítulo 17

Salmos 16:5 “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte”.

Capítulo 19

Salmos 42:5 “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío”.

Salmos 46:1 “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones”.

Salmos 119:105 “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”.

Apocalipsis 22:13 “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”.

Capítulo 20

Hechos 16:14 “Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”.

Hechos 21:8-9 “Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban”.

Hebreos 11:10 NVI “porque esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor”.

Capítulo 21

Mateo 10:29-31 “*¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos*”.

Génesis 18:12 “*Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?*”

Lucas 2:21 “*Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido*”.

Capítulo 22

Salmos 1:1-2 “*Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche*”

Capítulo 23

Éxodo 22:21 “*Y al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto*”.

Hebreos 13:2 “*No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles*”.

Capítulo 25

Santiago 2:17 “*Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma*”.

Hebreos 11:8-10 “*Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la*

ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

Deuteronomio 1:1a, 32:47 “Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán... Porque no os es cosa vana; es vuestra vida, y por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella”.

Mateo 5:13-14 “ Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”.

Capítulo 26

Salmos 23:4 “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

Salmos 31:14-15 “Mas yo en ti confío, oh Jehová; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos; líbrame de la mano de mis enemigos y de mis perseguidores”.

Capítulo 27

Lucas 23:34 “Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes”.

Capítulo 28

2 Corintios 12:9 “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”.

Capítulo 29

1 Corintios 10:13 *“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”.*

2 Timoteo 1:12 *“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquél día”.*

Capítulo 30

Deuteronomio 30:19 *“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia;”*

Deuteronomio 31:8 *“Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará ni te desampará; no temas ni te intimides.”*

Juan 3:16 *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.*

1 Juan 3:1 *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”.*

Génesis 1:27 *“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”.*

Colosenses 1:21-22 *“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigosen vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprehensibles delante de él”.*

Juan 14:9-10 *“Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo*

os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”.

Isaías 50:6 *“Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos”. (Ref: Juan 19:1-20:18; Salmos 22:6,7,16,18)*

Isaías 53:5 *“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.*

Hebreos 12:2 *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”.*

Juan 15:10-11 *“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”.*

Hechos 1:9-10 *“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas,”*

Romanos 8:34 *“...Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”.*

Deuteronomio 30:19 *“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia;”*

Juan 3:16 *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.*

Romanos 10:9 *“que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”*.

Hechos 13:36 NVI *“Ciertamente David, después de servir a su propia generación conforme al propósito de Dios, murió, fue sepultado con sus antepasados...”*

Lucas 1:37 *“Porque nada hay imposible para Dios”*.

2 Corintios 12:9 *“Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de Buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”*.

Juan 14:23 *“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”*.

Salmos 37:23-24 *“Por Jehová son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino. Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano”*.

Hebreos 4:16 *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*.

2 Corintios 1:3 *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación,”*

Romanos 15:13 *“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”*.

Proverbios 22:4 *“Riquezas, honra y vida son la remuneración de la humildad y del temor de Jehová”*.

2 Corintios 4:18 *“no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”*.

ACERCA DE LA AUTORA



Gail McWilliams es una oradora vivaz y humorosa, una líder, artista discográfica y autora. Ella le inspirará y animará a correr con gozo la carrera que tiene por delante. Su experiencia también incluye el ser esposa de pastor y co-presentadora de televisión. Ella une la vida real con los principios bíblicos que le ayudarán a ver más claramente. Su historia personal de cómo perdió la vista le asombrará y también le retará a desarrollar mayor visión y propósito en la vida. Su acercamiento optimista y realista anima a los demás a creer que Dios proveerá fuerza y paz en circunstancias difíciles. Ella expresa un espíritu vencedor así como una sinceridad con los pies en la tierra. Su vida demuestra que tener visión es lo que hace toda la diferencia.

Ella vive en Texas con su esposo Tony y tienen cinco hijos: Anna, Lindey, Holly, Lydia y Connor.

Contacto:

Para concertar una conferencia puede contactar con Gail McWilliams en www.GailMcWilliams.com